

Descubrimiento, Conquista y Colonización de Puerto Rico

1493-1599

por Ricardo E. Alegría

COLECCION

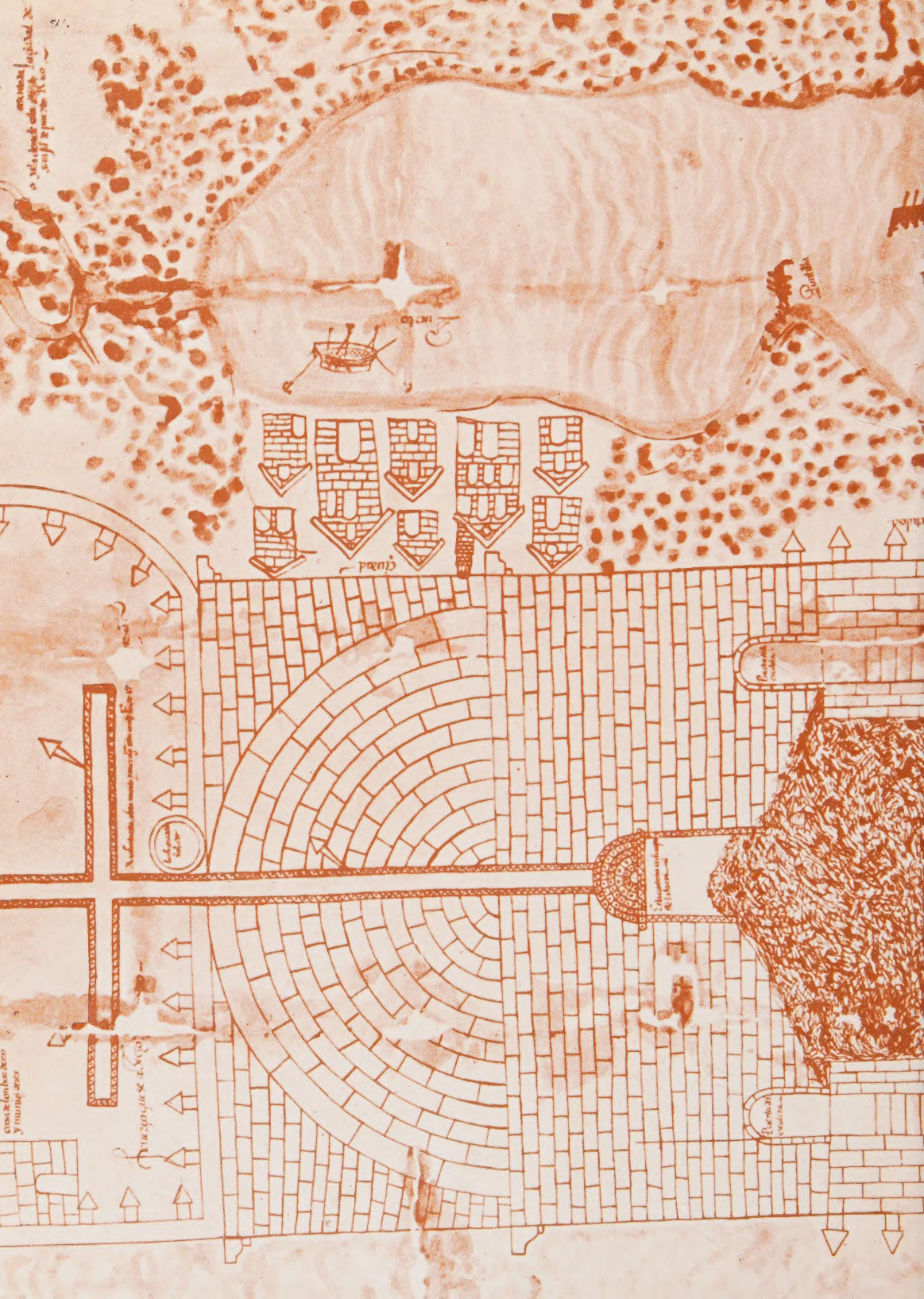
DE ESTUDIOS

PUERTORRIQUEÑOS



San Juan de Puerto Rico





1571
1572
1573
1574
1575
1576
1577
1578
1579
1580
1581
1582
1583
1584
1585
1586
1587
1588
1589
1590
1591
1592
1593
1594
1595
1596
1597
1598
1599
1600

1601
1602
1603
1604
1605
1606
1607
1608
1609
1610
1611
1612
1613
1614
1615
1616
1617
1618
1619
1620
1621
1622
1623
1624
1625
1626
1627
1628
1629
1630
1631
1632
1633
1634
1635
1636
1637
1638
1639
1640
1641
1642
1643
1644
1645
1646
1647
1648
1649
1650
1651
1652
1653
1654
1655
1656
1657
1658
1659
1660
1661
1662
1663
1664
1665
1666
1667
1668
1669
1670
1671
1672
1673
1674
1675
1676
1677
1678
1679
1680
1681
1682
1683
1684
1685
1686
1687
1688
1689
1690
1691
1692
1693
1694
1695
1696
1697
1698
1699
1700



ESTRADA

Porta de la
Calle de la
Calle de la

El cuartel de
la artilleria

La casa de
la artilleria

En la boca del puerto

El castillo

La roca

DESCUBRIMIENTO, CONQUISTA
Y COLONIZACION DE
PUERTO RICO

Los contenidos de este libro pueden ser
reproducidos, en todo o en parte, siempre
y cuando se cite la fuente y se haga con
fines académicos, y no comerciales.



Escudo de los
Reyes Católicos.
Grabado de la época

Descubrimiento, Conquista y Colonización de Puerto Rico

1493 - 1599

por RICARDO E. ALEGRIA

Colección de Estudios Puertorriqueños
San Juan de Puerto Rico-1974

Derechos de Publicación Reservados, 1971

Ilustraciones:
MELA PONS DE ALEGRIA

Depósito Legal: B. 27.008 - 1974

Diseño tipográfico:
CARLOS MARICHAL

PRINTED IN SPAIN
IMPRESO EN ESPAÑA

Impreso por: MANUEL PAREJA - Montaña, 16 - BARCELONA (España)

Charles E. Wilson Library
Anderson College
Anderson, Indiana 46011

1971
A43

*A mis hijos Ricardo y José Francisco y a todos los
jóvenes estudiantes que, como ellos, se inician en el
estudio de nuestra historia y sienten el orgullo de
ser puertorriqueños.*

INDICE

Introducción	IX
I. El descubrimiento	3
II. Los indios de Boriquén	15
III. Exploración y primer intento de colonización	29
IV. Juan Ponce de León inicia la colonización de la isla de San Juan	33
V. Diego Colón interviene en el gobierno de la Isla.	43
VI. La rebelión indígena	51
VII. Nuevos acontecimientos	71
VIII. La defensa de los indios	83
IX. Los orígenes de la esclavitud negra	99
X. La colonización en peligro	115
XI. La Isla se convierte en fortaleza militar de España en el Caribe	135
XII. Expediciones y ataques ingleses a la Isla	149
XIII. Puerto Rico al finalizar el siglo XVI	167
Bibliografía mínima	177



INTRODUCCION

La historia de Puerto Rico es una de las más antiguas e interesantes de América. La Isla fue de las primeras tierras del Nuevo Mundo en ser descubiertas y colonizadas por los españoles y la segunda en recibir las enseñanzas del cristianismo.

Las tres grandes razas de la humanidad : la mongoloide, representada por nuestros aborígenes; la blanca, representada por los colonizadores españoles, y la negra, representada por los esclavos traídos de Africa, contribuyeron, en el transcurso de los siglos, a formar el pueblo puertorriqueño.

Nuestra historia no es una de grandes conquistas militares o de impresionante desarrollo económico. Es el recuento de todo lo que en más de cuatro siglos de trabajos, esfuerzos y luchas hicieron nuestros antepasados por crear una sociedad integrada, justa, libre y culta. Sobreponiéndose a numerosos obstáculos y adversidades, a la limitación territorial, la escasez de recursos naturales, los frecuentes huracanes, ataques e invasiones, al colonialismo y otros factores negativos, ellos supieron formar un pueblo que es hoy ejemplo de convivencia y vida democrática.

Como puertorriqueños, tenemos el deber de estudiar y conocer la historia de nuestro país, así como la vida de los hombres y mujeres que con su trabajo, talento y patrio-

tismo, contribuyeron a forjarla. Este conocimiento nos hará sentir el legítimo orgullo de ser hijos de esta tierra y nos impulsará a amar aún más a Puerto Rico y servirla mejor en el cumplimiento de su destino histórico.

El período que cubre esta obra es de gran significación para nosotros, pues marca el momento decisivo de nuestra formación racial y cultural. A través de su estudio podemos observar cómo al finalizar el siglo xvi ya estaban echados los cimientos y establecidos los elementos básicos de nuestra nacionalidad, elementos que poco habrían de modificarse en el futuro.

Este libro no ha sido escrito para los investigadores de la historia de Puerto Rico sino para los estudiantes, y en general, para todas las personas que se inician en el estudio de nuestros orígenes. Por ello está escrito en lenguaje sencillo y carece de notas bibliográficas. Para su preparación me he basado en las obras publicadas por los distinguidos historiadores puertorriqueños Salvador Brau, Cayetano Coll y Toste, Juan Augusto y Salvador Perea, monseñor Vicente Murga, Isabel Gutiérrez del Arroyo, Aurelio Tió y otros. He utilizado también numerosos documentos inéditos que he obtenido en los archivos españoles, y los resultados de mis propias investigaciones históricas y arqueológicas.

Agradezco a los historiadores Isabel Gutiérrez del Arroyo, Roberto Beascoechea Lota y Arturo Santana Peña su lectura del manuscrito y las recomendaciones que me hicieron para mejorarlo. Debo un reconocimiento especial a mi esposa Mela, autora de muchos de los dibujos que ilustran la obra, y al artista Carlos Marichal por los suyos y por el diseño del libro.

Descubrimiento,
Conquista
y Colonización
de Puerto Rico







I

EL DESCUBRIMIENTO

El día 12 de octubre de 1492, en un viaje de exploración por el Océano Atlántico auspiciado por la reina de Castilla Isabel la Católica, el navegante genovés Cristóbal Colón descubrió un mundo hasta entonces desconocido, al que más tarde se le llamó América. Las primeras tierras descubiertas fueron las islas Bahamas, la de Cuba y la de Haití, que Colón bautizó con el nombre de La Española.

Entusiasmado con su importante descubrimiento, Cristóbal Colón regresó a España para informar sobre él a los Reyes Católicos y mostrarles algunas de las cosas que había encontrado en el Nuevo Mundo. Colón llevó consigo algunos nativos, a quienes llamó «indios» por creer que las islas de que procedían formaban parte de la India. También llevó consigo plantas, frutas, pájaros de muchos colores y muestras del oro que había recogido en las tierras recién halladas.

Escudo de
Cristóbal Colón





ón ante los
res Católicos
regresar de su primer
e al Nuevo Mundo

Los Reyes Católicos se maravillaron al ver estas cosas y de oír lo que Colón les contaba de las tierras descubiertas, y dándose cuenta de la importancia de su hallazgo, le pidieron que iniciara inmediatamente los preparativos para un segundo viaje al Nuevo Mundo. El primer viaje había sido para explorar pero este segundo viaje sería para iniciar la colonización de las nuevas tierras y para llevar el cristianismo a sus habitantes.

Para la expedición preparada por Colón con ayuda de los Reyes Católicos se dispusieron diecisiete naves con una tripulación de mil doscientos hombres, entre los cuales había marinos, soldados, frailes, hombres de letras, astrónomos, cartógrafos, artesanos y labradores. En las naves



Isabel La Católica
Pintura de la época

también se transportaban caballos, vacas, cerdos, ovejas, cabros y aves de corral, con el propósito de empezar la **crianza** de estos animales en las nuevas tierras. También **se** llevaron plantas desconocidas en el Nuevo Mundo, tales como el trigo, la cebada, la vid, el limón, el naranjo y la caña de azúcar.

Bajo el mando del almirante don Cristóbal Colón salió la armada del puerto de Cádiz el día 25 de septiembre de 1493. Entre los compañeros de Colón en este viaje figuraban el cartógrafo Juan de la Cosa, quien hizo uno de los primeros mapas del Nuevo Mundo, el médico Diego Alvarez Chanca, quien escribió la historia del viaje, y un soldado **que** se había distinguido en las guerras contra los moros, llamado Juan Ponce de León. También venían varios de los indios que Colón había llevado a España, y quienes, habiendo aprendido algo de español, servirían de intérpretes.



Salida de la flota de Colón
desde el puerto de Cádiz
en su segundo viaje a
América.

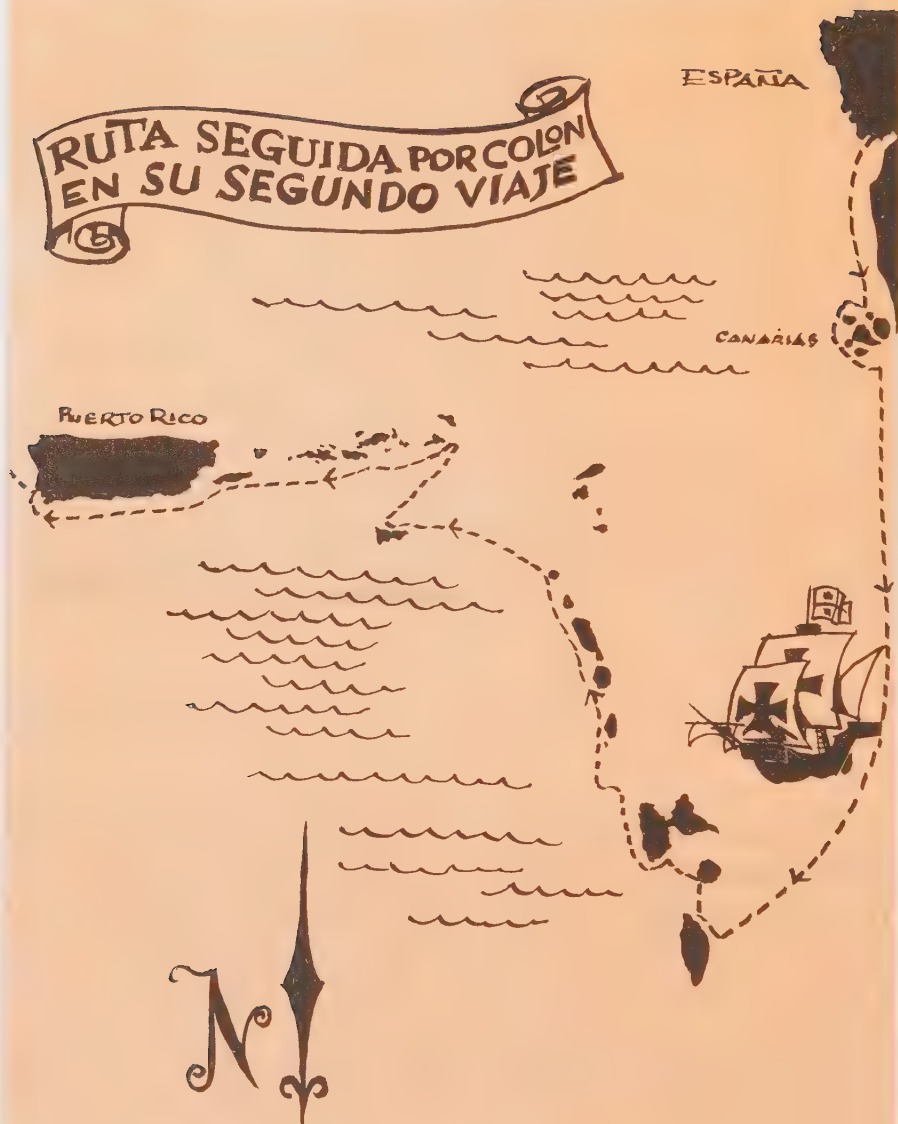
Grabado de la época



Carta del Cosmógrafo
Juan de la Cosa

En este segundo viaje, en lugar de seguir la ruta de su primer viaje Colón navegó más hacia el suroeste, pues quería encontrar las islas que, según le habían informado los indios, había en esa dirección. El 3 de noviembre, treinta y nueve días después de haber salido de España, descubrió la primera isla, a la que dio el nombre de Dominica, por ser ese día domingo. A la segunda isla la bautizó con el nombre de Marigalante, que era el de su carabela. Aparecieron sucesivamente otras más pequeñas que nombró Todos los Santos y una mayor, que llamó Santa María de Guadalupe, en honor a la Virgen del mismo nombre venerada en Extremadura.

RUTA SEGUIDA POR COLÓN
EN SU SEGUNDO VIAJE



Anclada allí la flota, para desembarcar y explorar la isla, halló Colón pruebas de que los indios que la habitaban comían carne humana. Encontró también varias indias cautivas quienes le informaron que la isla estaba poblada por caribes, y le suplicaron que se las llevara consigo, pues ellas eran de una isla situada al oeste, llamada Boriquén. Colón hizo embarcar en las naves a las indias, que eran doce, y a dos jóvenes que también habían sido capturados por los caribes.

El día 10 de noviembre la armada continuó su viaje en dirección noroeste, y a medida que descubría nuevas islas, Colón les iba imponiendo nombres: Monserrate, Santa María la Redonda, San Martín, San Jorge, Santa Anastasia, San Cristóbal y Santa Cruz. En esta última isla tuvo lugar el primer choque armado entre los españoles y los indios caribes. Una canoa tripulada por cuatro caribes y dos indias se enfrentó a una de las lanchas de los españoles, uno de los cuales murió y otro resultó herido a consecuencia de las flechas envenenadas disparadas por los primeros. Desde Santa Cruz siguió la flota rumbo hacia el noroeste, descubriendo tal cantidad de islillas que Colón les dio el nombre de las Once Mil Vírgenes.

Mapa antiguo de la
Antilla



El 19 de noviembre la flota llegó a una isla mucho mayor y más bella que las anteriores: era la isla a la que las indias rescatadas en Guadalupe llamaban Boriquén. Algunas de éstas, al ver de nuevo la tierra natal, no pudieron resistir la tentación de regresar a ella y se lanzaron de las naves, llegando a nado a la orilla. Es este el primer ejemplo de ardiente amor a la Patria que registra nuestra historia.

En homenaje al príncipe Don Juan, hijo de los Reyes Católicos, Colón le impuso a la isla el nombre de San Juan Bautista. La flota recorrió toda su costa sur —algunos historiadores creen que fue la costa norte— deteniéndose luego en una amplia bahía del litoral occidental. Nuestros historiadores aún no están de acuerdo sobre cuál fue esta bahía. Algunos creen que era la de Boquerón, en Cabo Rojo; otros opinan que era la de Añasco o la de Aguada. En dicha bahía Colón y su flota permanecieron dos días tomando agua, pescando y recogiendo frutas. A pesar de que el diario que llevó Colón de su segundo viaje se ha perdido, conocemos detalles de su llegada a la isla por la carta del médico de la expedición Diego Alvarez Chanca al Cabildo de Sevilla y por los escritos del Padre Bartolomé de las Casas, quien al escribir su *Historia de las Indias* tuvo en sus manos los documentos del Descubridor. El Padre Las Casas narra:

«...llegó de allí a otra grande, que llamó de San Juan Bautista, que ahora llamamos de San Juan, y arriba dijimos que llamaban Boriquén los indios, en una bahía della, al poniente, donde pescaron todos los navíos diversas especies de pescados, como sábalos y sardinas grandes, y, en mucha cantidad, lizas, porque destas es la mayor abundancia que hay en estas Indias, en la mar y en los ríos. Salieron en tierra algunos cristianos y fueron a unas casas por muy buen artificio hechas, todas,



Descubrimiento de la
isla de Boriquén
(Puerto Rico)



empero, de paja y madera, que tenían una plaza con un camino, desde ella hasta la mar, muy limpio y seguido, hecho como una calle, y las paredes de cañas cruzadas o tejidas, y por lo alto también con sus verduras graciosas, como si fueran parras, o vergeles de naranjos o cidras, como los hay en Valencia o en Barcelona; y junto a la mar estaba un miradero alto, donde podían caber diez o doce personas, de la misma manera bien labrado; debía ser casa de placer del señor de aquella isla o de aquella parte de ella.»

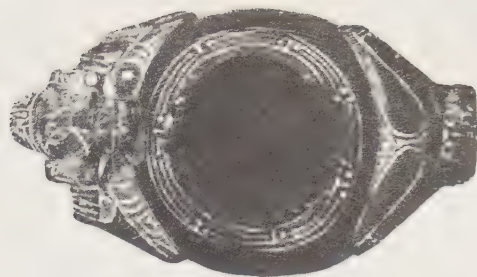
Preocupado Colón por la suerte de los hombres que, al perder una de sus carabelas, había tenido que dejar en la costa norte de La Española al regresar a España de su primer viaje al Nuevo Mundo, no quiso detenerse más en San Juan Bautista, y el día 22 de noviembre siguió con su flota rumbo a La Española. En el trayecto descubrió la pequeña isla de la Mona. La flota siguió su curso hacia La Española, donde Colón habría de hallar que los hombres que había dejado durante el primer viaje en el fuerte de la Navidad habían sido muertos por los indios, y el fuerte quemado.

Deseoso de iniciar cuanto antes la colonización de estas tierras, Colón fundó en La Española una población a la que, en honor a la reina Isabel la Católica, puso el nombre de La Isabela. Hacia 1496 los colonizadores abandonaron esta población, trasladándose a la costa sur de la isla, donde establecieron la ciudad de Santo Domingo, que habría de ser durante muchos años el centro del Gobierno español en el Nuevo Mundo. Desde ella saldrían las expediciones para los nuevos descubrimientos así como para la colonización de las nuevas tierras.

Los problemas con que tuvo que enfrentarse Colón en la empresa colonizadora de La Española fueron causa de que durante algunos años quedara olvidada la isla de San Juan.



Indios taínos, haciendo
pan de casabe.
Grabado de la época



II

LOS INDIOS DE BORIQUEN

Al llegar a ella los exploradores españoles, la isla de Boriquén, ahora llamada San Juan, estaba habitada por indios taínos pertenecientes a la tradición cultural aruaca. Estos indios habían conquistado y asimilado a otros indios que antes que ellos habitaron la Isla. Habían venido desde las costas de Venezuela, en la América del Sur, viajando en sus canoas a través de la cadena de islas que forman las Antillas Menores. En nuestra isla y en La Española, que también habían conquistado, los taínos lograron un florecimiento cultural, motivado por influencias que recibieron de las civilizaciones indígenas de la América Central. Aún no se sabe con exactitud cómo llegaron estas influencias a la región antillana. Los taínos habían llegado ya a la región oriental de Cuba cuando ocurrió el descubrimiento de América. Aunque más avanzada y compleja, su cultura era parecida a la de los lucayos de las Bahamas, la de los ciboneyes del centro de Cuba y la de los aborígenes de Jamaica.

Tipo físico

Los taínos eran bajos de estatura, bien formados, de piel cobriza y pelo lacio y negro. Su cara era relativamente ancha, con pómulos salientes y labios medianamente

gruesos. Creían que una frente inclinada hacia atrás era más bella y por esto se deformaban el cráneo amarrándole a los niños recién nacidos una apretada tira de algodón en la cabeza.

Vestimenta

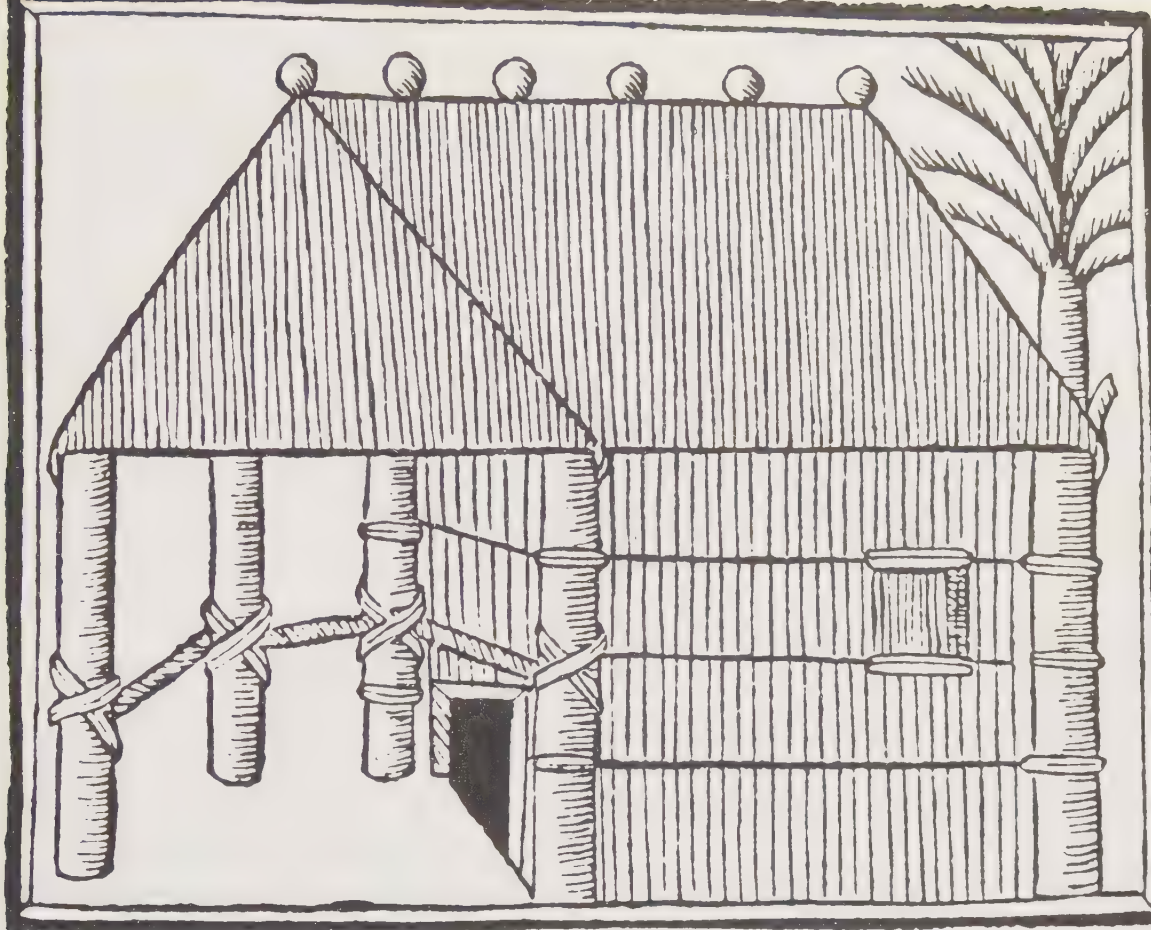
Con la única excepción de las mujeres casadas, que usaban un pequeño delantal o *nagua* de algodón, los indios no usaban ropa alguna. Frecuentemente se pintaban el cuerpo con un pigmento rojo hecho del achicote, así como con diseños geométricos de color blanco, negro o rojo. Usaban numerosos adornos, como collares y pulseras de caracoles, oro, piedra, barro, hueso y algodón.

Vivienda

Los taínos eran sedentarios, y vivían en aldeas cerca de la costa o en los valles del interior, junto a los ríos. Sus poblados, llamados *yucayeques* estaban formados por *bohíos* o casas hechas de madera y cañas, techadas de paja. El mobiliario se limitaba a la *hamaca*, tejida de fibras de maguey o algodón y al *dujo*, asiento ceremonial de los jefes, tallado en madera o piedra. Conocían el arte de la cerámica y con el barro hacían ollas, platos, botellas y otros recipientes y utensilios que decoraban con diseños geométricos grabados en bajo relieve o pintados en rojo y negro. También adornaban sus ollas con caras en relieve que representaban a sus dioses y otros personajes mitológicos.



Hamaca taína.
Grabado de la época



Vasija de barro de
los indios taínos de
Puerto Rico

Casas o bohíos de
los indios taínos.

Grabados de la época

Charles E. Wilson Library
Anderson College
Anderson, Indiana 46011

Agricultura

Practicaban una agricultura primitiva centralizada en el cultivo de la yuca, raíz con la cual preparaban su pan, llamado *casabe*. También cultivaban el maíz, la batata, la yautía, los lerenes y otras raíces y plantas alimenticias. Eran las mujeres las que estaban a cargo de los sembrados o *conucos*. Junto a sus yucayeques tenían árboles frutales como la guanábana, la papaya, la guayaba, el mamey, la higuera y muchos otros. También cultivaban la piña y el tabaco. Este último, además de fumarlo lo usaban como polvo, para aspirar en ceremonias mágico-religiosas.



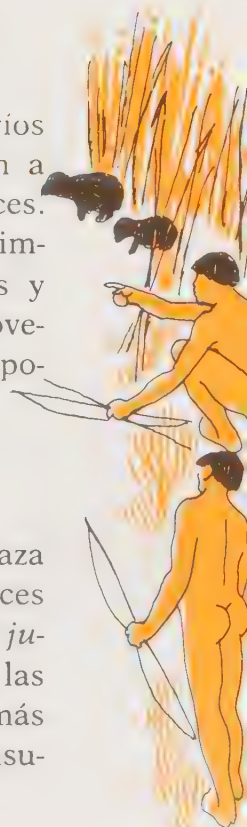


Pesca

Los taínos practicaban la pesca en el mar y los ríos usando anzuelos, redes y trampas. En los ríos hacían a veces uso de ciertas plantas que adormecían a los peces. En la costa recogían almejas y caracoles, parte muy importante de su dieta, usando la concha para adornos y utensilios. También capturaban tortugas de mar, aprovechando el momento en que éstas venían a tierra a depositar sus huevos.

Caza

Como no había en la isla grandes mamíferos, la caza se limitaba a las variadas especies de aves que entonces poblaban nuestros bosques, a los roedores llamados *jutías*, muy abundantes en los montes de la Isla, y a las iguanas, manjar reservado a los jefes. Criaban además unos perros que no ladraban, cuya carne también consumían.



Uso de metales

El oro era el único metal que conocían y trabajaban y sólo lo utilizaban para hacer adornos. Distintivo de los jefes era un disco de oro llamado *guanín*, que usaban colgado sobre el pecho.

Organización político-social

Su organización política, social y religiosa giraba alrededor del *cacique* o jefe del poblado. El cacique tenía poderes absolutos y su mandato era ciegamente obedecido por su gente. El cargo era hereditario, y se transmitía a través de la línea materna, de tal manera que cuando un cacique moría no era su hijo, sino el de su hermana, quien heredaba el mando. En Boriquén uno de los caciques, Agüeybana, aparentemente ejercía un poder superior sobre los otros caciques.

Además de la clase superior de los caciques la sociedad indígena tenía una de guerreros, llamados *nitáinos*, que poseían privilegios especiales. Los *naborias* representaban la clase trabajadora de la población.





Creencias religiosas

Los taínos creían en la existencia de deidades superiores, inmortales, que vivían en el cielo. Entre ellos se destacaba Yocahú, hacedor de todas las cosas, y la diosa Atabei. Rendían culto a los antecesores, creyendo que al morir éstos se convertían en espíritus protectores, llamados *cemís*. Los *cemís* eran representados por figuras de diversas formas y apariencias, talladas en piedra o madera o hechas de barro, algodón y oro. Algunas de estas figuras de *cemís* representaban antiguos caciques.

Creían también en otra vida después de la muerte y por esta razón enterraban sus muertos con mucho cuidado, colocando junto a los mismos ollas y otros recipientes llenos de agua y alimentos, así como sus armas y ador-

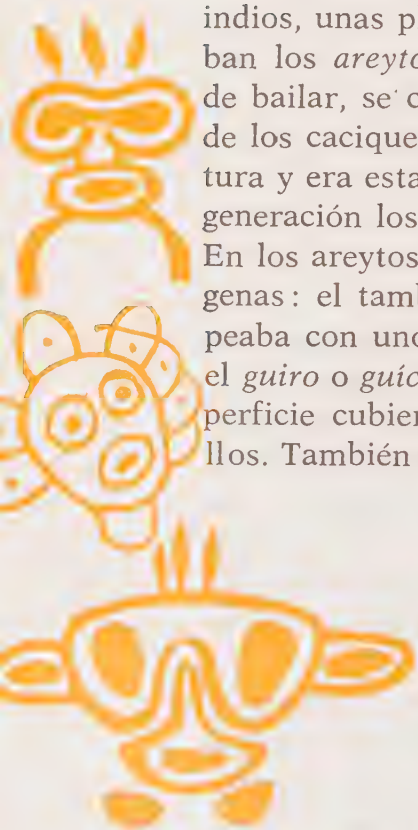


nos personales. En el caso de los caciques el entierro era muy elaborado y junto al cadáver se enterraba viva la mujer favorita del cacique.

Para conocer la voluntad de los dioses y espíritus tutelares, el cacique aspiraba unos polvos narcóticos que le ponían en estado de trance, y en sus sueños creía escuchar el mandato de los dioses. Esta ceremonia, que llevaba a cabo el cacique luego de prepararse para ella sufriendo privaciones y prolongados ayunos, era llamada *cogioba*.

Centros ceremoniales

En sus aldeas, cerca de la casa del cacique, tenían los indios, unas plazas llamadas *bateyes*. En ellas se celebraban los *areytos* o ceremonias religiosas, en que, además de bailar, se cantaba y recitaba la historia de los dioses, de los caciques y del poblado. Los indios no tenían escritura y era esta la forma en que transmitían de una a otra generación los mitos, historia y tradiciones de su cultura. En los areytos se usaban los instrumentos musicales indígenas: el tambor, hecho de un tronco hueco, que se golpeaba con unos palos; las maracas, hechas de higüeras, y el *guiro* o *guícharo*, hecho de un calabacín seco, y cuya superficie cubierta de incisiones se frotaba con unos palillos. También se hacían flautas de huesos humanos.



Aspecto del Centro
Ceremonial indígena de
Caguana, Utuado





Juego de pelota

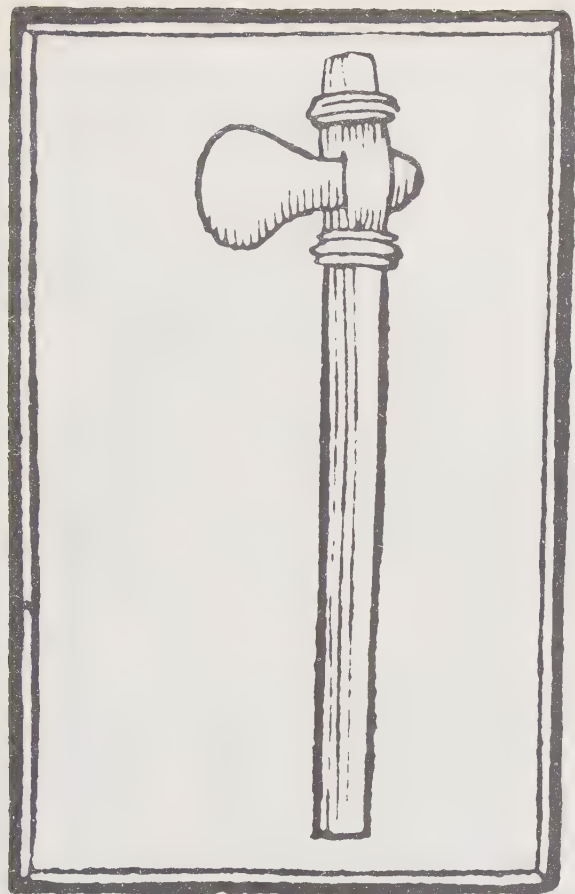
En algunas regiones del interior de la Isla, los indios habían construido centros ceremoniales integrados por una o varias plazas que bordeaban calzadas pavimentadas de piedras. Junto a estas calzadas colocaban grandes piedras decoradas con figuras grabadas. En estas plazas o bateyes, así como en las de los poblados, se jugaba a la pe-

lota con una bola hecha de resina de árboles de goma. Fue por estas pelotas que los españoles conocieron por primera vez el uso y las posibilidades de la goma. El juego de pelota tenía un sentido religioso, pero también servía como pasatiempo en que los indios incluso hacían apuestas a favor de sus equipos favoritos. El juego consistía de dos equipos que se lanzaban la pesada bola de goma. El equipo que no contestaba la tirada y dejaba que la pelota cayera y se detuviera en el suelo, perdía un punto. Aquel que menos puntos perdía era el ganador. A la pelota no se le podía dar con las manos, sino únicamente con la cabeza, hombros, codos y caderas. Aparentemente para darle con mayor fuerza a la pelota, los jugadores usaban cinturones ceremoniales, a veces hechos de piedra. Este juego reflejaba la influencia en Boriquén de la cultura maya de la América Central.

Armas

Los indios taínos carecían de armas defensivas y sólo contaban con el arco y la flecha y la *macana*, especie de espada corta y ancha hecha de la dura madera de la palma de corozo. Era ésta el arma que usaban en los combates cuerpo a cuerpo. También hacían uso de hachas de piedra provistas de mangos de madera.

Aunque pacíficos y hospitalarios, nuestros aborígenes se mostraban valientes guerreros en la defensa de su libertad y de su tierra. La isla de Boriquén era frontera de los taínos, que desde ella detenían el avance de los indios caribes hacia las otras Antillas Mayores. Eran los caribes unos nuevos invasores que habían seguido a los taínos desde las costas de Venezuela, y ya habían logrado conquistar todas las Antillas Menores y la isla de Vieques. Atacaban a Boriquén continuamente, secuestrando a sus



Armas de los indios



Indios fabricando
una canoa



Indio en canoa.
Grabado de la época

mujeres y a veces a los mismos hombres, que utilizaban para ceremonias mágico-religiosas en donde devoraban partes de sus cuerpos, creyendo que en esta forma adquirirían las virtudes de los guerreros sacrificados. Debido a los continuos ataques caribes a la costa oriental de la Isla, los taínos se habían ido adentrando más y más en los valles del interior.

Nuestros indios eran buenos navegantes. Fabricaban sus canoas de troncos de ceiba y de otros de los grandes árboles que para entonces crecían en la Isla.

Muchos de los nombres de pueblos, lugares, montañas, ríos, árboles, plantas, frutas y animales que hoy usamos, provienen del lenguaje aruaco de estos indios. Algunas de sus palabras como *canoas*, *huracán*, *tabaco*, *hamaca*, *maíz*, *satana*, *cayo*, y otras han pasado al español, inglés, francés y a otras lenguas modernas europeas. Fue en la cultura de los indios taínos de las Grandes Antillas que los hombres blancos de Europa vinieron en contacto por primera vez con productos tales como el maíz, el tabaco y la goma.

Indio taíno descansando
en una hamaca.
Grabado de la época





Desembarco en una playa
de Puerto Rico de los
cabros y cerdos enviados
por Vicente Yáñez Pinzón



III

EXPLORACION Y PRIMER INTENTO DE COLONIZACION

En el año 1500 Vicente Yáñez Pinzón, quien al mando de la carabela *La Niña* había acompañado a Cristóbal Colón en su primer viaje al Nuevo Mundo, organizó una expedición a América, en la que descubrió el Brasil. A su regreso a España, Pinzón se detuvo en la isla de San Juan para explorarla y ver si había oro en ella. Después de obtener muestras de este metal continuó su viaje de retorno a España, decidido a volver para conquistar y colonizar la isla, que desde su descubrimiento en el año 1493 había quedado olvidada.



La Niña, carabela de
Vicente Yáñez Pinzón

Fernād^o rex byspania





Vicente Yáñez Pinzón

Cinco años más tarde, en 1505, Vicente Yáñez Pinzón concertó un pacto con el rey Fernando el Católico para colonizar la Isla. El rey le otorgó tierras en la Isla y el título de gobernador de ella, con la condición de que en el término de un año se trasladara a la misma y emprendiera su colonización.

Mientras esto se realizaba, y con el fin de ir poblando la isla de animales domésticos, Pinzón hizo que un barco que se dirigía de España hacia La Española tocara en San Juan y echara en una de sus playas varios cerdos y cabras para que se reprodujeran.

Pinzón no regresó a la Isla. Interesado en otras empresas marítimas, vendió en 1508 a Martín García de

Salazar sus derechos, títulos y tierras en la isla de San Juan.

En 1509, no habiendo García de Salazar realizado ninguna gestión para comenzar la obra de colonización, Pedro Suárez de Castilla ofreció al Rey acometer la empresa, pero ya era tarde, pues desde el año anterior ya la había iniciado Juan Ponce de León.



Moneda de la época de
los Reyes Católicos

IV

JUAN PONCE DE LEON INICIA LA COLONIZACION DE LA ISLA DE SAN JUAN

El gobierno de las tierras descubiertas por Colón había sido otorgado por los Reyes Católicos a Frey Nicolás de Ovando, comendador de Lares en la Orden de Alcántara, a quien correspondería en adelante la responsabilidad de colonizar la Isla Española y terminar en ella con la resistencia indígena. En la región oriental de esta isla, denominada Higüey, los indios se habían sublevado y con el propósito de dominarlos el gobernador Ovando envió allí en 1504 al capitán Juan de Esquivel. Este capitán se llevó consigo como teniente a un hidalgo pobre llamado Juan Ponce de León, que había venido con Colón en su segundo viaje.

Ponce de León se destacó en las campañas del Higüey, y habiéndolo logrado pacificar la región, estableció en ella un poblado que se llamó Salvaleón del Higüey. En premio a sus servicios, Ovando lo nombró capitán de la villa. Allí, cerca de la desembocadura del río Yuma, Ponce de León construyó una casa-fuerte en la que vivió junto a su mujer e hijos.



Arboles frutales de
las Antillas.
Grabado de la época.



Plantas alimenticias
de los indios.
Grabado de la época.

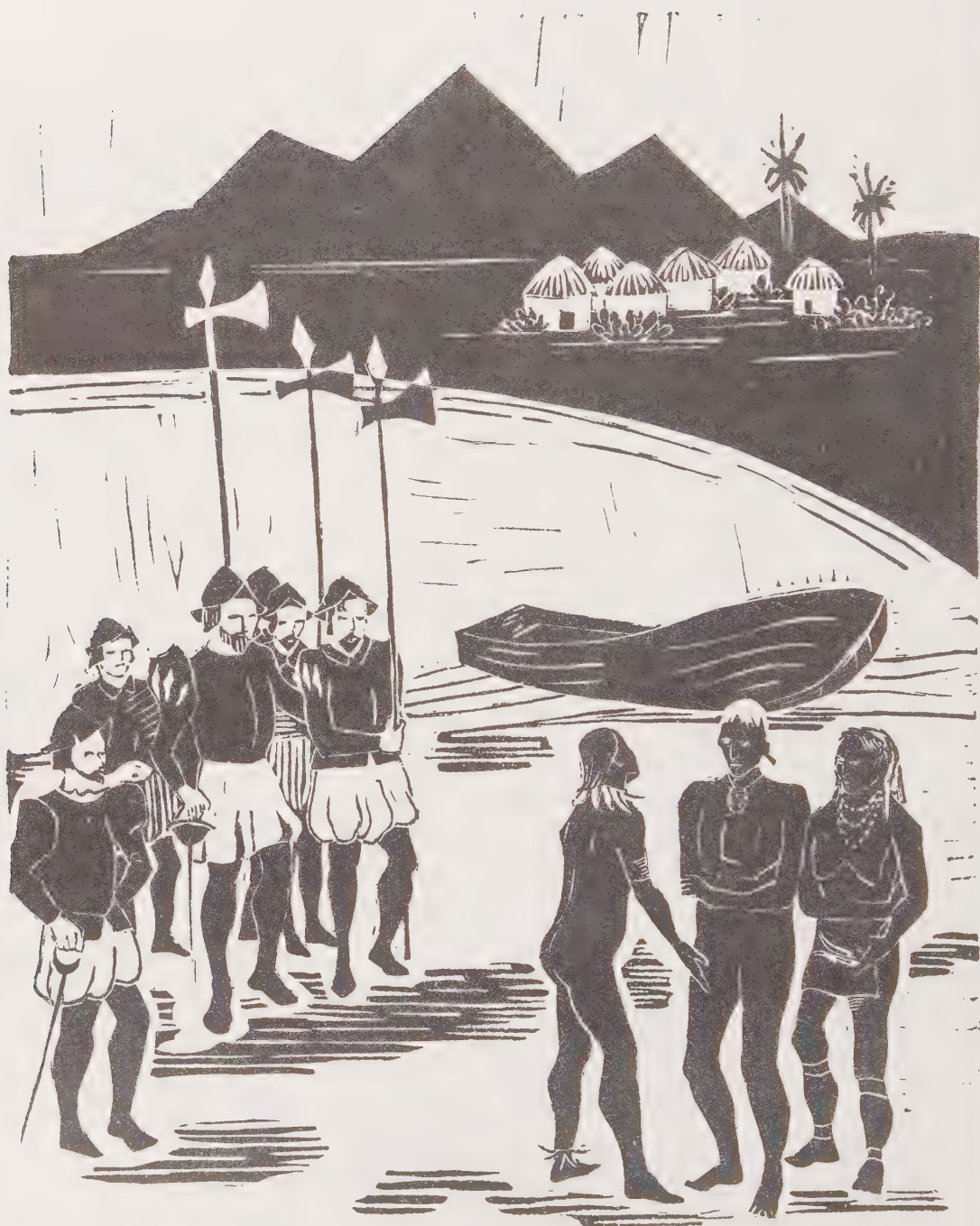


El Adelantado IUAN PONCE Des-
cubridor de la Florida .

A la comarca del Higüey, muy próxima a la costa occidental de Boriquén, venían con frecuencia indios de esta isla a intercambiar productos con los de La Española. Las noticias que traían de su tierra, ya vista por Ponce de León cuando acompañó a Colón en su viaje, interesaron mucho al capitán del Higüey, quien decidió explorarla y colonizarla. A mediados del año 1508 Ponce de León y el gobernador Ovando llegaron a un acuerdo para estos propósitos. Ponce de León se comprometía a colonizar la isla de San Juan y a construir en ella una casa-fuerte, de la que sería alcaide y en la que residiría con su familia. Este acuerdo fue comunicado al rey Fernando el Católico pues la reina Isabel ya había fallecido.



Frey Nicolás de Ovando
y Juan Ponce de León
firman las capitulaciones
para la exploración
y conquista de la isla
de San Juan



Llegada de Juan Ponce
de León a la isla de
San Juan (Boriquén)

Desde el puerto de Salvaleón del Higüey zarpó Ponce de León en una carabela, acompañado de cincuenta hombres. El 12 de agosto llegó la expedición a un poblado indígena situado en la costa sur de la isla de San Juan, donde fueron recibidos por el cacique principal, llamado Agüeybana. Ponce de León inició relaciones amistosas con este cacique, y siguiendo la costumbre indígena, intercambió su nombre con él; el cacique tomó el nombre de Ponce y éste el de Agüeybana. Ponce le pidió que hiciese un sembrado de yuca para el rey de España, y el cacique prometió complacerle.

Desde el poblado de Agüeybana, situado cerca de la desembocadura del río Coayuco, Ponce de León salió en su carabela en viaje de exploración, y después de costear toda la costa sur y oriental, dobló en el extremo noreste de la isla hasta llegar a la gran bahía septentrional, a la que por su valor geográfico denominó Puerto Rico. Al no encontrar un lugar conveniente para establecer el pueblo, navegó hacia el oeste unas ocho leguas hasta llegar al río Ana (posiblemente el río Manatí) por el cual podía adentrarse el carabelón en que viajaba. En sus riberas desembarcaron descargando los víveres que traía, y envió en seguida la nave a la isla de la Mona, en busca de pan de casabe. Junto al río Ana permaneció Ponce de León un mes, pero considerando que el sitio no era apropiado para la fundación del pueblo continuó su viaje de exploración por tierra, hasta dar con un río llamado Toa, cuyas riberas tampoco consideró adecuadas para su objeto. Embarcóse de nuevo con su gente, volviendo a la bahía, cuyos contornos recorrió una vez más sin éxito alguno, viéndose obligado a regresar al río Ana, donde desembarcó a su gente e inició la construcción de caminos y de un desembarcadero, luego de enviar el carabelón al Higüey, en busca de víveres y de materiales para la obra del poblado. Poco después se produ-



jeron fuertes marejadas que afectaron el lugar, demostrando que el sitio tampoco era conveniente para emprender la colonización. Acompañado de quince hombres, Ponce de León se dirigió de nuevo, a pie, hacia la bahía, y en la costa sur de ésta decidió, por fin, levantar el poblado. Hizo venir desde el río Ana el carabelón con todos los hombres, víveres y pertenencias y construyó un gran bohío, una calzada y un desembarcadero. Como el lugar resultó muy húmedo, algún tiempo después decidió moverlo media legua tierra adentro. El nuevo sitio reunía además las ventajas de estar cercano a minas de oro y a manantiales de agua potable. Resuelto ya definitivamente el emplazamiento del pueblo, Ponce de León hizo edificar en el lugar una casa de mampostería y piedra, que en una relación al gobernador Ovando describía así:



«Fice una casa mediana con su terrado e pretil e almenas, e su barrera delante de la puerta, e toda encalada de dentro e de fuera, de un altor de siete tapias con el pretil e almenas.»

Esta casa sería no sólo residencia de Ponce de León y su familia, sino fuerte para la defensa de los vecinos en caso de ataques de los indios y centro desde donde habría de dirigirse la colonización de la isla de San Juan.

Con el fin de establecer las bases económicas para esta obra, Ponce de León recogió muestras de oro en diferentes lugares y ordenó a varios caciques plantar sembrados de yuca.

Algunos meses después de la fundación del pueblo, Ponce de León regresó a La Española para informar personalmente a Ovando de los resultados de su viaje. Aprovechando esta oportunidad el cacique Agüeybana viajó poco después hasta el Higüey con el propósito de reciprocarse la visita que le había hecho Ponce de León. Este lo



Construyendo la casa-fuerte
de Ponce de León en
Caparra

recibió con mucha cordialidad y lo llevó consigo a Santo Domingo, para presentarlo a Ovando y hacerle conocer una ciudad española, quedando el cacique sumamente impresionado por lo que vio.

En marzo de 1509 Ponce de León regresó nuevamente a San Juan, esta vez acompañado de cien hombres, para emprender en forma la colonización de la Isla. Entre los expedicionarios se hallaban en esta ocasión algunos de los hombres que le habían acompañado en su primer viaje y otros que también habrían de distinguirse en la conquista de la Isla, tales como el intérprete Juan González, Luis de Añasco, Francisco de Barrionuevo, Miguel de Toro, Luis de Almansa, Diego de Salazar, Pedro López de Angulo, Sebastián Alonso, Martín de Guiluz, Pedro Mejía, Juan López, Diego de Salcedo, Juan Casado, Diego de León y Juan Suárez. También formaba parte de este grupo Juan Garrido, negro libre. Con su gente Ponce de León se dirigió al lugar escogido el año anterior, que el gobernador Ovando había querido bautizar con el nombre de Caparra, en recuerdo de la antigua ciudad romana de Extremadura cuyas ruinas se conservaban cerca de la ciudad de Cáceres de la que era él natural.



El rey Fernando el Católico aprobó todo lo hecho por Ponce de León y el 14 de agosto de 1509 le nombró gobernador de San Juan, ordenándole que adjudicara tierras e indios a los colonizadores y a otros treinta vecinos que desde Sevilla se enviaban para poblar la Isla. Había empezado formalmente la colonización de la Isla.



Arcabucero español del
siglo XVI



Escudo de armas concedido
a la isla de San Juan
(Puerto Rico) en 1511

V

DIEGO COLON INTERVIENE EN EL GOBIERNO DE LA ISLA



En España, Diego Colón, hijo del Descubridor había reclamado el derecho, heredado de su padre, de gobernar las tierras por éste descubiertas y el Consejo del Reino había reconocido sus derechos. A mediados del año 1509 Diego Colón llegó a Santo Domingo para sustituir a Frey Nicolás de Ovando en el gobierno de las Indias. Antes de la decisión del Consejo el rey Fernando había escrito a Diego Colón pidiéndole que no interviniera en los asuntos del gobierno de la isla de San Juan, que dejara al cuidado de Juan Ponce de León la colonización de la Isla y colaborara con él en cuanto fuera necesario. Pero Diego Colón, desatendiendo los deseos del rey, decidió intervenir directamente en los asuntos de San Juan y sacar a Ponce de León de la gobernación.

En octubre de 1509 llegaron a la Isla Juan Cerón y su hermano Martín, a quienes Diego Colón había designado alcalde mayor y alguacil, respectivamente de San Juan. Siendo la función de alcalde mayor equivalente a la de teniente de gobernador, Ponce de León decidió acatar dicho nombramiento y entregó el gobierno de la Isla a los representantes de Diego Colón.

Al asumir el poder, Juan Cerón hizo el primer repartimiento de indios entre los colonizadores. A fines del año 1509 llegó a la isla de San Juan don Cristóbal de Sotomayor, noble gallego que había sido secretario del rey Felipe el Hermoso y a quien Fernando el Católico había otorgado tierras e indios. Sotomayor llegó acompañado de su sobrino, de algunos criados y de otros pobladores enviados por el rey. Juan Cerón decidido a extender la colonización al sur de la Isla, le asignó allí las tierras e indios que le había otorgado el rey. El principal cacique de la Isla, Agüeybana, y sus indios, fueron puestos al servicio del noble gallego.

Cerca del puerto de Guánica estableció Sotomayor su poblado, que en honor de su madre llamó Távara, que era su apellido materno. Desde allí inició la exploración de la región en busca de oro, logrando localizar algunos yacimientos en los ríos Coayuco y Guaorabo. Poco tiempo después, debido a las molestias ocasionadas por los mosquitos, Sotomayor abandonó el poblado de Guánica para establecerse cerca de la desembocadura del río Guaorabo en la playa del actual pueblo de Añasco. A este nuevo pueblo se le llamó Sotomayor.

Indios lavando y sacando
oro de los ríos.
Grabado de la época



Algunos meses después llegó en un barco procedente de Santo Domingo, Miguel Díaz, a quien Diego Colón había nombrado alguacil en sustitución de Martín Cerón. En el mismo barco llegó una carta del rey Fernando el Católico para Ponce de León enviándole el nombramiento de capitán-gobernador de la Isla, con jurisdicción civil y criminal, y autorización para nombrar los alcaldes y alguaciles. Al recibir este nombramiento del rey, Ponce de León decidió actuar rápidamente, y después de obtener el consejo de Sotomayor y de informarle a Diego Colón de la designación que le había hecho el rey, procedió a encarcelar a Cerón y a Miguel Díaz, y a enviarlos presos a España en un barco que se había detenido en la Isla.

El rey Fernando aprobó lo hecho por Ponce de León, pero Diego Colón consideró la acción como una ofensa contra su autoridad y en represalia confiscó a Ponce de León la casa de piedra y las tierras que éste poseía en La Española.

Nuevamente en la gobernación, Ponce de León, ahora auxiliado por Sotomayor, a quien había designado alcalde mayor, continuó su obra colonizadora. Solicitó frailes franciscanos para el culto y la instrucción religiosa de los indios y logró que el rey aprobara medidas de carácter económico que habían de favorecer la isla. Obtuvo así que se permitiera traer directamente desde Sevilla, sin necesidad de llevarlos primero a Santo Domingo, ganado y caballos para la crianza. También consiguió que se autorizara a fundir en la Isla el oro que se sacaba de las minas, en vez de llevarlo para ello a La Española, como antes se hacía. La primera fundición de oro en Caparra se hizo el 26 de octubre de 1510. De ella se enviaron al rey más de cuatro mil pesos que era la quinta parte de lo obtenido. Lo elevado de esta cantidad sorprendió al rey, que no se imaginaba que era tan grande la riqueza minera de la Isla.



Ponce de León toma
resos a Juan Cerón
y Miguel Díaz

Mientras tanto, Ponce de León había trasladado a su mujer e hijos del Higüey, en La Española, a Caparra, donde ya había terminado su casa, que no sólo serviría de vivienda al conquistador y a su familia, sino también de fortaleza para defender el poblado en caso de ataque, de sede del gobierno y de depósito para guardar las armas y los documentos de la colonia. La casa fue decorada con molduras talladas en piedra y con zócalos de vistosos azulejos sevillanos. Cerca de ella los demás vecinos habían hecho las suyas de madera y paja. Entre los nuevos pobladores de Caparra, figuraba el primer médico en la Isla, Gaspar de Villalobos. Para estar más cerca de las minas, algunos colonizadores habían hecho sus casas y labranzas en las



JOHANNES EST NOMEN EIUS

Coat-of-arms granted to
the island of San Juan
(Puerto Rico) in 1511.

Se concede escudo de armas a la Isla

En 1510, el rey designó los oficiales reales, que eran el veedor, el contador, el factor y el tesorero. Velando por la fe católica en la Isla, el rey prohibió que a ésta viniesen hijos y nietos de personas condenadas por herejes. Ese mismo año se estableció el Consejo Municipal integrado por varios vecinos y por los oficiales reales. Este Consejo eligió en 1511 un procurador para representarlo en España, cerca de la Corte. La elección recayó en el bachiller Pedro Moreno, quien consiguió que el rey Fernando el Católico y su hija Juana le concedieran a la Isla un escudo de armas. Fue este el segundo escudo otorgado a un territorio de América, y hoy es el más antiguo en uso en todo el hemisferio.

Le real cédula concediendo el uso del escudo está fechada en Burgos a 8 de noviembre de 1511. En ella se lee lo siguiente :

«...por cuanto por parte de vos el Consejo, Justicia, Regidores, Caballeros, Escuderos, Oficiales e hombres buenos de la Isla de San Juan que es en las Indias del Mar océano, por Pedro Moreno procurador desta dicha Ysla me embiastes a hacer relación diciendo que después que la dicha Ysla fue por mi e por la serenísima reyna doña Isabel mi muy cara e muy amada mujer que santa gloria haya hallado e descubierta e ganada en mandada poblar se había hecho en ella una población de cristianos e esperaba hacerse mas e que hasta aqui no se le había dado a la dicha Isla armas e divisas que trajesen en sus pendones e pusieren en sus sellos e las otras partes donde las dichas ciudades e villas de estos reinos la solia traer e poner suplicándome mandase dar armas a la dicha Isla para que trajese de en vuestros pendones e sellos y las otras cosas necesarias y yo acatando como la dicha Ysla fue por mi e por la dicha reina doña Isabel mi muy cara e muy amada mujer que santa gloria hallada e ganada e como habeis sido los primeros pobladores della de

que nuestro señor es muy servido e nuestra Santa fe católica muy ensalzado e considerando los buenos e leales servicios que los vecinos e moradores de esa Ysla habeís sufrido en poblar la dicha Ysla e conquistarla e ganarla e traer a nuestro servicio e obediencia los indios della e porque es cosa conveniente que los honre e lealmente sirven que sean honrados e remunerados e la dicha Ysla sea más ennoblecida tuvelo por bien y por la presente vos señalo e doy para dicha Ysla tenga por armas un escudo verde y dentro un cordero plateado encima de un libro colorado e atravesado una bandera con una cruz e su veleta como la trae la divisa de San Juan e por orla castillos e leones e banderas e cruces de Jerusalem e por divisas un F e una Y con sus coronas e yugos e flechas en un letrero a la redonda...»

El Cordero es símbolo de San Juan Bautista, santo patrón de la Isla. Los castillos, leones, banderas y cruces de Jerusalén de la orla representan los distintos reinos gobernados o heredados por los Reyes Católicos, es decir Castilla, León, Aragón, Sicilia y Jerusalén. Las letras F e Y con el yugo y las flechas son los emblemas personales que usaban Don Fernando y Doña Isabel, bajo los cuales se había descubierto la Isla, y simbolizan la unión de sus reinos.

La cédula concediendo el escudo no indica cual era el lema del mismo, pero desde hace mucho tiempo se viene usando el de «joannes es nomen eius», que quiere decir: «Juan es su nombre» y se refiere tanto a la Isla como a su santo Patrón, San Juan Bautista.



El Rey Fernando
El Católico



Lavando oro en los ríos.
Grabado de la época

VI

LA REBELION INDIGENA



Desde la llegada de Ponce de León a la Isla, las relaciones entre los colonizadores y los indios habían sido cordiales. Los españoles habían sido recibidos con hospitalidad y se les había ofrecido diversas muestras de amistad. Muy pronto, sin embargo, empezó a hacerse sentir, en forma desagradable, la intromisión y dominio de los españoles en la Isla. Los colonizadores se consideraban superiores a los indios en todo sentido y trataban de que éstos abandonaran sus prácticas religiosas y sus costumbres tradicionales. El deseo de muchos de los conquistadores de obtener las mayores riquezas posibles les llevó a abusar de los indios, hombres, mujeres y niños, obligándoles a trabajar muchas horas en la extracción del oro en las minas y en el lavado de este mineral en los ríos. También les obligaban a trabajar en los campos de labranza, en la fabricación de hamacas y la construcción de casas y caminos, así como en el servicio doméstico.

Alegando que los indios no podían valerse por sí mismos y que por lo tanto ellos, los conquistadores, debían velar por su bienestar, se organizó un sistema de encomiendas mediante el cual un número de indios, que podía fluctuar entre treinta y trescientos, al mando de un cacique,





Indios extrayendo
oro de las minas.
Grabado de la época

se asignaba a un colonizador, al que debían servir en las minas y en los otros trabajos que el mismo pudiera requerirles. A cambio de esta labor el colonizador, por su parte, debía hacer adoctrinar a los indios en la fe cristiana y enseñarlos a vestir y adaptarse a la cultura española. Aunque



Los caciques y nitaínos
se reúnen

a este sistema de repartimientos o encomiendas no se le consideraba como un régimen de esclavitud, el trato que bajo el mismo recibían los indios equivalía a la misma cosa.

Cada día que pasaba los indios se sentían más agraviados por el trato que recibían de los españoles, quienes les habían robado sus tierras y sus mujeres y les habían privado de la libertad que tanto amaban.

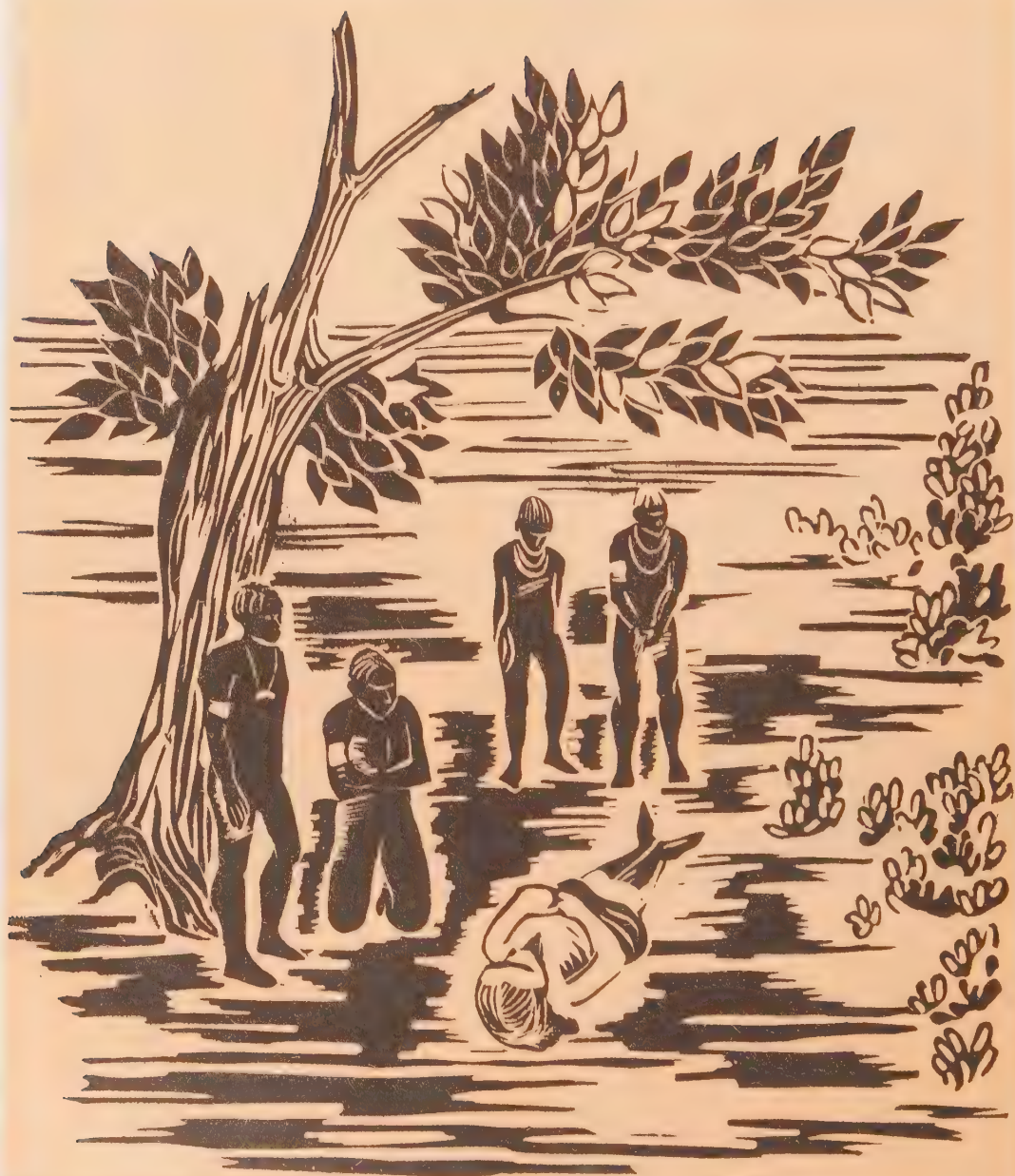
Las relaciones entre los indios y los colonizadores se agravaron al morir el viejo cacique Agüeybana y sucederle como cacique principal de la Isla su sobrino Agüeybana II. Hombre joven y valiente guerrero, Agüeybana II no se conformaba con ver a su pueblo atropellado, maltratado y privado de su libertad. Este cacique y su gente habían sido asignados por Ponce de León a don Cristóbal de Sotomayor y el trato que el joven noble español daba al cacique boriqueño empeoró aún más las relaciones entre los indígenas y los colonizadores. Sólo la ingenua creencia prevaleciente entre aquéllos de que los españoles eran inmortales les impedía levantarse en armas contra quienes les habían despojado de su tierra y de su libertad. Al fin, desesperados por el trato que recibían de los conquistadores, decidieron hacer una prueba para saber si era cierto que los españoles eran inmortales.

Un viejo cacique llamado Urayoán, cuya aldea estaba situada en la costa oeste de la isla, cerca del río Guaorabo, decidió hacer la prueba. La oportunidad de llevarla a cabo se produjo cuando en noviembre del año 1510, un joven español llamado Diego Salcedo, de tránsito por la región, pidió al cacique Urayoán que le proporcionara algunos indios para cargarle su equipaje y cruzarle a través del río Guaorabo. Urayoán accedió a la petición del joven español, pero antes dio instrucciones a los indios sobre lo que deberían hacer con el colonizador. Al llegar al río, sin abrigar la más mínima sospecha sobre las intenciones de los indios, Salcedo se dejó cargar por éstos, quienes deteniéndose en la parte más profunda, lo dejaron caer al agua y lo sujetaron bajo ella durante varias horas. Lo sacaron luego a la orilla, donde, temiendo que aún pudiera estar vivo le pedían excusas y perdón por haberlo dejado caer en el río. Después de velarlo durante



un día y convercense de que el español, sin duda alguna, estaba muerto, corrieron a darle la noticia al cacique Urayoán. Al fin los indios adquirieron la certeza de que los españoles, al igual que ellos, eran mortales y podían ser muertos en la guerra. La noticia se propagó rápidamente por toda la Isla, siendo acogida con júbilo por los indígenas, pues significaba para ellos la esperanza de poder recobrar su libertad.

Indios del
cacique Urayoán
ahogan a Salcedo.
Grabado antiguo



Los indios velan a
Salcedo para comprobar
si está muerto

Muy pronto comenzaron a producirse los actos de rebeldía. Indios del cacique Aymamón, que reinaba en la región del Aymaco (Aguadilla), apresaron al joven Diego Suárez y lo llevaron al cacique, quien lo ofreció como trofeo en un juego de pelota. Por suerte para Suárez, un fiel indiecito que le servía de paje corrió a llevar la noticia a los españoles. En el camino se encontró con el capitán Diego de Salazar, a quien relató lo ocurrido. Con sólo el indiecito como guía, Salazar llegó hasta el poblado de Aymamón en el momento en que los indios, distraídos, presenciaban el juego de pelota. Llegando hasta el joven Suárez, que estaba amarrado a un árbol, lo soltó, le entregó una espada y diciéndole: «haced como véreis», empezó a herir con su espada a los indios, quienes quedaron desconcertados y asombrados ante el imprevisto y valiente ataque de Sa-

Combate entre indios
y españoles



lazar. El propio cacique Aymamón se le enfrentó a Salazar, quien lo dejó fuera de combate de un golpe de espada. Aprovechando la confusión provocada por este hecho, Salazar, el joven Suárez y el indiecito, abandonaron la aldea huyendo en dirección al poblado de Sotomayor. No habían caminado mucho cuando un grupo de indios, alcanzándoles, llamó a Salazar, suplicándole que se detuviera, porque el cacique Aymamón deseaba hablarles. Suárez, creyendo que se trataba de una treta para darles muerte suplicó a Salazar que no volviera atrás, pero éste que no deseaba que los indios le creyeran cobarde, aceptó y acompañado de los indios regresó a la aldea. Allí encontró mal herido al cacique Aymamón, quien lo elogió por su bravura y valentía y le suplicó que le permitiera usar su nombre. Creía el cacique, como todos los indios, que los nombres tenían un poder mágico y llamándose como el bravo español adquiriría toda su valentía y destreza en el combate. Salazar le dijo que podía usar su nombre, pero que antes tendría que ser bautizado por un sacerdote. El capitán regresó con Suárez al poblado de Sotomayor y el nombre de Salazar fue desde entonces objeto de miedo entre los indios, pues le consideraron el guerrero más valiente de la Isla.

El joven cacique Agüeybana II, cansado ya de las humillaciones y atropellos que sufría su pueblo y alentado por la noticia de que los españoles eran mortales, decidió convocar a los principales caciques de la Isla a un areyto en su poblado. En este areyto, después de discutir el mal trato que estaban recibiendo de los españoles, y de manifestar Urayoán lo sucedido con Salcedo, acordaron los caciques hacer la guerra a muerte a todos los españoles, atacándoles en sus poblados y haciendas. Lo ocurrido en el areyto fue presenciado por Juan González, un español



Los indios dan
muerte a Sotomayor

que había aprendido la lengua de los indios y quien con todo el cuerpo pintado al igual que ellos, había asistido al areyto para espiar lo que allí habría de ocurrir. Al enterarse de los planes de los caciques, Juan González corrió a la hacienda de Sotomayor, cerca de Guánica, para prevenirle de lo que tramaban los indios. Sotomayor también había sido advertido del peligro que corría por una hermana del cacique Agüeybana II, que la leyenda llama Guanina, y quien vivía con el conquistador español.

En vista de estas noticias Sotomayor decidió regresar a su poblado, acompañado de su sobrino, sus criados españoles y del intérprete Juan González. Cometió, sin embargo, la imprudencia de descubrir sus planes al cacique Agüeybana II, al pedirle que le enviara indios para cargarle el equipaje. El cacique le envió los indios, pero ya había decidido no dejar escapar a su odiado enemigo. Juan González que, sospechando un ataque, se había quedado rezagado, fue sorprendido por un grupo de guerreros bajo el mando del propio Agüeybana. Herido y a punto de ser muerto por ellos, salvó su vida al ofrecerle al cacique convertirse en su esclavo. Dejando herido a Juan González, el cacique y sus guerreros lograron alcanzar a Sotomayor y su gente, trabando con ellos lucha y dándoles muerte a todos. Con el fin de acabar también con Juan González, regresaron al sitio donde le habían dejado herido, pero el intérprete, adivinando las intenciones de los indios, se había ocultado en la copa de un árbol, desde donde pudo ver cómo los indios lo buscaban para matarlo. Por la noche, cuando ya los indios habían regresado a su poblado para celebrar la muerte de Sotomayor, Juan González bajó del árbol, y a pesar de sus muchas heridas inició un largo y penoso recorrido, por atajos y veredas, cruzando la cordillera central de la Isla hasta llegar a una de las haciendas del Toa, donde informó lo ocurrido y pidió que



Ataque del cacique
Guarionex al poblado
de Sotomayor

le comunicaran la noticia del alzamiento de los indios a Ponce de León, en Caparra.

Mientras tanto, y siguiendo el plan trazado en el areyto celebrado en el poblado de Agüeybana II, el cacique Guarionex, de la región del Otuaó, a la cabeza de sus guerreros atacó el poblado de Sotomayor, quemándolo y dando muerte a varios colonizadores. Solamente el valor del capitán Salazar, quien dirigió la retirada de los españoles, pudo sobreponerse al ataque de los indios y salvar varias familias españolas que, heridas y maltrechas, pudieron llegar hasta Caparra en busca de refugio.

Vengándose de los
españoles, los indios
les echan oro derretido
por la boca y les
cortan los brazos y
piernas para comerlas.
Grabado de la época





Los conquistadores hacen
uso de perros para atacar
y despedazar a los indios.
Grabado de la época

Otros colonizadores que vivían aislados en sus haciendas cerca de las minas también fueron muertos por los indios, quienes a través de toda la Isla se habían levantado en rebelión contra los españoles, decididos a acabar con ellos y recobrar su libertad.

Enterado en Caparra de lo que ocurría, Ponce de León organizó sus fuerzas y en vez de esperar que los indios atacaran Caparra, decidió salir a su encuentro. Con los 120 hombres que le quedaban formó tres compañías, que puso bajo el mando de los capitanes Diego de Salazar, Luis de Añasco y Miguel de Toro. La defensa de Caparra fue encomendada a Salazar y sus hombres de los cuales casi todos habían sido heridos en el combate del poblado de Sotomayor. Con los hombres restantes y sin esperar el refuerzo que ya había solicitado de La Española salió Ponce de León a buscar a Agüeybana a su propio territorio.

Ponce de León y sus hombres cruzaron la cordillera y al llegar al valle del Coayuco, se enteró de que en la aldea de Agüeybana los indios celebraban sus victorias con un gran areyto. Sabiendo el conquistador que era costumbre de los indígenas celebrar estos areytos con orgías donde se bebía un licor muy fuerte, preparado de maíz fermentado, decidió acercarse a la aldea y esperar que cayera la noche para realizar su ataque. A la hora oportuna, cuando ya los indios estaban cansados y borrachos, Ponce de León y sus hombres atacaron por sorpresa la aldea. Los indios no esperaban este ataque y al ver a los hombres de Ponce de León, por un momento pensaron que todos los españoles a quienes ellos habían dado muerte habían resucitado, y no ofrecieron mucha resistencia. Usando sus espadas y lanzas los españoles dieron muerte a centenares de indios y tomaron otros como prisioneros, retirándose luego hacia Caparra antes de que los indios pudieran reorganizar sus fuerzas.

Días después los indios, repuestos de la derrota, reanudaron sus ataques a las haciendas de los españoles. Ponce de León decidió atacar de nuevo las fuerzas del cacique Agüeybana II. En la región de Yagüeca le informaron de que el cacique Mabodamaca, al mando de unos seiscientos guerreros, venía en plan de guerra, retando a gritos a Salazar para que luchara con él. Al saber esto Salazar obtuvo permiso de Ponce de León para enfrentarse al cacique y junto a sus hombres se acercó al lugar donde se encontraba

Desesperados, los indios
se suicidan y dan muerte
a sus hijos.
Grabado de la época



Mabodamaca, entablándose una lucha en la que el cacique y sus guerreros fueron derrotados por los españoles.

Poco después Ponce de León recibió avisos de que Agüeybana II se acercaba para atacarle a la cabeza de un gran contingente de indios. Ponce de León, como soldado de experiencia, decidió escoger el sitio para el combate y colocó a sus hombres en un lugar protegido donde sólo podía ser atacado de frente. Con troncos de árboles, piedras y tierra hizo un parapeto o muralla para proteger a sus hombres de las flechas de los indios, y allí esperó la llegada del cacique y sus centenares de guerreros. Entre los acompañantes de Ponce de León se encontraba Juan de León, armado de un arcabuz, y también dos soldados con ballestas. Cada vez que los indígenas atacaban el parapeto, los disparos del arcabuz y las ballestas herían a muchos indios y éstos se retiraban. Al atacar nuevamente las huestes indígenas, el arcabucero observó entre ellas un jefe indio que marchaba al frente de los guerreros y llevaba colgado del cuello un disco de oro o guanín, emblema de los caciques. Le apuntó con el arcabuz y disparó, matándolo en el acto.





Muerte del cacique
Agüeybana II



Tan pronto cayó el cacique los guerreros corrieron a recogerlo y, en desorden, se retiraron del combate. El cacique muerto no era otro que el propio Agüeybana II. Una vez más Ponce de León había triunfado sobre los indios.

Aprovechando la confusión de los indígenas por la muerte de su cacique principal, Ponce de León se retiró con su gente a Caparra. Desde allí, sabiendo que al perder su jefe máximo, la resistencia de los indios había recibido un golpe mortal, ofreció perdón a los caciques que hicieran la paz con los españoles. Sólo dos caciques aceptaron la paz propuesta por el conquistador, el cacique Caguax, de la región del Turabo, y un cacique de la zona del Otuaó, quien más tarde había de ser llamado don Alonso, al ser bautizado por el obispo Alonso Mansc. Los otros caciques y sus indios continuaron la resistencia, replegándose muchos a la región montañosa de la sierra de Luquillo y retirándose otros a las islas vecinas donde se unieron a sus antiguos enemigos, los caribes, para luchar contra el enemigo común, los españoles. La rebelión indígena había sido aplastada: las primitivas armas de los indios no pudieron enfrentarse con éxito a las espadas y lanzas de acero de los conquistadores ni a sus ballestas y armas de fuego.

Preocupado por la emigración de los indios a las Antillas Menores, Ponce de León pidió al rey un bergantín para perseguir y capturar a los indios en ese archipiélago, y evitar así que la isla de San Juan se quedara sin gente para trabajar en las minas. En adelante la lucha habría de desplazarse a esas islas y se dirigiría principalmente contra los indios caribes.

A partir de la batalla de Yagüeca la resistencia indígena en la isla de Boriquén se limitó a pequeñas escaramuzas. Ponce de León pudo así reanudar los trabajos mineros y agrícolas y reorganizar la colonia.



VII

NUEVOS ACONTECIMIENTOS

Gobierno de Juan Cerón

En España, don Diego Colón, el heredero del descubridor de América, seguía reclamando su derecho al gobierno de la isla de San Juan y no perdonaba a Ponce de León la afrenta que le había hecho al apresar a sus representantes Juan Cerón y Miguel Díaz. A mediados del año 1511 el Consejo del Reino acordó que el gobierno de la isla de San Juan también correspondía a Diego Colón. El Rey Fernando tuvo que aceptar este acuerdo y en junio de ese año escribió a Ponce de León dándole la noticia y pidiéndole que entregara el gobierno de la isla a los representantes de Diego Colón y fuera a verle a España, donde él le haría justicia por sus servicios. En esta carta, que muestra el aprecio que sentía por Ponce de León, el Rey decía :

«Porque yo tengo la voluntad de premiaros por lo que vos nos habéis servido, y habiendo resuelto el Consejo que el gobierno de la isla de San Juan corresponde al Almirante, porque su padre la descubrió, entregaréis las varas a Juan Cerón e Miguel Díaz, y Bachiller Morales, y por lo que a vos toca, veníos donde yo estoy, que os haré justicia.»

Don Fernando también le escribió a Juan Cerón y a Miguel Díaz pidiéndoles que mantuvieran buenas relacio-

nes con Ponce de León y escucharan sus consejos. A fines de noviembre llegaron a San Juan el alcalde Juan Cerón y el alguacil Miguel Díaz a tomar posesión del gobierno. El Rey, enterado de la rebelión de los indios, le había pedido a Cerón que tratara de pacificar a los caciques, y en caso de que no se rindieran, que les hiciera la guerra a sangre y fuego, capturara a los caciques culpables y los enviara encadenados a La Española. También le instruyó para que destruyera las canoas de los indios, evitando así que éstos pudieran huír a las islas vecinas. Fernando el Católico seguía con gran interés el desarrollo de la colonización española en la Isla. Así, le escribía a Diego Colón diciéndole: «deseo ver esa isla bien concertada y muy bien poblada como cosa comenzada a plantar de mi mano».

Preocupado Cerón con la disminución de los indios, autorizó la captura de los que habían huído a los bosques y a las islas vecinas. Los conquistadores recorrieron la isla persiguiendo y capturando a los indios rebeldes, que luego vendían como esclavos. Con este propósito fueron asaltados varios poblados indios, entre ellos los de los caciques Orocovis, Jayuya, Jumacao y Guayama.

Poco después de entregar el mando de la isla a Cerón, Ponce de León, deseoso de emprender nuevas aventuras, se trasladó a Santo Domingo, para desde allí iniciar, según los deseos del Rey, la exploración y conquista de alguna otra tierra.

Ponce de León descubre la Florida

Existía entre los indios taínos de las Antillas la creencia de que existía una isla maravillosa llamada Biminí, situada al norte de Cuba, en la que existía una fuente cuyas aguas devolvían la juventud. Impresionado por esta creencia, Ponce de León había decidido ir en busca de la prodi-



Juan Ponce de León
descubre la Florida

giosa fuente. Solicitó y obtuvo la autorización del rey Fernando para su nueva empresa, logrando también que el monarca le nombrara Adelantado y Gobernador de la isla de Biminí y demás tierras que pudiera descubrir. El 23 de febrero de 1513 salió de La Española con una flotilla de tres naves que se detuvo en la bahía de San Germán (Añasco) antes de zarpar hacia la isla maravillosa. Algún tiempo después, el domingo de Pascua de Resurrección o Pascua Florida, descubrió una tierra a la que llamó Florida. Luego de explorar la región, que él creía era una isla, regresó a San Juan —en octubre de 1513— trayendo consigo algunos indios. Meses más tarde se dirigía hacia España para informar al rey acerca de su importante descubrimiento.



Llegada a la Isla del
Obispo Alonso Manso

Creación del obispado

En el año 1511, a petición del Rey Fernando el Católico, el Papa Julio II creó tres obispados en las nuevas tierras, dos en Santo Domingo y otro en la isla de San Juan. Don Alonso Manso, licenciado en teología, quien había sido capellán del príncipe heredero de España y canónigo de la catedral de Salamanca, fue designado obispo de San Juan. Manso llegó a la Isla el 25 de diciembre de 1512, siendo por tanto el primer obispo en venir al Nuevo Mundo. Su humilde iglesia de paja de Caparra se convirtió así en la primera catedral de América. El Padre Bartolomé de las Casas, quien conoció al obispo Manso lo llama: «teólogo y persona de muy buena vida; en las cosas del mundo no muy experimentado; hombre recto, humilde, simple y llano, y por estas cualidades virtuosas del Rey y de la Reina muy estimado».

En la ciudad, que ya para entonces se llamaba Puerto Rico, el obispo encontró un pobre convento de frailes franciscanos, establecido por orden del Rey.

En ese mismo año el gobernador de las Indias, Diego Colón, sustituyó a Juan Cerón en el gobierno de la Isla, nombrando en su lugar a Rodrigo de Moscoso. Ordenó además reconstruir el poblado de Sotomayor, que había sido destruido por los indios. Miguel Díaz, encargado de realizar esta obra, inició la reconstrucción en el año 1513. La nueva población recibió el nombre de San Germán, en honor de la nueva esposa de Fernando el Católico, doña Germana de Foix.

Ataques caribes

Don Diego Colón, molesto por los continuos ataques que a los españoles hacían los indios rebeldes de la Isla y sus aliados los caribes de las islas vecinas, vino a Puerto

Rico en 1513, e hizo capturar a varios caciques rebeldes, enviándolos encadenados a La Española. En represalia, los indios tramaron asesinarlo durante su viaje por el interior de la Isla, pero el intérprete Juan González se enteró de la conjura y condujo a don Diego Colón por un camino seguro.

Los caribes queman Caparra

Estando Diego Colón en San Germán, hacia fines de junio de 1513, los indios caribes atacaron Caparra, matando e hiriendo a varios vecinos y quemando la iglesia y veintinueve casas de madera y paja. Quedaron así destruidos los ornamentos religiosos de la humilde iglesia y los libros del obispo Manso. La ciudad fue valientemente defendida por los conquistadores Francisco Juancho y Diego Ramos. Al enterarse del ataque de los indios caribes don Diego Colón envió desde San Germán al capitán Juan Enríquez, pariente de su esposa, a socorrer a los vecinos de Caparra. Ponce de León, ausente entonces de la Isla, realizaba su viaje del descubrimiento de la Florida.



Los Caribes queman
la villa de Caparra

Fundación y destrucción de Santiago del Daguao

Alarmado ante la constante amenaza que representaban los indios caribes para la isla de San Juan, don Diego Colón ordenó que se fundara otro pueblo de españoles en la costa oriental, como medida de defensa contra las invasiones de dichos indios, que por el mismo litoral realizaban continuos ataques. Se eligió un lugar junto al río Daguao, cerca de donde se asienta el actual pueblo de Naguabo, dándosele el nombre de Santiago y poniéndose al cuidado de cincuenta vecinos capitaneados por Juan Enríquez. Fue poco lo que duró el poblado : en un furioso ataque los caribes de las islas vecinas lo destruyeron, dando muerte a casi todos sus pobladores.

Otro importante ataque de los caribes fue realizado en las haciendas del río Cayrabón, hoy Loíza. En un sitio cercano a la desembocadura de este río tenía su poblado la cacica llamada Luisa, quien se había casado con Pedro Mejías, un mulato español. El ataque al lugar fue tan violento que a pesar del heroísmo con que Mejías dirigió la defensa, él y su mujer cayeron heridos de muerte bajo las flechas de los caribes. Estos también lograron capturar a un vecino de la región, llamado Sancho de Arango, al que estuvieron a punto de llevarse prisionero si no hubiese sido porque su perro, el famoso Becerrillo, se arrojó sobre ellos, y a dentelladas les obligó a soltar a su amo y huir. El perro, sin embargo, fue víctima de una flecha envenenada que costó la vida al fiero y leal animal.

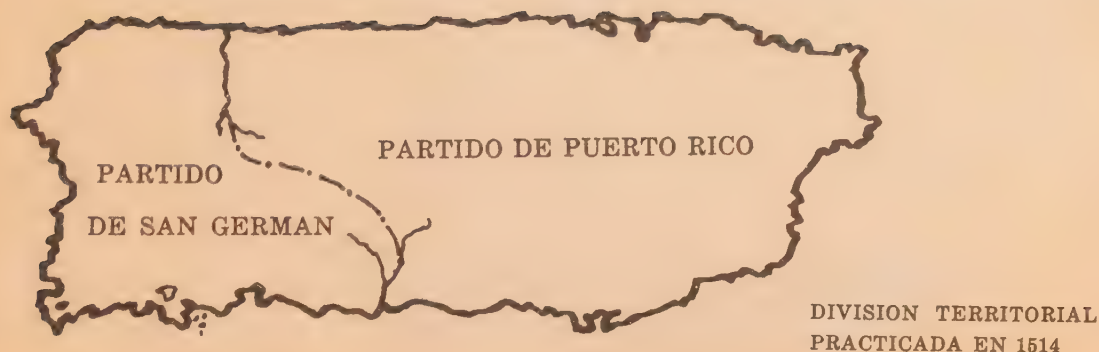
Becerrillo fue célebre por su participación en las luchas de los españoles contra los indios, y era tal su eficacia en la batalla que, en reconocimiento, su amo recibía por él un salario equivalente al de un soldado. Becerrillo fue padre de otro valiente perro perteneciente al descubridor del océano Pacífico, Vasco Núñez de Balboa,

que también se distinguió en las guerras contra los indios en la América Central.

En este ataque caribe a la región del Cayrabón un conquistador español llamado Pedro López de Angulo luchó contra el cacique Cacimar, de la isla Vieques y lo venció, dándole muerte. Enterado del ataque, el entonces gobernador de la isla, don Cristóbal de Mendoza, decidió castigar a los indios caribes de Vieques. Al mando de una flotilla compuesta por una carabela y dos bergantines, tripulados por sesenta hombres, se dirigió a dicha isla, donde el cacique Yaureybo ya estaba preparándose para vengar la muerte de su hermano Cacimar. En la lucha que se entabló entre españoles y caribes murió Yaureybo, y su poblado fue arrasado por los vencedores, quienes destruyeron doce canoas y se apoderaron de una tan grande y tan bien tallada que le fue enviada como trofeo a don Diego Colón.

Al regresar de la Florida, y enterarse del ataque que había sufrido Caparra, muy preocupado por los violentos y frecuentes ataques de los indios caribes, Ponce de León escribió al Rey, pidiéndole una armada con la que pudiera ir a combatirlos en sus propias islas.





División territorial de la isla

Siguiendo instrucciones del Rey Fernando y de su hija Juana, en el año 1514 Ponce de León dividió la isla en dos regiones o partidos, el partido de Puerto Rico y el de San Germán. En comunicación a Ponce de León se le dice desde España que esta división se hace: «para que cada pueblo sepa lo que es suyo e use e goze dello según e como se hace en estos reinos de Castilla e confiado de voz que lo hareis con aquella fidelidad y bondad». Como línea divisoria de los dos partidos, Ponce de León utilizó el curso del río Camuy desde su desembocadura en la costa norte hasta su nacimiento en la cordillera central, y el curso del río Jacaguas, desde su origen en la misma cordillera hasta su desembocadura en la costa sur.

Nuevo repartimiento de indios

En 1514, cumpliendo órdenes del rey, realizó un nuevo repartimiento de indios Sancho Velázquez, quien había venido a la isla como juez investigador de los oficiales

reales. Como resultado del censo realizado con tal motivo se reveló que había disminuído grandemente el número de indígenas. «Sacados los indios de Vuestra Alteza y oficiales —escribía Velázquez al monarca— no hay cuatro mil». En la misma carta advertía al Rey que por este motivo reinaba el descontento entre los colonizadores pues muchos de ellos se habían quedado sin indios.



Familia de indios caribes.
Grabado antiguo

La armada contra los Caribes

En el año 1514 el Rey accedió a las súplicas de Ponce de León, autorizándole a preparar una armada para ir a destruir a los caribes en sus propias islas. Al mismo tiempo le confirmaba en sus títulos de capitán de mar y tierra de la isla de San Juan y capitán de la armada contra los caribes. En julio de 1515 regresó de España Ponce de León

con la armada que el Rey le había otorgado, e inició ense-
guida los preparativos para emprender la expedición a las
islas vecinas. Necesitando de algunas mujeres indias para
la expedición, las tomó en la costa oriental de la isla, y esto
hizo que los caciques Jumacao y Dagua, que estaban en
paz, volvieran a levantarse con sus guerreros contra los
españoles.

En la isla de Guadalupe, Ponce de León y sus hombres
fueron atacados por sorpresa por los caribes, quienes lo-
graron matar a varios españoles, obligando a Ponce a

Combate entre Caribes
y españoles.
Grabado de la época





Fray Antonio de
Montesinos predica en
defensa de los indios

VIII

LA DEFENSA DE LOS INDIOS

No todos los colonizadores españoles estaban de acuerdo con el trato que muchos de ellos daban a los indios. Los primeros que se opusieron a este trato y defendieron el derecho de los indios a su libertad fueron los frailes dominicos de la Española. Uno de ellos, fray Antonio de Montesinos, en un sermón pronunciado en 1511 ante el gobernador don Diego Colón y las demás autoridades de Santo Domingo, condenó el trato que los colonizadores daban a los indios, advirtiéndoles que vivían y morían en pecado mortal por la injusticia de sus guerras contra aquéllos, por la servidumbre a que les habían sujetado y los trabajos excesivos que les imponían. Diego Colón y los oficiales reales exigieron a Montesinos que se retractara de lo dicho pero el domingo siguiente, en lugar de hacer lo que le habían pedido, el fraile se reafirmó en sus palabras y les anunció que si no corregían su conducta para con los indígenas, los padres dominicos no los admitirían al sacramento de la confesión. Las acusaciones de Montesinos fueron respaldadas por su orden, que envió al fraile a España para verse con el Rey e informarle personalmente de la situación en que estaban los indios. El Rey Fernando se interesó en el asunto y en el año 1512 convocó a una reunión de juristas y teólogos en la ciudad

de Burgos. En ella se proclamó el principio de la libertad de los indios, y se establecieron los deberes de los colonizadores para con los indígenas a su cargo. Entre otras cosas se les ordenó reducirles el número de horas de trabajo, atenderlos cuando se enfermaran y bautizarlos, disponiéndose además que cada encomendero tendría la obligación de enseñar a leer y a escribir por lo menos a uno de los indios a su cargo.

Se estableció además que las mujeres casadas no tendrían que trabajar en las minas y que a los menores de catorce años no se les podrían asignar trabajos fuertes.

En el año 1514 el rey había dado permiso oficial a los colonizadores españoles en la Isla para que se casasen con indias, diciendo: «será muy útil y provechoso al servicio de Dios y nuestro y conveniente a la población de dicha isla».

En la lucha por los derechos de los indios se distinguió el padre Bartolomé de las Casas. Las Casas había llegado a Santo Domingo en 1502, y había tenido indígenas encomendados. Al ver la situación en que éstos vivían, decidió dedicar su vida a su defensa.

En el año 1512 Las Casas fue ordenado sacerdote por el Obispo de San Juan, don Alonso Manso, viniendo así a ser el primer sacerdote ordenado en América. Las Casas comenzó su lucha en favor de los indios dando libertad a los que tenía a su servicio. En 1515 fue a España, se entrevistó con el Rey Fernando y logró que éste se interesara en el grave problema. Al morir el Rey al año siguiente, logró interesar en el asunto al cardenal Francisco Jiménez de Cisneros, quien había sido nombrado regente del Reino, ya que la hija de los Reyes Católicos, Doña Juana, estaba loca, y su hijo Carlos era menor.



Escudo de la orden
de los dominicos

D. F. BARTOLOME DE LAS CASAS





Cardenal Francisco
Jiménez de Cisneros

Gobierno de los frailes jerónimos

En 1516 el Cardenal Cisneros decidió encomendar el gobierno del Nuevo Mundo a una junta integrada por tres frailes de la Orden de San Jerónimo, quienes tanto en La Española como en la isla de San Juan habrían de estudiar con detenimiento los problemas existentes, especialmente el de los indios, y someter luego al regente sus recomendaciones.

Los tres frailes jerónimos Luis de Figueroa, Alonso de Santo Domingo y Bernardino de Manzanedo, llegaron a la Isla en el curso de su viaje a La Española, y permanecieron en San Juan varios días. En la ciudad de Puerto Rico, anteriormente llamada Caparra, los frailes jerónimos ha-

llaron que muchos de los vecinos se negaban a construir sus casas de piedra, pues esperaban, que la población se mudara de lugar. Alegaban que los terrenos no eran saludables, que los niños no se criaban y morían. También argumentaban que era muy difícil y costoso transportar las mercancías que llegaban de España desde el puerto hasta la ciudad. Juan Ponce de León, que había hecho una gran casa de piedra en Caparra, se oponía al traslado, alegando que el sitio en que ubicaba el poblado era el mejor, por estar cerca de los ríos y de las minas.

Los frailes jerónimos vieron las ventajas de trasladar la ciudad a la isleta, al otro lado de la bahía, y en sus instrucciones al consejo manifestaron:

«Id a la isleta y trazad el mejor sitio de lo que os pareciere de dicha ciudad, y trazad la iglesia grande, segura y de manera que pueda caber en ella mucha gente, porque confiamos en Nuestro Señor que su población ha de ser una de las más señaladas de estas partes.»

Al llegar a Santo Domingo en diciembre de 1516, los frailes jerónimos iniciaron la celebración de audiencias sobre el asunto de la servidumbre indígena, en las que tanto los conquistadores como los defensores de los indios expusieron sus puntos de vista. En 1518 los mismos frailes sometieron al Emperador Carlos V —pues había muerto el Cardenal Cisneros, y el nieto de los Reyes Católicos había heredado los tronos de España y de Alemania— varias recomendaciones para el mejor gobierno de las nuevas tierras. Entre ellas figuraba la de favorecer la agricultura, prefiriéndola a la minería. Para atender a la agricultura propusieron la introducción de esclavos negros, que consideraban mucho más aptos y fuertes que los indios para estos trabajos.

Traslado de la ciudad de Puerto Rico

Al terminar el gobierno de los padres jerónimos en 1518 el Emperador pidió al licenciado Rodrigo de Figueroa, designado para hacerse cargo del gobierno del Nuevo Mundo, que viera si convenía o no la mudanza de la ciudad de Puerto Rico. Figueroa reunió a los vecinos y oyó lo que éstos tenían que decir. En su gran mayoría los habitantes de la ciudad insistieron en su deseo de trasladar la misma a la isleta al otro lado de la bahía. Ponce de León y algunos de sus partidarios volvieron a oponerse al traslado.

Luego de escuchar los testimonios y de visitar la isleta el licenciado Figueroa se decidió por la mudanza y ordenó la construcción de dos puentes que eran necesarios para comunicar la isleta con la isla principal, los mismos que más tarde habrían de llamarse puente de Martín Peña y puente del Agua o de San Antonio. El traslado se inició en 1519 y ya para el año 1521 todos los vecinos habían abandonado Caparra, excepto la familia de Ponce de León, que fue autorizada a seguir habitando la gran casa de piedra que en dicho poblado había hecho construir el Conquistador.

Para entonces la introducción de esclavos africanos fue responsable de una grave epidemia de viruela que en el año 1519 causó la muerte de casi una tercera parte de los indios y de muchos colonizadores.

La Inquisición en Puerto Rico

En el mismo año regresa a la Isla el obispo Manso, que en 1515 había vuelto a España. Esta vez el Obispo trae también el título de Inquisidor Apostólico de las Indias, cargo que ha de ejercer conjuntamente con el vicario de los frailes dominicos de La Española. Al obispado de



Puerto Rico se le han sumado además varias islas de las Antillas Menores.

Con el obispo Manso vienen frailes dominicos, quienes traen el propósito de establecer un convento en la ciudad. Entre ellos se halla Fray Antonio Montesinos, el mismo fraile dominico que inició la lucha por la libertad de los indios.

La primera persona procesada por la Inquisición en Puerto Rico fue Sancho Velázquez, quien desde la renuncia del gobernador Cristóbal de Mendoza en 1515 actuaba como justicia mayor y gobernador. El licenciado Antonio de la Gama, comisionado en 1519 por el Emperador para que actuara como juez investigador de los oficiales reales,

Primer plano de Caparra y de la isleta de San Juan, hecho por Rodrigo de Figueroa en 1518. Archivo de Indias, Sevilla

descubrió que Velázquez había cometido numerosos abusos y fraudes durante su administración, y por tal motivo ordenó que se le condujese preso a España. Antes de que pudiera realizarse este propósito intervino, y no para mejorar la situación del procesado, el obispo Manso, quien en su carácter de inquisidor apostólico denunció a Velázquez por su amor al juego, comer carne en días prohibidos y no asistir a misa en Cuaresma. Trasladado a la cárcel de la Inquisición, Velázquez murió poco tiempo después, en mayo de 1520.

En ese mismo año el Emperador Carlos V reponía en el gobierno de las Indias a don Diego Colón, quien a su vez nombraba a Pedro Moreno gobernador de la isla de San Juan.

Pueblo de indios libres

Al nombrar juez de residencia y justicia de la isla al licenciado Antonio de la Gama, el emperador Carlos V le dio instrucciones para que libertase a los indios que habían sido reservados a la Corona o encomendados al virrey don Diego Colón, su esposa y los oficiales reales, así como a los asignados a personas residentes fuera de la Isla. Le ordenó también dar libertad a todos aquellos indios cuyos encomenderos muriesen.

De la Gama recogió todos los indios así libertados, cuyo número excedía de seiscientos, y los congregó en la granja real del Toa, que Ponce de León había establecido en los principios de la colonización para aclimatar y procurar la difusión en la isla de plantas y animales traídos de España y Canarias.

La granja real del Toa, que hasta entonces había servido como centro agrícola experimental, serviría también en adelante para realizar un experimento social, orientado

a habitar a los indios libres a un tipo de vida comunal regido por las costumbres civiles españolas. A los indígenas establecidos en 1520 en este primer pueblo de indios libres se les suministraron los medios de vivir y trabajar en labores agrícolas, bajo la tutela espiritual de un clérigo que les enseñaba la doctrina cristiana.

Muerte de Ponce de León

Mientras tanto Ponce de León, enterado del descubrimiento de Yucatán, donde Hernán Cortés había hallado fabulosos tesoros, no creyó conveniente dejar para más tarde la exploración y conquista de la Florida y en febrero de 1521 salió con este objeto desde San Germán en una flotilla de dos barcos. Los indios de la Florida le reciben hostilmente, y al desembarcar es herido de un flechazo por lo que tiene que retirarse a La Habana, donde muere pocos días después. Le sobreviven en la isla de San Juan sus tres hijas casadas: Juana, María e Isabel y su único hijo varón, Luis. En éste, que más tarde se hará fraile dominico, recaen los títulos de su padre: adelantado de la Florida, regidor perpetuo de la ciudad de Puerto Rico y alcaide de su fortaleza.

Por ser Luis Ponce de León menor de edad, su cuñado García Troche, casado con Juana, la hija mayor del conquistador, recibe dichos títulos hasta la mayoría de edad del joven. En 1523 sobre un alto que domina la bahía de la nueva ciudad, García Troche hace construir una casa fuerte con torre almenada, edificio que más tarde habría de conocerse con el nombre de Casa Blanca. Esta habría de ser la nueva residencia de la familia Ponce de León y, por varios años la única defensa de la ciudad de San Juan.



Frailes dominicos en su
convento de San Juan

Fundación del convento de los frailes dominicos

La llegada a San Juan en 1519 de los frailes dominicos coincide poco más o menos con el traslado de la ciudad a la isleta. Los herederos de Ponce de León y particularmente su hijo Luis, quien para entonces estudiaba con los dominicos en La Española, cedieron terrenos y donaron considerables sumas de dinero a dichos religiosos para que pudieran construir su convento e iglesia en un punto alto al norte de la ciudad. Adquirieron de este modo el patronato del templo conventual, de que disfrutaron por varias generaciones. El Emperador Carlos V también hizo importantes donaciones a los dominicos de San Juan para la construcción del convento.

En 1523 se iniciaron las obras de edificación del monasterio, cuyo fundador fue Fray Antonio de Montesinos. Pocos años después comenzó la construcción de la iglesia conventual (hoy conocida como iglesia de San José), en la que, a mediados del siglo, habían de sepultar los descendientes de Ponce de León los restos del conquistador de Boriquén, traídos desde La Habana. Su sepulcro fue cubierto con una losa de mármol en la que figuraba la siguiente inscripción:

«Aquí yace el muy ilustre señor Juan Ponce de León, primer Adelantado de la Florida, primer conquistador y gobernador de esta isla de San Juan...»

Sobre el lugar que ocupó la tumba, a la derecha del altar mayor, aún puede verse, ornando el muro del presbiterio, el escudo de piedra que allí hicieron colocar los nietos del primer gobernador de Puerto Rico, y que junta en sus cuarteles los blasones de los Ponce de León y de los Troche.

Este convento de Santo Domingo habría de ser por varios siglos el principal centro educativo y cultural de la Isla.

El padre Las Casas y sus caballeros en la Isla

Durante la gobernación de los frailes jerónimos se había prohibido el comercio de perlas con los indios de las islas de Cubagua, Margarita y las costas de Venezuela, porque los conquistadores se aprovechaban de este comercio para capturar indios en dichas islas así como en las costas de Venezuela, trayéndolos luego a Puerto Rico y La Española, donde los vendían como esclavos. En 1519 habiendo el nuevo gobernador de las Indias, Rodrigo de Figueroa autorizado que se hiciese la guerra a los indios caribes, y con este fin, salieron de Puerto Rico y La Española numerosas expediciones hacia las Antillas Menores y las costas de Venezuela. Los indios de la región de Paria, en el litoral de Venezuela, cansados de los atropellos que contra sus poblados cometían los conquistadores españoles, atacaron a varias de estas expediciones matando a muchos de sus integrantes así como a algunos frailes dominicos que se habían establecido en dicha región. Al conocerse la noticia de la matanza hecha por los indios, se envió desde La Española una expedición punitiva bajo el mando del capitán Gonzalo



La pesca de perlas en
las costas de Venezuela.
Grabado de la época

El Emperador Carlos V





El emperador Carlos V

de Ocampo. La flotilla de Ocampo llegó a San Germán en 1521, encontrándose sus tripulantes con el grupo de cincuenta familias españolas que, bajo la dirección del padre Las Casas, se preparaba para iniciar un nuevo experimento de colonización en las costas de Paria, consistente en el establecimiento de una comunidad donde convivieran pacíficamente indios y españoles. Enterado del propósito que llevaba la expedición de Ocampo, Las Casas trató de disuadirle, pero al no convencerle dejó a sus colonos en la Isla y se trasladó a La Española para defender los derechos que el Rey le había concedido sobre la costa de Paria. Cinco meses tuvo que permanecer Las Casas en Santo Domingo



Aqui se cōtienē vnos
 auissos y reglas para los confellores q̃
 ogeren confessions de los Españo
 les que son / o han sido en cargo a
 los Indios de las Indias del
 mar Oceano: colegidas por
 el obispo de Chiapa don
 fray Bartholome de las
 casas / ocafua de la
 orden de Sancto
 Domingo.
 .()✠()

negociando con los oficiales de don Diego Colón, viéndose por último obligado a aceptar condiciones diferentes a las que él hubiera deseado.

A su regreso a Puerto Rico encontró Las Casas que muchos de los *Caballeros de la Espuela Dorada*, como se designaba a sus expedicionarios, habían decidido abandonarlo y quedarse en la Isla. Con los restantes, embarcó hacia Cumaná en las costas de Venezuela, donde estableció una colonia que no habría de durar mucho, pues en 1522 en ocasión en que Las Casas se encontraba en La Española, los indios atacaron y arrasaron el poblado. Decepcionado por este fracaso, Las Casas, que ya era presbítero, ingresó en la Orden de Santo Domingo, pasando a vivir al convento que la misma tenía en La Española. Poco después, en 1527, empezó a escribir su famosa *Historia General de las Indias* y otras obras dedicadas a la defensa de los indios.





IX

LOS ORIGENES DE LA ESCLAVITUD NEGRA

Los primeros europeos que exploraron las costas de Africa fueron los portugueses, quienes para mediados del siglo xv ya habían establecido en el litoral occidental de este continente cinco factorías o centros para el tráfico de mercaderías dedicadas al comercio de esclavos, oro y marfil.

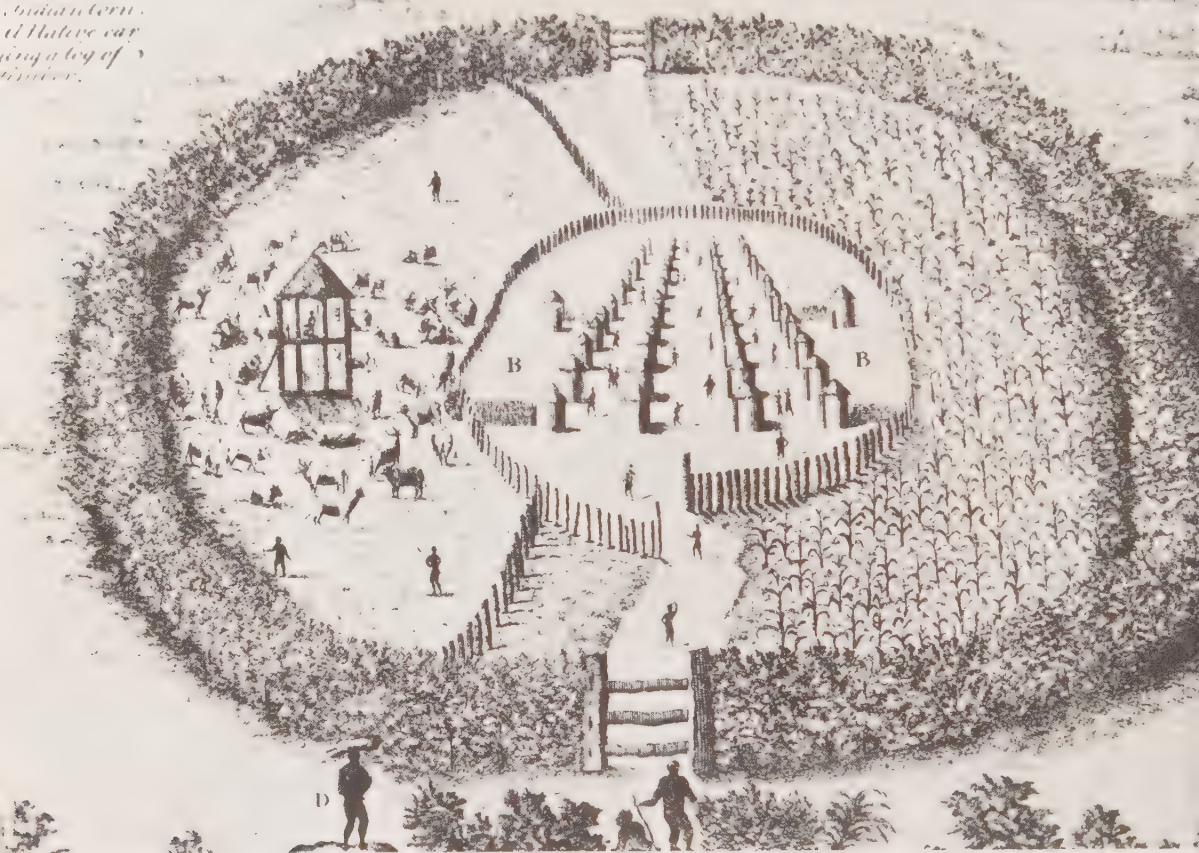
En la temprana Edad Media, gran parte de la región occidental de Africa, particularmente la zona del Sudán, situada al sur del desierto de Sahara, fue invadida por grupos árabes que lograron convertir a la fe musulmana a muchas de las tribus establecidas en el extenso territorio. Entre los siglos iv y xv de nuestra era surgieron y prosperaron en la región tres grandes y poderosos imperios negros: el de Ghana, el de Mali y el de Songhai. Debido a nuevas invasiones de bereberes y otros grupos árabes del norte del continente, para la llegada de los europeos a mediados del siglo xv ya el territorio estaba fragmentado en pequeños reinos que continuamente se hacían la guerra entre sí.

Aunque de culturas y lenguas distintas, los pueblos del Africa Occidental tenían muchos elementos en común, entre ellos el carácter predominantemente agrícola de su economía, el tipo de habitación —casas de barro techadas



*Guard house
 the castle
 with a
 Indian town
 it thence car
 ring a log of
 timber.*

View of a Tule town in the valley of the Sacramento River



Poblado africano

de paja y agrupadas en aldeas— y la religión. Aunque la influencia mahometana era poderosa y los soberanos practicaban el islamismo, la generalidad de la gente se mantenía fiel a la antigua religión pagana con su culto a los antecesores y a las fuerzas de la naturaleza y la práctica muy difundida de la magia y la hechicería. En algunas ciudades muy populosas, como Benin, en la Guinea, llegaron a existir templos de considerables proporciones, en los que se rendía culto a los ídolos representativos de los dioses tra-

dicionales. Los sacerdotes gozaban de grandes privilegios y ocupaban un lugar muy alto en la jerarquía social.

Instituciones sociales características de estas culturas eran las organizaciones de guerreros y las sociedades secretas cuyo fin era preservar la religión, la moral y las costumbres tradicionales. La poligamia se practicaba en casi todas las tribus, que reconocían la transmisión de bienes por herencia, a veces por la línea paterna y otras por la materna.

Estos pueblos del oeste de Africa sobresalían en las artesanías del tejido, el trabajo en hierro, la cerámica y el tallado en madera. Usaban el bronce para hacer armas, adornos, utensilios y esculturas. En el reino de Benin los yorubas produjeron piezas escultóricas de bronce de gran valor artístico. Valiosísimas obras de arte son también las pequeñas figuras de bronce, usadas para pesar oro, del reino ashanti. En toda la región se tallaban ídolos, máscaras y otros objetos de madera y marfil.

El alto mérito artístico de la escultura y el arte africano en general vino a ser definitivamente reconocido hace algunas décadas. Desde entonces ha sido notable la influencia que dichas expresiones artísticas ha tenido en la escultura, la pintura y otras manifestaciones del arte moderno en Europa y América.

Máscara usada en ceremonias religiosas y escultura en bronce del reino de Benin





La música constituía otro elemento de capital importancia artística y social en los pueblos de la región. El baile y el canto eran expresiones vitales de su tradición social y religiosa, y llegaron a tener orquestas compuestas por más de veinte músicos. Entre los instrumentos que usaban sobresalían los tambores de diferentes tamaños y formas, las flautas de madera y hueso, las marímbolas con teclas de madera o metal y algunos instrumentos de cuerda derivados de los pueblos árabes del norte.

Con excepción de los pueblos ubicados en el norte de la zona, directamente bajo la influencia árabe, los pueblos africanos de la región occidental no desarrollaron la escritura, aunque sí tuvieron una rica e imaginativa tradición oral.

Los pequeños reinos de la época inmediatamente anterior a la llegada de los europeos estaban constituidos por aldeas prácticamente independientes, cuyos jefes se

Rey africano con su cortejo



limitaban a pagar al rey un tributo. Las guerras entre reinos y entre aldeas eran continuas. Con frecuencia los habitantes de los pueblos derrotados eran sacrificados a los dioses o convertidos en esclavos, que a su vez eran vendidos a los traficantes del exterior, entre los que se contaron primeramente los árabes y más tarde los europeos. En algunas ocasiones se vendían como esclavos a los mismos reyes o jefes derrotados, con sus familias. En esta forma pasaron a América muchos príncipes africanos.

Las diferencias culturales y religiosas y la inmensa variedad de lenguas habladas en la región —más de 400 idiomas y dialectos, pertenecientes a varias familias lingüísticas— hacían imposible la unificación de estos pueblos, dificultad que sigue siendo hoy uno de los grandes obstáculos a la unidad política de algunos de los nuevos países africanos.

Como se dijo antes, los portugueses fueron los primeros europeos que establecieron factorías en la costa occidental de Africa. De sus reyes obtenían esclavos, oro y marfil, a cambio de armas de fuego, pólvora, telas y otras mercancías. La esclavitud, tanto de negros como de blancos y de otras razas, se aceptaba entonces como cosa natural en todo el mundo. En el siglo xvi llegaron a Africa, a dedicarse al mismo tráfico, los holandeses, que a su vez fueron seguidos por los ingleses y franceses. Durante algún tiempo también los suecos, daneses y prusianos establecieron en el mismo litoral centros para el comercio de oro y esclavos. Los españoles nunca tuvieron participación de importancia en dicho tráfico.

La zona en que se realizaba el comercio de esclavos comprendía desde el río Senegal, al noroeste, hasta el territorio de Angola, al sur del río Congo, y comprendía, entre otras regiones, al Sudán, la Guinea —incluyendo Sierra Leona— y las llamadas Costa de Oro, Costa de Marfil,



Idolo representando al dios de los Yoruba, Shangó



Aspecto de la costa oeste
africana mostrando los
fuertes de las distintas
naciones europeas

Costa de los Granos y Costa de los Esclavos y los territorios del Congo y Angola. Esta vasta zona correspondía a las demarcaciones que ocupan actualmente las repúblicas de Mauretania, Malí, Guinea, Sierra Leona, Liberia, Costa de Marfil, Ghana, Togo, Dahomey, Nigeria, Camerún, Gabón, el Congo y la colonia portuguesa de Angola. En todos estos territorios viven grupos culturales emparentados con los esclavos que pasaron a América.

Por motivos de natural rivalidad comercial y política los diferentes centros mercantiles europeos también se hacían con frecuencia la guerra entre sí y construían fuertes cuya posesión, según las eventualidades de la lucha, pasaban de una potencia a otra. Estas guerras, y la facilidad con que los blancos contraían las enfermedades propias de la región selvática y tropical impidieron a los países europeos conquistar los reinos africanos, que permanecieron independientes hasta mediados del siglo XIX, cuando Portugal, Francia, Inglaterra, Holanda, España y Bélgica establecieron colonias permanentes en la zona y en otras partes de África.

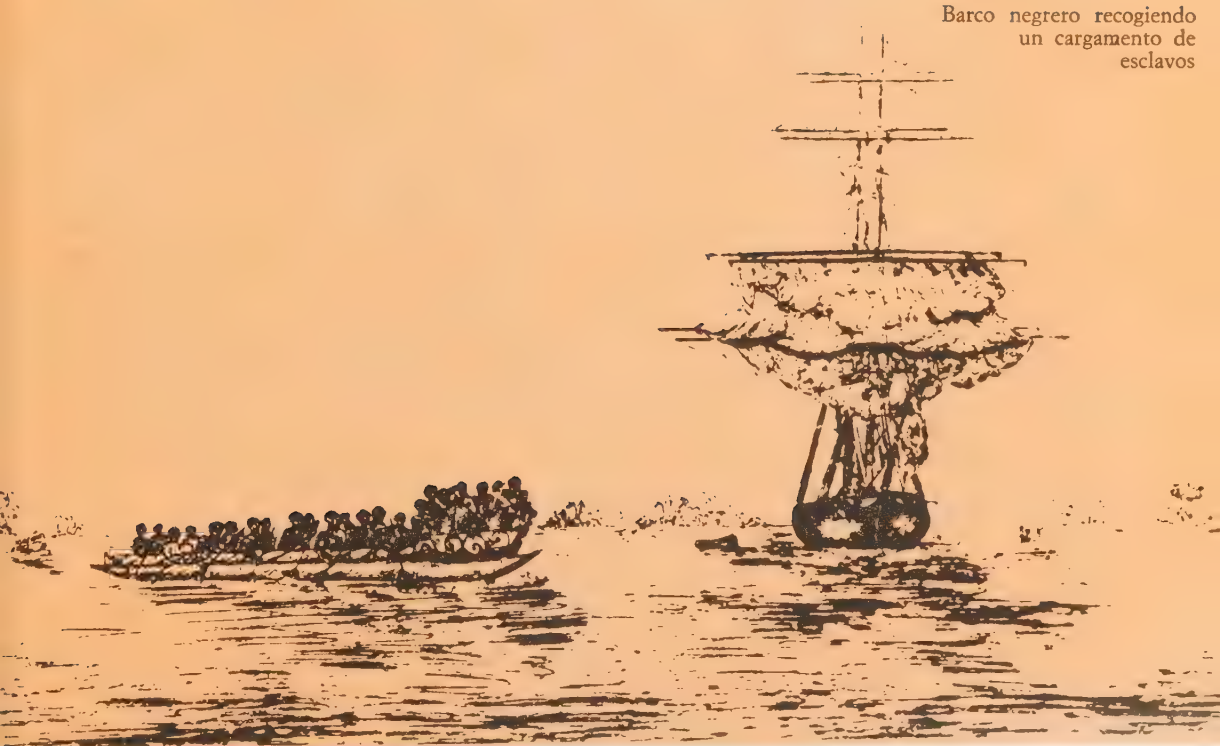
En España los primeros esclavos negros fueron introducidos durante la dominación árabe de la península por mercaderes establecidos en el norte de África, quienes

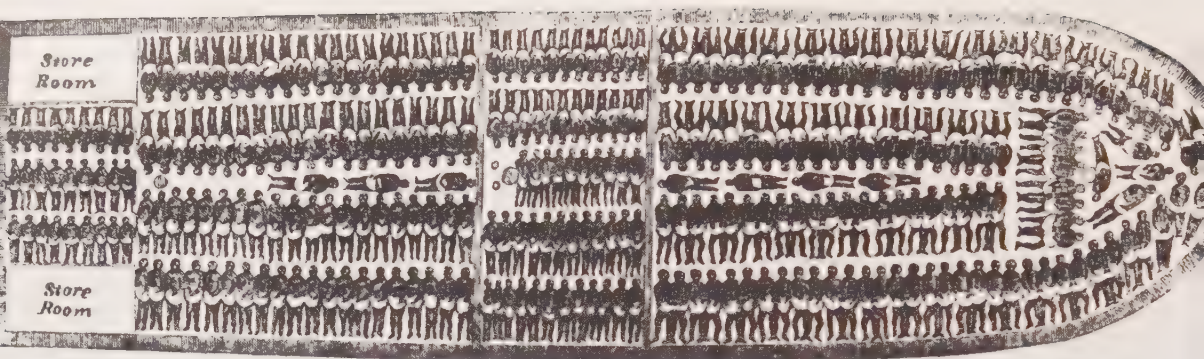
mantenían un gran tráfico de esclavos con los pueblos del sur del Sahara.

Para 1442 iniciaron los portugueses el mismo tráfico, y como resultado de la gran cantidad de esclavos importados en la península, ya para antes del descubrimiento de América existía en Sevilla un barrio poblado por millares de negros. Muchos de ellos habían obtenido su emancipación y vivían como hombres libres.

Los primeros esclavos negros en pasar a América vinieron en el año 1502 con Frey Nicolás de Ovando, gobernador de las Indias con sede en La Española. Eran negros cristianos, nacidos en España, y servían como criados.

Barco negrero recogiendo
un cargamento de
esclavos





Bodega de un barco
negrero indicando la
forma de traer los esclavos

Muchos de los esclavos africanos que en los años siguientes se trajeron a La Española huyeron a los montes, y unidos a los indios rebeldes pelearon contra los españoles, razón por la cual Ovando pidió al rey que en adelante se prohibiera la entrada de esclavos negros a América. Más tarde, sin embargo, debido a la rápida disminución de los indígenas y a las necesidades de la agricultura, el propio Ovando pidió que se autorizara de nuevo su introducción.

El primer negro en llegar a Puerto Rico fue Juan Garrido, nacido en Angola, quien había vivido algunos años en Sevilla, donde se había emancipado y hecho cristiano. Desde La Española vino con Juan Ponce de León en el año 1509 y vivió varios años en la isla, participando activamente en su conquista. Junto a Ponce de León participó en el descubrimiento de Florida. Más tarde marchó a México con Hernán Cortés, participando en la conquista de aquellas tierras y destacándose por haber sido la primera persona en sembrar trigo en México.

En 1510 se consignaron a don Diego Colón y a sus oficiales más de cien esclavos negros adquiridos en Portugal. Pocos años después el rey impuso un tributo por cada esclavo que se introdujera en las Indias.



Esclavos negros trabajando
en las plantaciones de
caña de azúcar

En el mismo año de 1510 el rey concedió al fundidor flamenco Jerónimo de Bruselas permiso para introducir en la isla de San Juan dos esclavos negros procedentes de España. Dos años después dio permiso a Ponce de León para pasar tres esclavos y tres esclavas cristianos que habrían de servir a su hijo don Luis. En 1514 Hernando de Peralta obtuvo permiso para introducir dos esclavas blancas, posiblemente de origen árabe.

Al iniciar su campaña en favor de la libertad de los indios, fray Bartolomé de las Casas propuso la introducción de esclavos negros para que sustituyeran a aquéllos en sus trabajos. Algunos años más tarde, recapacitando sobre su extraña recomendación, el propio Las Casas, arrepentido, habría de confesar que «...la misma razón es la de ellos —los africanos— que la de los indios».

En el año 1518 el emperador Carlos V dio licencia a un noble flamenco para introducir en las Antillas hasta cuatro mil esclavos. Desde este momento comenzó en estas islas, en gran escala, el inhumano tráfico, que habría de extenderse a otras partes de América y de prolongarse por más de tres siglos. Durante este tiempo la iniciativa y gestión del comercio negrero estuvo casi siempre en manos de portugueses, flamencos e ingleses. Estos últimos, por razón de que les estaba prohibido comerciar con las colonias españolas, vendían los esclavos de contrabando a sus habitantes. Fue para contrarrestar este tráfico clandestino que se adoptó el uso del carimbo, hierro candente con que se marcaba a los esclavos en la piel para identificar así a los que habían entrado legalmente.

Las culturas africanas que con la importación de esclavos negros se proyectaron en el Nuevo Mundo fueron en los primeros años las de los jelofes del Senegal y los mandingos del Sudán; y más tarde las de los mendé, de



Esclavos trabajando en la agricultura

Sierra Leona; los yoruba, dahomeyes, ashantis, ibos, fantes y baules, de la Guinea, y los congos de la zona del río Congo.

Desde el principio se estableció en América cierta preferencia en favor de los esclavos procedentes de los pueblos agrícolas de la Guinea, que eran de carácter tranquilo y pacífico, sobre los oriundos de tribus guerreras y cazadoras. También se preferían los que profesaban la religión pagana a los fanáticos creyentes del islamismo. Los jefes del Senegal, guerreros convertidos al Islam, por ser violentos y dados a la sublevación no se adaptaban a la esclavitud. Tampoco se adaptaban a ella los esclavos mestizos o criados entre moriscos.

Una real orden del año 1506 mandaba expulsar de La Española todos los esclavos berberiscos, y prohibía pasar a ella en adelante a los que habían sido criados por moros. Motivó esta determinación el hecho de que muchos de los esclavos traídos de Africa en los primeros años de

la colonización eran mestizos de árabes y creyentes en la religión musulmana.

En 1522 ocurrió un gran levantamiento de esclavos en La Española y cinco años más tarde tuvo lugar otra rebelión en Puerto Rico. Se atribuyeron estas sublevaciones a los jelofes, que en Puerto Rico, como en La Española, se habían unido antes a los indios en sus guerrillas contra los colonizadores, haciendo también causa común con los caribes de las Antillas Menores.

En 1532 las autoridades de la Isla pidieron al rey que no se enviaran negros jelofes ni berberiscos, pues eran causa de levantamientos en las islas vecinas. Accediendo a la



Hacienda de caña.
Grabado de la época



petición, manifestaba el rey: «...téngase mucho cuidado en la Casa de Contratación de que no pasen a las Indias esclavos negros llamados jelofes; ni los que se hayan traído de allí ni otros ningunos criados entre moros, aunque sean de casta de negros de Guinea».



Trapiche de caña de azúcar



Los esclavos negros hicieron posible el florecimiento de la agricultura en las islas, y especialmente el cultivo de la caña de azúcar. Fueron ellos también los que con su trabajo hicieron posible la construcción de las fortificaciones de San Juan y de otros edificios y obras públicas.

Junto con los esclavos llegaron a la isla desde el África diversos frutos, legumbres y raíces tropicales, entre ellos el guineo —en sus diferentes variedades— y el ñame, que tan importantes habrían de ser en la alimentación de nuestro pueblo. El plátano, también de origen africano, fue introducido en La Española en 1516 por el dominico fray Tomás de Berlanga y traído a Puerto Rico poco después.

Al contrario de otros países europeos que colonizaron América, los españoles desde el principio estimularon la integración de las razas, casándose españoles con negras africanas como antes lo habían hecho con las Indias. Así, muy pronto comenzaron los negros africanos a mezclarse con los

españoles y los indios, y en forma gradual la población africana se fue incorporando a la sociedad colonial, enriqueciéndola con su sangre y su cultura. La influencia cultural africana ha sido particularmente notable en la música y el folklore.

Ya en las primeras décadas del siglo xvi algunos negros alcanzaron la libertad y se dedicaron a diversos oficios. Con el transcurso de los años la población negra y mestiza habría de formar parte importante de la sociedad puertorriqueña y de dar al país algunos de sus hijos más ilustres.



X

LA COLONIZACION EN PELIGRO

Luchas internas entre los colonizadores

Durante estas primeras décadas, las pugnas internas entre los colonizadores y los oficiales reales de la Isla fueron frecuentes, perjudicándose así la obra colonizadora. Centro de estas luchas lo fue por algún tiempo uno de los personajes más influyentes de la colonia, el contador Antonio Sedeño. Nombrado para este importante cargo desde 1512, había tenido divergencias con algunos colonizadores y otros oficiales, particularmente con el tesorero Blas de Villasante. La joven cacica María Bagaanamé, hija del cacique Caguax, y sus indios fueron una de las causas de las discordias. Estos indios fueron finalmente llevados en 1520 por el licenciado de la Gama a la hacienda real del Toa para que allí vivieran libremente con su cacica doña María.

El nuevo gobernador de la Isla, Pedro Moreno, condujo las investigaciones relacionadas con ciertos cargos que contra Sedeño se habían formulado, y como consecuencia lo redujo a prisión, privándole de su cargo, que vino a ocupar Francisco Velázquez, hermano de Sancho Velázquez, fallecido poco antes en la cárcel de la Inquisición. El tesorero Villasante, por su parte, fue injustamente acusado de ser nieto de hereje quemado por el San-





Indios caribes dando
muerte a frailes.
Grabado de la época

to Oficio, y encarcelado también por algún tiempo. En 1522 Sedeño logró huir a España, donde no sólo logró la sustitución de Francisco Velázquez como contador, sino el auxilio del rey para emprender la conquista de Trinidad. Desde Sevilla partió Sedeño para esta isla, fracasando poco después en sus intentos de conquistarla y colonizarla.

Ataques de caribes y corsarios franceses

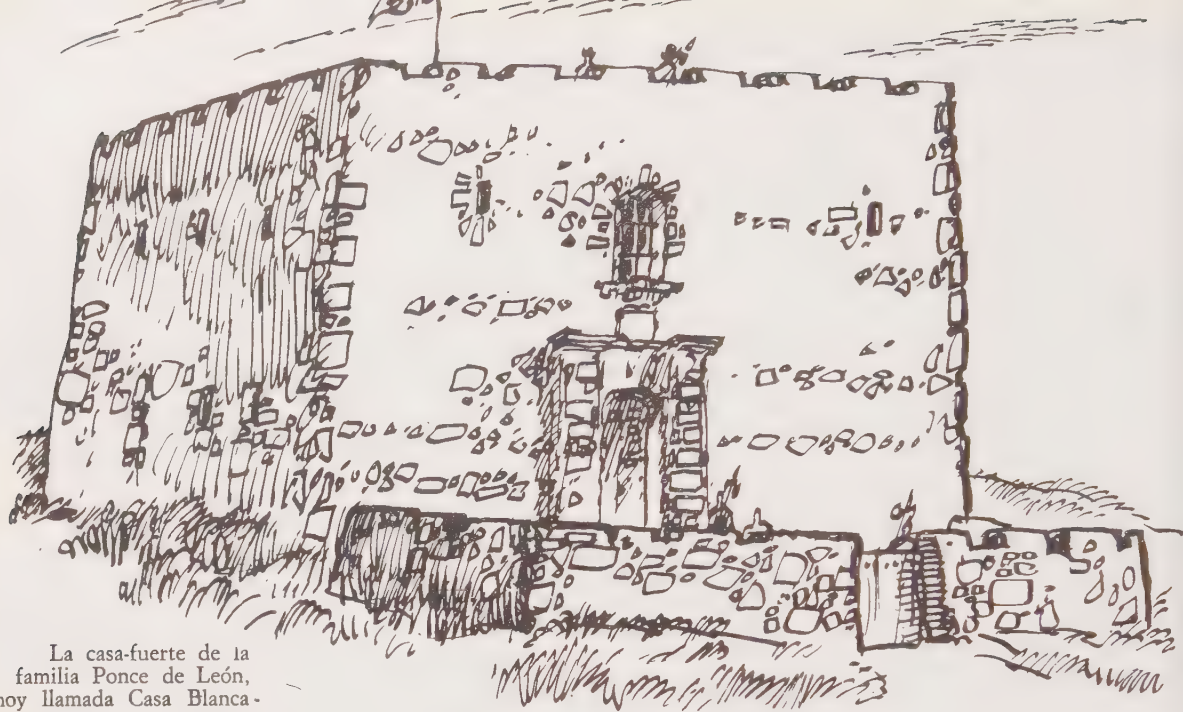
En el año 1526 los frailes franciscanos, que hacía varios años habían abandonado su convento de Caparra, regresaron a la Isla, y el obispo Manso los destinó a la villa

de San Germán, en cuyo lugar de la Aguada establecieron un nuevo convento. Dos años más tarde los indios caribes de las Antillas Menores atacaron esa región, destruyendo el convento y dando muerte a cinco de los frailes. Se cuentan estos frailes entre los primeros mártires del cristianismo en el Nuevo Mundo.

En este mismo año, 1528, estando España y Francia en guerra, corsarios franceses desembarcaron en la villa de San Germán, situada cerca de la desembocadura del río Guaorabo (Añasco) y saquearon y quemaron la población. Al año siguiente ocho canoas tripuladas por guerreros caribes lograron entrar a la bahía de la ciudad de San Juan de Puerto Rico y penetrar por el río Bayamón, saqueando y destruyendo pequeñas embarcaciones que allí había y capturando varios esclavos negros. Temiendo un ataque a la ciudad, los vecinos se refugiaron en el convento de Santo Domingo, mientras desde la casa-fuerte de la familia Ponce de León (la actual Casa Blanca) se disparaba a los caribes sin lograr hacerles daño. Este ataque demostró a los vecinos de la capital la necesidad de que se construyera una fortaleza que les protegiese en caso de nuevas



Piratas franceses
desembarcan en
San Germán



La casa-fuerte de la familia Ponce de León, hoy llamada Casa Blanca-

incursiones. En 1530 los caribes volvieron a atacar por la costa este de la Isla, destruyendo varias haciendas y sembrando el pánico entre los colonizadores. En carta al Emperador Carlos V el concejo de la ciudad refiere los incidentes de este ataque caribe y expresa el temor en que por tales sucesos vivían los vecinos de la ciudad:

«...el domingo pasado 23 del presente, vinieron a esta isla once canoas de caribes en que podrían venir 500, dieron en cierta parte poblada de hacienda de labranza de esta ciudad donde el mejor oro que se saca en esta isla, se dice el Daguaio e minas de Luquillo e saquearon una hacienda de Cristóbal de Guzmán, vecino principal de esta. Matáronle con ciertos cristianos blancos, negros e indios y ciertos perros bravos que tenían aparejados para defensa. Quemáronles a todos con las casas e hicieron muchas crueldades en cristianos, negros e indios. Llevaron presos veinte y cinco negros e indios para los comer segun su costumbre. Témesse vengan sobre esta ciudad indefensa, con más pujanza; tal es el temor, que las mujeres y niños no usan dormir en sus casas y se van a la iglesia y monasterio, por ser edificios de piedra.»

Los repetidos ataques de los caribes a los poblados de la Isla llenaron de temor y preocupación a los colonizadores, que hacía tiempo venían pidiendo al Rey que ordenara construir en los pueblos defensas adecuadas y enviara barcos de guerra para ir a castigar a los caribes en sus propias islas.

Al morir don Diego Colón en 1526 el Rey nombró gobernador de las Indias al recién designado obispo de Santo Domingo, don Sebastián Ramírez de Fuenleal, en tanto que el hijo de Colón, Luis, quien era menor de edad, podía hacerse cargo del gobierno. Para hacerse consagrar obispo por don Alonso Manso en la Catedral de San Juan, Fuenleal vino a la Isla, desde donde escribió un extenso memorial al Rey relatándole los problemas con que se confrontaba la colonia. Según le informaba, en la ciudad capital había «ciento veinte casas de las de piedra y las más de tabla y pajas».

Aspecto de la ciudad de
Puerto Rico durante
las primeras décadas
del siglo xvi



Entre las gestiones que realizó en la Isla el obispo Fuenleal se destacan sus esfuerzos por terminar con las rivalidades existentes entre algunos vecinos por la bella hija del cacique Caguax, doña María de Baaganamé, quien para entonces contaba unos dieciocho años. El obispo hizo casar al administrador de la granja real del Toa, Diego Muriel, con la joyen cacica.

El año 1530 fue crítico para los colonizadores. Las minas de oro se estaban agotando y cada día se reducía más la población indígena. Para empeorar la situación, en el mismo año azotaron la Isla tres tormentas que destruyeron muchas casas y plantaciones e hicieron mucho daño al ganado. Los colonizadores, medio arruinados, se veían obligados a comprar esclavos negros para sustituir a los indios en el trabajo de las minas, pero para hacer esto tenían que obtener préstamos, y todos estaban endeudados. Esta situación desesperada dio lugar a que los que tenían dinero para prestar abusaran de los necesitados.

Las autoridades de la colonia tomaron varias medidas para remediar estos males. El concejo de la ciudad elevó al Rey un memorial relatándole la crítica situación económica porque atravesaba la colonia y proponiendo varias medidas para remediar la situación. En dicho memorial se manifestaba lo siguiente:

«Todos los vecinos y moradores de esta Isla están muy adeudados a causa de no detenerse en tomar negros fiados, con la esperanza de sacar mucho oro, y como no lo han hallado, mucha parte de ellos está en las cárceles, otros huyendo por los montes y a otros se han destruido, vendiéndole cuanto tenían... Suplicamos que se quite a los vecinos la ocasión de adeudarse con mercaderes, prohibiendo a estos tomar negros en año y medio y permitiendo a los vecinos que los introduzcan libremente por diez años. También debe concederse suspensión del pago de deudas por cinco años, dando fianzas.»



Venta de esclavos negros

En su carácter de inquisidor el obispo Manso, por su parte, dictó severas penas contra los que practicaban la usura, que también condenaron los frailes dominicos de la capital.

En el mismo año de 1530 se le dio el mando de la Isla a don Francisco Manuel de Lando, uno de los mejores gobernadores que durante esa época tuvo la colonia. Lando realizó el primer censo de la población. Según el mismo para esa fecha sólo había en la Isla 426 españoles, 1,148 indios (incluyendo libres y esclavos) y 2,077 negros de ambos sexos. Estas cifras no incluyen los hijos menores de ninguno de los tres grupos raciales. Tampoco estaban incluidos en dicha estadística todos los indios, particularmente aquellos que andaban libres por las montañas. El censo de Lando nos demuestra, de todas maneras, que la

población indígena había disminuido grandemente para esta fecha. Revela además que el número de españoles casados sólo era de 71, lo cual indica que muchos solteros vivían con indias y negras de las que procreaban hijos. Algunos indios y negros eran libres y se les consideraba como vecinos. En el censo también aparecen españoles casados con indias. Ya se empezaba a realizar en la Isla la unión de las tres razas, blanca, india y negra, que en el futuro había de dar origen al pueblo puertorriqueño.

En 1532, al reconstruirse nuevamente el poblado de San Germán en la costa occidental, cerca de la desembocadura del río Guaorabo (Añasco), los frailes dominicos de San Juan establecieron allí otro convento que se conoció con el nombre de Porta Coeli.



El primitivo convento de Porta Coeli en San Germán del Guaorabo (Añasco)

Las insistentes peticiones de los vecinos de Puerto Rico para que se ordenara la construcción de defensas en la Isla fue escuchada al fin por la Corona, que en 1533 ordenó la construcción de un fuerte en la costa occidental de la isleta de San Juan, con el propósito de defender la ciudad por la parte de la bahía. Es este el mismo que hoy se conoce como la Fortaleza. En el mismo año se enviaron barcos destinados a llevar expediciones a las islas de los caribes para atacarles en sus propias tierras y destruirles allí sus canoas.

La Fortaleza de San Juan hacia mediados del siglo xvi



Mientras tanto, la situación económica de la Isla, que seguía crítica, se agravó con las noticias que llegaron acerca de las conquistas que realizaban los españoles en el Perú. En 1534 desembarcaron en Puerto Rico emisarios de Francisco Pizarro, quienes venían a comprar caballos, y dieron noticias de las grandes riquezas que habían hallado en el antiguo imperio de los Incas. Con tal motivo el Cabildo de San Juan le escribía al Rey: «...las nuevas que del Perú y otras tierras nos vienen son tan extremas que a los viejos hacen mover, cuánto más a los mancebos». Al ver el contraste que había entre su situación en la Isla, agobiada por la pobreza y la inseguridad económica, azotada por huracanes y atacada por caribes y corsarios, y las perspectivas que ofrecían las nuevas tierras conquistadas por Pizarro, con sus fabulosas riquezas, muchos de los colonizadores españoles no pudieron resistir la tentación de abandonar la Isla y marcharse a probar fortuna en el Perú. El grito de «Dios me lleve al Perú» resonó pronto en toda la Isla, y fueron muchos los que embarcaron hacia las nuevas tierras, entre ellos un joven nacido en la Isla, llamado Gaspar de Flores que había de ser padre de Santa Rosa de Lima.

El gobernador Lando, alarmado por la situación, y temiendo que de continuar el éxodo de vecinos la Isla se fuera a despoblar, les prohibió salir de ésta, bajo pena de muerte. A pesar de esta prohibición muchas personas lograron embarcarse a escondidas. Otras, con menos suerte, fueron detenidas, sacadas de los barcos y traídas de regreso a la ciudad de Puerto Rico, y, para que les sirviera de escarmiento, Lando ordenó que a algunas de ellas se les hicieran serias cortaduras en los pies.

El propio gobernador Lando relató vívidamente al Rey la situación por que atravesó entonces la colonia, diciéndole:

«Con mi ida a San Germán sosegóse la gente alborotada por irse al Perú... Muchos locos han marchado secretamente por los portezuelos distantes de las poblaciones; de los que quedan, al más arraigado no se le oye sino: Dios me lleve al Perú: Noche y día velo porque ninguno se marche y no aseguro que los contendré.»

«Ahora dos meses supe que dos leguas de esta ciudad se había alzado unos con un barco para marcharse; mandé tres barcos y veinte de a caballo por tierra, y costó infinito trabajo prenderlos, según su defensa. Fue menester que se vieran tres de ellos asaetados, otros heridos, y mi presencia. A unos se azotó, a otros se cortaron los pies, y tuve que disimular cierta voz de sedición de algunos coligados con ellos, para esperarse en la isla de la Mona... Si Vuestra Majestad no provee de pronto remedio temo que cuando no se despueble la isla quedara como una venta. Esta es la entrada y clave, de todas las Indias: somos los primeros con quien topan los franceses e ingleses corsarios, como lo han hecho; los caribes nos llevan vecinos y amigos a su salvo, y si un barco viniese de noche con solo cincuenta hombres quemaría o mataría cuantos aquí vivimos. Pído mercedes y franquicias para tan noble isla, ahora tan despoblada...»

«Dios me lleve al Perú»





Las medidas tomadas por el Gobernador Lando para resolver por el momento la grave situación tenían que complementarse con otras más permanentes, que estimularan a los colonos a seguir viviendo en la Isla. La solución estaba en fomentar la ganadería y la agricultura, especialmente la producción de caña de azúcar. El primer trapiche para moler caña había sido establecido en San Germán hacia 1523 por Tomás de Castellón y ya el azúcar comenzaba a ser un importante producto comercial. Con el propósito de fomentar la agricultura se logró que la corona concediera préstamos a los vecinos interesados en establecer trapiches de azúcar. Gracias a estas medidas, en pocos años los trapiches se multiplicaron y ya para 1549 Grego-

Primitivo trapiche de caña de azúcar.
Grabado de la época

rio de Santaolalla estableció el primer ingenio movido por agua. Se dice que fue un canónigo de Cabo Verde, don Diego Lorenzo, quien enseñó a los vecinos a construir este tipo de trapiche. Fue este mismo clérigo quien trajo a la Isla la palma de cocos y la gallina de guinea. Mientras tanto, y además de la agricultura, progresó también la crianza de caballos y de ganado vacuno. A este incremento de la ganadería, contribuyó, entre otros colonos Asencio de Villanueva quien importaba caballos de Andalucía para el potrero que tenía en Jayuya.

Gobierno de los Alcaldes

El Gobierno de la Isla ha de sufrir un cambio radical cuando en el año 1537 la familia Colón decide cederle a la Corona sus derechos al gobierno del Nuevo Mundo. El Rey aprovecha esta oportunidad para abolir el sistema de gobernadores y entregar el gobierno de cada uno de los partidos o distritos en que estaba dividida la Isla (el Partido de Puerto Rico, encabezado por la ciudad de San Juan y el de San Germán, encabezado por la villa del mismo nombre), a dos alcaldes ordinarios designados por el Cabildo o junta municipal. Tanto la ciudad de Puerto Rico como la villa de San Germán nombraron entonces sus alcaldes, que ejercían el mando por un año y entendían en todos los asuntos civiles y criminales. Esta forma de gobierno se mantuvo durante doce años pero no fue del agrado de los vecinos que alegaban que en ella «todo se hace como entre compadres».

La preocupación ante la amenaza permanente de los indios caribes y los corsarios europeos se hacía cada día mayor, y pronto se llegó a la conclusión de que la Fortaleza, por haberse construido en un sitio muy apartado de la entrada de la bahía, no representaba ninguna protección



Soldado español de la época

A large, stylized handwritten signature in dark ink, appearing to read 'Gonzalo Fernández de Oviedo'.

efectiva contra los ataques enemigos. El cronista Gonzalo Fernández de Oviedo llegó a decir que «sólo a un ciego se le hubiera ocurrido hacerla en ese lugar». Como remedio a esta situación se inició en 1539 la construcción de un fuerte en un promontorio o morro situado en la misma entrada de la bahía. Este fuerte, habría de seguir agrandándose en el curso de los años y convertirse en una imponente fortaleza, con el nombre de San Felipe del Morro. Poco después de comenzado este fuerte se inició la construcción de otro en San Germán.

Portada de la «Natural
Historia de los Indios»
por Gonzalo Fernández
de Oviedo

Pastos, montes y aguas comunes

En el año 1541, a petición de algunos nuevos vecinos, el Emperador ordenó que todos los pastos, montes y aguas de la Isla fueran comunes a todos los colonizadores. Esta orden causó un gran revuelo entre los vecinos pues aunque las aguas y los montes habían sido desde antes propiedad común, los pastos eran de uso particular. El Cabildo de la ciudad se vio imposibilitado de poner en vigor la orden real ya que la gran mayoría de los vecinos no lo permitió.

La libertad de los indios

Mientras tanto la situación de los indios seguía siendo motivo de preocupación para sus defensores en el Nuevo Mundo, especialmente para los frailes dominicos. Uno de los caciques de la Isla, Juan de Jumacao, se quejó al Emperador del estado de esclavitud a que había sido reducido y entre otras cosas le decía que sabía leer y escribir. El Emperador ordenó que se le dejara «libre para poder hacer de su persona lo que quisiera».

En el año 1537 el papa Paulo III emitió una bula en la que declaraba la libertad de los indios y excomulgaba a todos los que los mantuvieron en esclavitud o les arrebatasen sus bienes y su tranquilidad. El emperador Carlos V se molestó grandemente, considerando la bula una intromisión del Papa en una materia que él creía de su jurisdicción, y logró que el Papa la revocara. Cinco años más tarde, sin embargo, en 1542, el propio Carlos V proclamó la libertad general de los indios. La responsabilidad de hacer cumplir el decreto imperial en la Isla correspondió al nuevo obispo don Rodrigo de Bastidas ya que don Alonso Manso había muerto en 1539. Bastidas que había sido antes obispo de Venezuela, llegó a la Isla en 1542 y sólo encontró sesenta indios en estado de servidumbre, a los cuales libertó y puso a vivir en pueblos. Es probable que hubiera más indios, aunque no muchos, y que algunos colonos los hubiesen escondido del obispo y habría otros dispersos en el interior de la Isla. Bastidas continuó las obras de la Catedral iniciada por Manso y se destacó por su interés en establecer una escuela de gramática para los hijos de los vecinos y por haber realizado la primera ordenación de sacerdotes naturales de la Isla.



El emperador Carlos V

Nuevo ataque a San Germán

En el año 1543 una armada francesa de tres naves atacó y saqueó nuevamente el poblado de San Germán. El gobernador pidió ayuda a Santo Domingo, y barcos españoles lograron apresar la nave capitana de los corsarios franceses. Este nuevo ataque a San Germán hizo que muchos vecinos abandonaran el pueblo y se dispersaran por la región. Algunos se establecieron en el área de Gua-

dianilla, a una legua de una aldea de indios libres llamada Cibuco.

Gobierno de los gobernadores letrados

El gobierno de los alcaldes establecido desde 1537 provocó tantas protestas de los vecinos, que en 1544 el Emperador decidió suprimirlo y restablecer el sistema anterior de gobernadores. Al efecto nombró gobernador de la Isla al licenciado Iñigo Cervantes de Loayza, quien se había distinguido como oidor de la Audiencia de Santo Domingo. A este gobernador y a otros que le sucedieron, se les llamó gobernadores letrados porque no provenían de la carrera militar, sino que eran personas de estudios universitarios y habían sido jueces o fiscales. A Cervantes de Loayza tocó resolver muchos de los problemas que había dejado el gobierno de los alcaldes. En la isla su hija se casó con el nieto del conquistador, hijo de Juana Ponce de León y García Troche, natural de Puerto Rico, y quien antepuso el apellido Ponce de León al de su padre llamándose Juan Ponce de León y Troche.

Juan Ponce de León II

Juan Ponce de León y Troche, fue el primer puertorriqueño en destacarse en la vida pública de la Isla. Heredó de su abuelo el título de alcaide de la Fortaleza y, más tarde, del Morro y también el puesto de regidor perpetuo del Cabildo. Fue también contador de la ciudad y siendo una de las personas más poderosas e influyentes de la Isla, su poder y su riqueza aumentaron al casarse con la hija del gobernador Loayza. Fue él quien a mediados del siglo XVI hizo traer de La Habana los restos de su abuelo Juan Ponce de León y los hizo enterrar en la capilla mayor de la iglesia de Santo Tomás, en San Juan.



Juan Ponce de León II



El Rey Felipe II.
 Pintura de la época

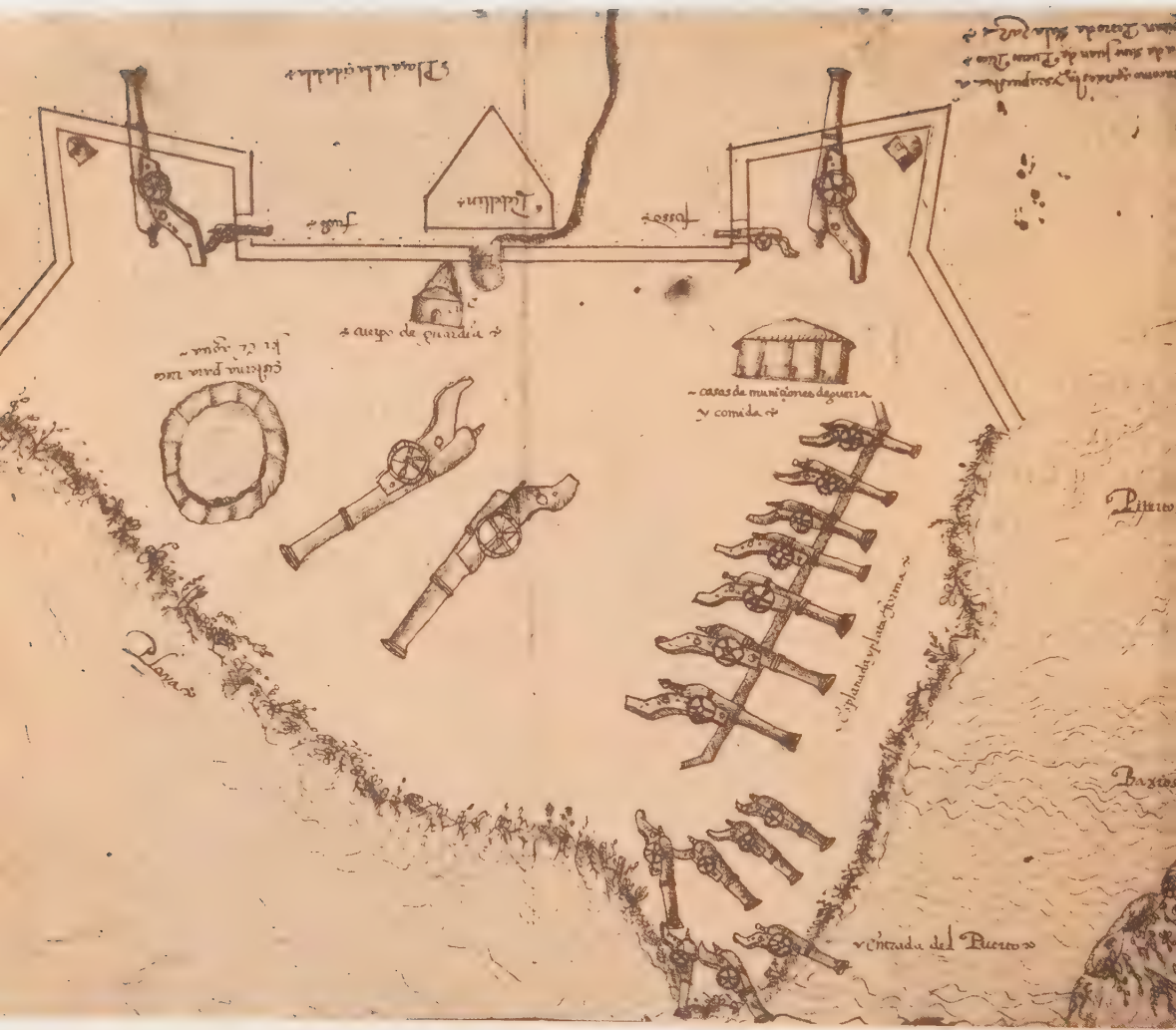
Durante estos años era frecuente que se originaran disputas y conflictos entre los vecinos más poderosos, los oficiales reales y el obispo. El obispo Bastidas tuvo grandes contratiempos con los frailes dominicos, pues estos se habían enriquecido con el producto de sus ingenios y haciendas de caña de azúcar y se negaban a pagar los diezmos o contribuciones que correspondían al obispado.

En el año 1544 los corsarios franceses volvieron a atacar al poblado de San Germán logrando que casi todos sus vecinos lo abandonasen. Dos años más tarde se establece la parroquia de Santa María de Guadianilla a la que se han de trasladar muchos de los vecinos de San Germán.

En el año 1556, el emperador Carlos V abdica al trono de España en favor de su hijo Felipe II, y se retira a un monasterio. Al iniciarse el reinado de Felipe II la situación en la colonia sigue siendo desesperada pues aunque los vecinos se han dedicado a la agricultura encuentran grandes dificultades para poder enviar sus productos a España. Los principales productos agrícolas son el azúcar y el jengibre. El cultivo de esta raíz, iniciado hacia 1547, habría de ser de gran importancia en las últimas décadas del siglo. De las millares de cabezas de ganado que para entonces había en la isla se producen en abundancia los cueros, otro importante artículo de exportación. Son muy pocos los barcos que hacen la travesía entre Puerto Rico y España, y sus entradas y salidas muy irregulares. Esta situación ocasiona graves perjuicios que han de culminar en el contrabando.



Monedas de la época
Felipe II



Plano del Castillo de
San Felipe del Morro
por el Capitán Pedro
de Salazar, 1591.
Archivo de Indias, Sevilla

XI

LA ISLA SE CONVIERTE EN FORTALEZA MILITAR DE ESPAÑA EN EL CARIBE

Los gobernadores militares

La enemistad política que existía entre España y sus rivales Francia e Inglaterra se reflejaba en América, donde corsarios al servicio de dichas potencias iban a saquear y robar las posesiones españolas. Esta situación dio un nuevo giro a la vida de la Isla, considerada como la «llave de las Indias», pues temiendo que pudiera ser capturada por una nación enemiga, el rey Felipe II inició la política de designar militares para gobernarla.

Después del fracasado sistema del gobierno de los alcaldes, los gobernadores habían sido jueces letrados, como Cervantes de Loayza, Diego de Caraza y otros. En 1564 el Rey cambió su política y envió como gobernador al capitán don Francisco Bahamón de Lugo, quien muy pronto habría de demostrar su pericia militar. Al año siguiente de su llegada los indios caribes de las Antillas Menores atacaron y saquearon el poblado de Guadianilla, y tras de matar a varios colonos se llevaron cautivas a unas treinta personas. Por casualidad estaba cerca el gobernador Bahamón de Lugo, quien informado del suceso y de que los caribes se habían dirigido a un lugar cercano al río de Guayama, se presentó en dicho lugar con su gente, y, ata- **135**

cándoles, logró matar setenta y siete caribes y rescatar a los cautivos.

Durante la gobernación de Bahamón de Lugo surgió una agria disputa con don Juan Ponce de León II, nieto del Conquistador de la isla, quien ejercía los cargos de contador y de alcaide del Morro. El gobernador le hizo un examen de las cuentas, y alegando que había un déficit lo encarceló por algún tiempo y le obligó a pagar el mismo, suspendiéndole además de su empleo de contador. Ponce de León marchó a España a defender en la Corte sus derechos y gracias a la influencia de que gozaba su familia logró que retiraran a Bahamón de Lugo de la gobernación de la Isla. El cronista puertorriqueño, canónigo Diego de Torres Vargas, refiere algunos años después que el gobernador Bahamón de Lugo regresó a España tan pobre como había venido y que la única joya que conservaba, una cadena de oro, se la dio cuando iba a embarcar a la mujer de un sobrino suyo, diciéndole: «Señora, no me agradezca el darle esta cadena, que no se lo hago por servirla, sino por decir con verdad que no llevo nada de Puerto Rico».

En España Juan Ponce de León II consiguió que el Rey le encomendara la conquista de las islas de Trinidad y Tobago, empresa en que había fracasado antes Antonio Sedeño.

Don Rodrigo de Bastidas, renunció en 1567 a su obispado, retirándose a vivir a Santo Domingo, su ciudad natal. Para esta época el territorio del obispado de Puerto Rico se extendía hasta la isla de Margarita, y más tarde, en 1568, al ser nombrado obispo fray Nicolás Ramos, se ampliaría hasta incluir la región de Cumaná, en las costas orientales de Venezuela. El episcopado de Ramos fue muy corto pues al poco tiempo se le designó Arzobispo de Santo Domingo. Durante su estancia en Puerto Rico, actuando como inquisidor, condenó a varios negros esclavos por prácticas

de brujería. Le sucedió en el obispado don Antonio Calderón, procedente de Santa Fe de Bogotá.

La población de San Germán, que se había trasladado a Guadianilla, fue atacada y quemada por corsarios franceses en el año 1569. Este ataque hizo que el nuevo gobernador de la Isla, don Francisco de Solís, con el consejo de los frailes dominicos, ordenara el traslado del poblado a cuatro leguas de la costa, en el lugar conocido por las lomas de Santa Marta. Aunque muchos de los vecinos se opusieron al traslado, ya para 1570 quedó establecida la población en el lugar que aún hoy ocupa. Se le impuso entonces el nombre de Nueva Salamanca, por ser el gobernador Solís natural de Salamanca. Sin embargo, los vecinos siguieron llamándola San Germán, y así ha seguido hasta nuestros días. A pesar de que su lejanía de la costa la hacía más segura, sin embargo, todavía en 1576 corsarios franceses se adentraron hasta la villa de San Germán, que saquearon, llevándose además varias mujeres. Al enterarse del suceso, los vecinos, que trabajaban en esos momentos en las haciendas del campo, montaron a caballo y salieron en persecución de los corsarios, a quienes alcanzaron y derrotaron, logrando rescatar a las cautivas.



Piratas franceses en
las costas de Puerto Rico

Fundación de Coamo

Además del problema de los ataques de corsarios, la Isla sufría la falta de un comercio regular con España. En 1572 el nuevo obispo fray Manuel de Mercado, encontró en la Isla tal pobreza que, según él «no había ni aceite para las lámparas de la iglesia ni cera para las velas». Esto se debía a que hacía más de un año que no llegaban barcos con mercadería de España. Fue el obispo Mercado quien hizo reunir en un punto a los vecinos dispersos de la extensa zona de Coamo, iniciando así el poblado de este nombre. En 1579 el sucesor de Mercado, el obispo fray Diego de Salamanca, estableció en Coamo una ermita y consiguió una Real Cédula estableciendo allí el pueblo de San Blas de Illescas, dándosele esta última denominación por haberse ubicado el mismo en el hato de Cristóbal de Illescas. Fue así Coamo la tercera población fundada en Puerto Rico.

Los obispos habían aconsejado al Rey que no enviara más militares como gobernadores de la Isla «porque no entendían de leyes», pero el Rey, temeroso de que Puerto Rico fuera conquistado por alguna flota corsaria al servicio de Francia o Inglaterra no se atuvo al consejo y continuó la práctica de designar militares para la gobernación de la Isla.

Fracaso de Juan Ponce de León II en la conquista de Trinidad

Juan Ponce de León II tuvo serios reveses en su expedición de conquista a la isla de Trinidad en el año 1569. Habiendo descuidado la defensa de su campamento, fue
138 atacado por los caribes, perdiendo en el combate a su hijo

García. Derrotado y abandonado por su gente, Ponce de León II regresó a Puerto Rico después de haber permanecido diez meses en Trinidad.

Quince años después, una esclava negra de Puerto Rico que había sido capturada por los caribes de Dominica en uno de sus ataques a la Isla, escapó de éstos e informó a las autoridades españolas que los caribes tenían varios españoles cautivos que hacían trabajos de esclavos y que entre ellos se encontraba el hijo de don Juan Ponce de León II, que se creía muerto en Trinidad. Ponce de León que ya se había hecho sacerdote, pidió al Rey que se organizara una expedición para rescatar a los españoles cautivos y quitar a la vez a los caribes un gran tesoro en barras de oro, que, según informaba la esclava negra, tenían éstos escondido en una cueva. Las dificultades por que atravesaba la colonia impidieron que se pudiera organizar la expedición.

En 1577 Ponce de León pidió al Rey que le otorgara a otro de sus hijos, llamado Juan, los cargos de alcaide de la Fortaleza y del Morro que él ostentaba por herencia de su abuelo el Conquistador. Juan Ponce de León III había estudiado en Puerto Rico y España y se había casado con la sobrina del obispo Diego de Salamanca. El Rey accedió en cuanto a lo primero, pues la Fortaleza ya no tenía valor militar y desde los tiempos del gobernador Solís había sido convertida en residencia de los gobernadores y lugar donde se custodiaban los documentos y fondos de la tesorería. El mando del Morro, sin embargo, que ahora era la principal fortificación, lo dio el Rey al capitán Diego Menéndez de Valdés, un soldado profesional, para que lo defendiera con cincuenta soldados bajo su mando.

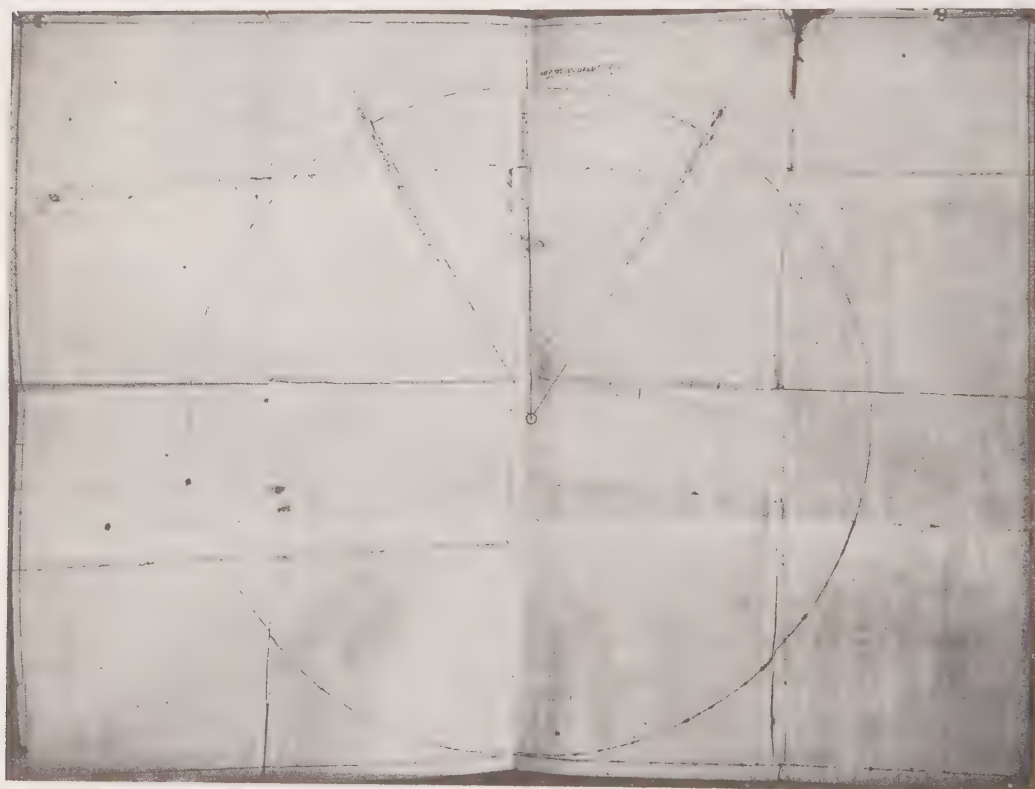
mingo, Ovando es apresado por unos piratas franceses quienes exigen un alto rescate por su libertad, a la vez que obligan a los vecinos a intercambiar con ellos cueros y jengibre por esclavos negros. Solamente en San Germán se mataron cuatro mil reses para intercambiar los cueros. Ponce de León se negó a ratificar este intercambio, impuesto a la fuerza, y al cabo de seis meses los piratas soltaron al gobernador quien estaba gravemente enfermo y murió poco después. Ponce de León continuó en el gobierno de la Isla hasta el año 1580 en que llegó el nuevo gobernador, el capitán Juan de Céspedes. El Rey había nombrado a otro militar a pesar de que Ponce de León le había escrito recomendándole «que la experiencia nos muestra cuanto importa más que el gobernador sea letrado que caballero».

La gobernación de Céspedes fue muy breve, falleciendo en San Juan en opinión de santo, dejando toda su hacienda a los pobres. Se dice que a su muerte todo el mundo acudió a verle porque mantuvo la cruz en su mano derecha hasta que lo enterraron. Sus restos fueron depositados en la iglesia del Convento de los Padres Dominicos. Para sucederle en el cargo la Audiencia de Santo Domingo designó gobernador de la Isla al capitán Juan de Melgarejo.

El rey Felipe II pidió a todas las colonias de España en América que prepararan un informe sobre la historia y las condiciones geográficas y económicas de cada una de ellas. En 1582 el gobernador Melgarejo encargó a Juan Ponce de León II la redacción de la memoria correspondiente a Puerto Rico, solicitada por el Rey. El nieto del Conquistador, quien ya se había hecho sacerdote, en colaboración con el bachiller Antonio de Santa Clara preparó el informe solicitado. Esta memoria, conocida, por el nombre de «Memoria de Melgarejo», es el primer intento que se hace de escribir una historia geográfica y

natural de la Isla. En ella se ofrecen interesantes datos sobre la historia de su conquista y colonización, y sobre su naturaleza física, además de suministrar numerosos nombres de montañas, ríos y plantas nativas.

El año anterior, Ponce de León II, aprovechando un eclipse de luna, tomó ciertos datos científicos mediante los cuales pudo determinar la situación geográfica de la Isla, hecho demostrativo de los sólidos conocimientos científicos que poseía nuestro ilustre compatriota.



Dibujo de un eclipse
hecho por Juan Ponce
de León II, desde el
Convento de los Dominicos,
en el año 1581. Es el
primer dibujo científico
de Puerto Rico y
uno de los primeros
de América.
Archivo de Indias, Sevilla





El Rey Felipe II.



Escuelas para los hijos de vecinos

En 1582 murió Antón Lucas, vecino de San Juan, dejando su dinero para la enseñanza de los hijos de los vecinos. Cumpliendo con su testamento se estableció una escuela para la enseñanza de gramática en el hospital de

Escalera de piedra de la
torre de la Catedral.
Siglo XVI

San Ildefonso. Pocos años después otro vecino, Francisco Ruiz, dejó sus bienes para la fundación de otra escuela, que se estableció junto a la Catedral.

La Isla se convierte en presidio militar

En 1582 el Rey anula el nombramiento del gobernador Melgarejo que había hecho la Audiencia de Santo Domingo y uniendo por primera vez los cargos de gobernador y de alcaide del Morro, designa al capitán Diego Menéndez de Valdés con el título de Gobernador y Capitán General. La Isla queda así convertida en una importante fortaleza o presidio militar.

El Situado

La nueva organización militar de la Isla ocasiona una serie de gastos para poder mantener la guarnición de soldados profesionales que se destaca en San Juan. No siendo suficientes los ingresos que se obtenían en el país para este objeto, se recurre a Santo Domingo y a Cartagena de Indias, pero ninguna de estas colonias tenía fondos para cubrir las necesidades del presidio militar de Puerto Rico. Por esta razón en 1586 se decide situar los gastos militares de Puerto Rico con cargo a la tesorería del Virreinato de la Nueva España o México. Para estos propósitos se consigna la suma de 2,686,275 maravedíes, pagaderos en moneda todos los años. Durante dos siglos habría de ser esta suma —el llamado *situado*— el principal ingreso del erario de Puerto Rico.

Soldado español de fines
del siglo XVI



Nuevas medidas defensivas

Uno de los primeros pasos que se dan, dentro de la reorganización de Puerto Rico como presidio militar, es el de atender a la ampliación y mejoramiento del Morro, que para esa época era sólo un pequeño fortín en construc-



Plano de la ciudad de
Puerto Rico y su fuerte
del Morro (1582).
Archivo de Indias, Sevilla

ción. Era necesario hacerlo capaz de defender la entrada a la bahía y rechazar los ataques de los corsarios franceses o ingleses, pues ya en 1577 estos últimos habían atacado Nombre de Dios (Panamá), y saqueado Santo Domingo en 1586. Con dicho fin llega a Puerto Rico en 1589 el maestro arquitecto Juan de Tejada, quien trae consigo a uno de los principales arquitectos militares al servicio de España, el italiano Juan Bautista Antonelli. A Antonelli se deberá el nuevo diseño del Morro. En 1591 viene a la Isla, con



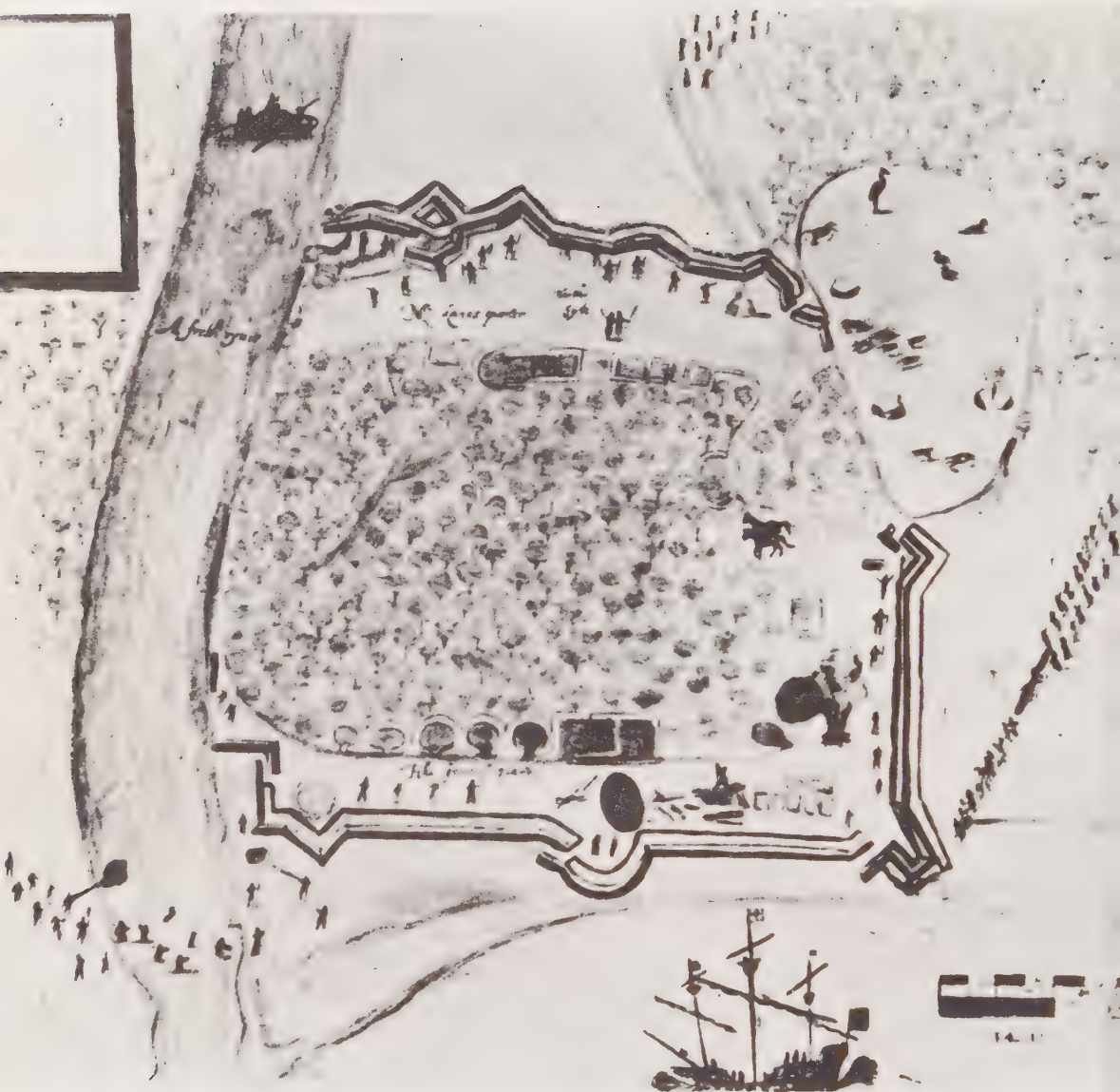
Vista de San Juan de
Puerto Rico a fines del
siglo XVI mostrando la
Fortaleza, Casa Blanca
y el Morro

280 arcabuceros, el capitán Pedro de Salazar a quien se había encomendado la construcción de la obra. El capitán Salazar reconoció la capacidad militar de los criollos nacidos en la Isla y le escribió al Rey informándole que había utilizado cincuenta de ellos para completar la guarnición del Morro.

Para defender la isleta de San Juan de un posible desembarco por la costa de Cangrejos (Santurce), se construyó un pequeño fortín en la boca o entrada de la laguna del Condado y por esta razón se llamó Fuerte del Boquerón. En la playa del Escambrón, así como a la entrada del Puente del Agua o de San Antonio se colocaron piezas de artillería para defender estos lugares de un posible desembarco.

La ciudad de San Juan de Puerto Rico, como se llamaba ya a la capital, se había transformado en la primera fortaleza del Mar Caribe, cuya principal función era defender para España la entrada a las Indias.





Fuerte construido por los
ingleses en 1585 en la
costa sur de Puerto Rico.
*Dibujo de la época por el
artista inglés John White*

XII

EXPEDICIONES Y ATAQUES INGLESES A LA ISLA

Los primeros colonizadores ingleses de América en Puerto Rico

En mayo de 1585 se detuvo por varias semanas en la costa sur de la isla la expedición de cinco buques que bajo el mando de Sir Richard Greenville enviaba de Inglaterra Sir Walter Raleigh para establecer la primera colonia inglesa en América. La colonia había de establecerse en la isla de Roanoke, en la costa de la que es hoy la Carolina del Norte, en los Estados Unidos.

Alrededor de cuatrocientas personas, entre hombres y mujeres, bajaron a tierra en el puerto de Mosquitos, cerca de Guayanilla, donde con madera y tierra construyeron un fuerte para defenderse de un posible ataque de los españoles. En el fuerte construyeron una pequeña embarcación. Al acercarse al campamento algunos españoles, los ingleses les informaron que realizaban un viaje con propósitos mercantiles y que interesaban cambiar los productos que llevaban por caballos, novillas y cerdos. Desde San Germán fue notificado el Gobernador acerca de las actividades de los expedicionarios, quienes poco después se trasladaron a la costa de Cabo Rojo donde construyeron otro pequeño parapeto de madera y tierra en forma de fuerte, para pro-



Fuerte construido por
los ingleses en Cabo
Rojo mientras
sacaban sal.
*Dibujo de la época
por John White*

tegerse mientras extraían sal de los depósitos allí existentes.

Entre los expedicionarios figuraba John White, el primer artista inglés en visitar el Nuevo Mundo y a quien se considera el primer pintor de la América inglesa. Fue

en Puerto Rico donde White hizo sus primeros dibujos de plantas y animales tropicales como la piña, el guineo, los cangrejos de tierra y varias aves. También dibujó los dos fuertes construidos en la Isla por sus compañeros de expedición.



Dibujos de una piña y un cangrejo hechos por John White en Puerto Rico en 1585. Son los primeros dibujos hechos por un artista inglés en América

El grupo de expedicionarios logró capturar una goleta española que navegaba por la costa de Cabo Rojo y, como precio por su devolución demandaron la entrega de un número de caballos y otros animales domésticos. Dándose cuenta de que se trataba de una expedición colonizadora, los españoles se los negaron, y habiendo enterado de las pretensiones de los ingleses al gobernador, éste envió cincuenta arcabuceros para atacarles. Al llegar los soldados ya los ingleses se habían marchado, no sin antes dejar en el tronco de un árbol un mensaje indicando que habían proseguido su viaje.

El propósito que llevaba la expedición a Norteamérica no llegó a realizarse y los componentes del grupo se vieron obligados a regresar a Inglaterra, pero dos años

después Sir Walter Raleigh volvió a enviar otra expedición con el mismo objeto, esta vez bajo el mando del mencionado John White, quien venía como gobernador de la proyectada colonia inglesa de Virginia. Nuevamente los colonizadores ingleses pasaron por Puerto Rico, deteniéndose en Vieques y costeano luego por el litoral de San Germán, en cuya costa trataron de tomar árboles de naranja, piñas y plátanos para sembrarlos en Virginia. En este viaje iba la hija de White, Eleonor, con su esposo, siendo ambos los padres de la primera niña inglesa nacida en Norteamérica. La colonia de Virginia desapareció misteriosamente poco después de establecida, probablemente destruida por los indios.

Ataque de Drake y Hawkins

En 1593 terminó el mando de Menéndez de Valdés como gobernador, cargo que había ocupado durante once años. Menéndez de Valdés siguió residiendo en la Isla con su familia, sucediéndole en el mando el capitán Pedro Suárez Coronel. Dos años después ocurrió un importante acontecimiento en la historia de la Isla. La nao capitana de una flota española, que transportaba a la península dos millones de pesos en oro y plata procedentes de Tierra Firme, sufrió averías en el transcurso de su viaje, luego de salir de La Habana, y decidió detenerse en Puerto Rico para efectuar las reparaciones necesarias. El tesoro que traía fue depositado mientras tanto en la torre de la Fortaleza, donde habría de permanecer los siete meses que transcurrieron mientras se reparaba la nao. Desde España se enviaron, mientras tanto, algunas fragatas de guerra destinadas a escoltar el galeón que habría de conducir el tesoro a la península. En su viaje a Puerto Rico, cerca de Guadalupe, la



Sir Francis Drake.
Pintura de la época



S^r John Hawkins Knight

His Ladom to the world brave Hawkins shewes,
 If he was a Bulwark to his friends, to foes
 Rattles Thunder, who for countries sake
 So many a hard attempt durst undertake
 For Indians their barbarous tongues to grause him,
 And wate Heaven his very foes doe raise him,
 He in his life whole Seas could hardly tame;
 Let not then letted Rener Drowne his name. JH

tripulación de estas fragatas apresó un barco inglés cuyos marineros dieron a conocer el hecho de que junto a Guadalupe había anclada una gran flota inglesa de veinticinco naves, entre las que figuraban algunos de los más poderosos buques de guerra de la época, capitaneada por los temibles corsarios ingleses Sir Francis Drake y Sir John Hawkins, su pariente. La flota inglesa, cuya tripulación comprendía 3,000 soldados y 1,500 marineros, tenía el propósito de atacar San Juan y apoderarse del tesoro custodiado en la Fortaleza. Al llegar las fragatas a Puerto Rico y darse a conocer esta noticia, se produjo una gran consternación, en vista del grave e inminente peligro que amenazaba al país, pero se decidió hacerle frente, tomándose inmediatamente las medidas necesarias para repeler la invasión.

El día 22 de noviembre de 1595 se presentó frente a la ciudad de San Juan la armada inglesa. El gobernador de Puerto Rico, Pedro Suárez, inició los preparativos de defensa con todos los hombres disponibles, incluyendo los de la flotilla española que bajo el mando de don Tello de Guzmán había venido de España para escoltar el galeón que llevaría el tesoro a la península.

La armada inglesa ancló cerca de la ensenada del Escambrón, comenzando enseguida los preparativos para desembarcar, pero se lo impidió el fuego de los cañones españoles emplazados en el lugar y en el pequeño fuerte del Boquerón, donde más tarde se construiría el fuerte de San Jerónimo. Uno de los disparos hechos por los españoles hizo blanco en el buque insignia de Drake, hiriendo mortalmente a tres de sus capitanes en el momento en que se sentaban a la mesa. John Hawkins, el célebre corsario, murió precisamente en esos días, y por esta razón circuló entre los españoles el rumor de que Hawkins había sido una de las



víctimas del disparo. Lope de Vega, en su obra *La Dragon-
tea*, describe este incidente en los siguientes versos :

*Cenando estaba un Anglo Caballero
que de teniente al General servía
vio la luz desde el puerto un artillero
y a la mesa inclinó la puntería :
la vela, el blanco, el Norte y el lucero
de aquella noche a su postrero día
la bala ardiente acierta de tal suerte
que quince y él cenaron con la muerte.*

*La mesa, los manjares, los criados,
el dueño y todo junto fue al infierno,
donde no les faltaron convidados
en otra nave de tormento eterno.
Vuelan los platos y los bien cargados
frascos de Gandía, Rhin, Gurego y Palermo
hasta la sal vertió, por el agujero...*

Dándose cuenta Drake de que era imposible efectuar el desembarco por la playa del Escambrón, movió su flota hasta la proximidad de la isla de Cabras, pero manteniéndola fuera del alcance de los cañones del Morro, que en esa época no pasaba de ser un pequeño fortín. Los españoles, temiendo que Drake forzara la entrada de sus naves en la bahía, hundieron en el canal de entrada dos de sus propias naves, para así cerrarles la entrada. A pesar de esta medida, en la noche del día 23 veinticinco lanchas de desembarco tripuladas por cincuenta hombres cada una, bajo el mando de Sir Thomas Baskerville, lograron penetrar en la bahía, procediendo inmediatamente a atacar e incendiar los buques españoles anclados en el puerto. Dos de éstos ardiéron rápidamente, con la consecuencia de que el resplandor del fuego iluminó toda la bahía, haciendo posible a la artillería del Morro y de otros puntos

de la costa el hacer blanco en las embarcaciones inglesas y hundir muchas de ellas. El resultado fue desastroso para Drake, quien en este intento de invasión perdió varios centenares de hombres. En vista de este fracaso y de la imposibilidad de desembarcar, el día 25 la flota inglesa se alejó hacia el oeste, pero antes de abandonar las aguas de Puerto Rico permaneció algún tiempo cerca de la costa de San Germán, reparando los daños sufridos. Dando libertad a cinco españoles que había tomado prisioneros, Drake se los remitió desde allí con una carta al gobernador Suárez, pidiéndole igual trato para con los prisioneros ingleses. Más tarde la flota inglesa se dirigió hacia Tierra Firme, donde saqueó e incendió las poblaciones de Santa Marta y Nombre de Dios, dirigiéndose luego a Portobello, en cuya bahía falleció Drake, a causa de viejas dolencias agravadas por la desazón que en su espíritu causó la derrota sufrida en Puerto Rico. Con su muerte y la de Hawkins el imperio español en América perdió a dos de sus más encarnizados enemigos.

Mientras tanto, la derrota del corsario se celebró en Puerto Rico con gran alegría, pues la ciudad se había salvado de un terrible saqueo, y la Isla de haber caído en poder de los ingleses. Sin embargo, la tranquilidad del país no había de durar por mucho tiempo.

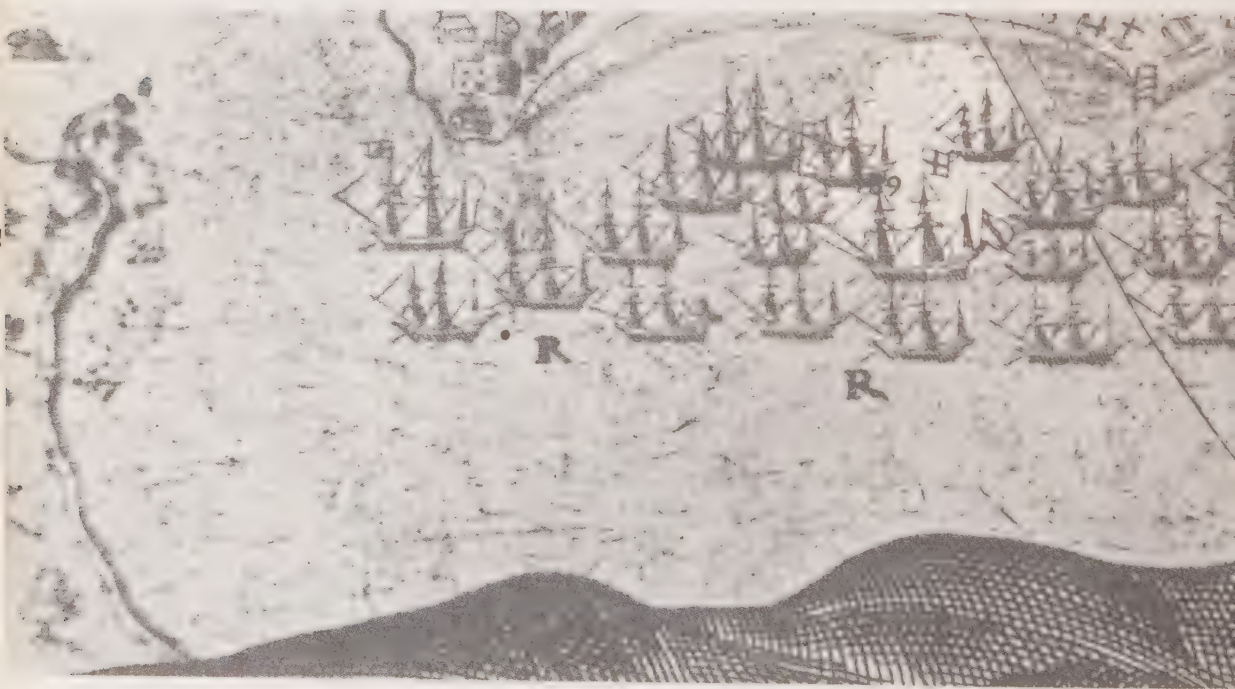
Ataque del Conde de Cumberland

La reina Isabel de Inglaterra, enemiga acérrima de España y del rey Felipe II, deseosa de vengar la derrota sufrida por Drake y Hawkins en Puerto Rico, ordenó a su nuevo favorito Sir George Clifford, Conde de Cumberland, que preparase una armada más poderosa que la anterior y atacase y tomase la Isla para Inglaterra. En 1598 el Conde de Cumberland zarpó de Inglaterra hacia Puerto Rico

al mando de una flota de veinte naves, tripulada por unos cuatro mil hombres. El buque insignia de Cumberland, el *Scourge of Malice*, desplazaba 800 toneladas y era la más poderosa nave de guerra de su época.

El 16 de junio de 1598 se presentó ante la ciudad de San Juan la imponente flota. Con el propósito de evadir el fuego de la artillería del Morro, Cumberland hizo desembarcar sus hombres por una de las ensenadas de Cangrejos (hoy Santurce), desde donde pasaron al extremo del Condado, e intentaron cruzar el brazo de mar que separa este lugar de la isleta de San Juan. El propósito fue frustrado por el fuego de la artillería emplazada en el fuerte del Boquerón y en el fortín que defendía la entrada por el puente del Agua o de los Soldados, que ya había sido volado por los defensores de la plaza. En el intento de vadear el

Aspecto de la flota del
Conde de Cumberland
en la bahía de
San Juan (1598).
Grabado de la época



El Conde de Cumberland
en San Juan de Puerto Rico.
Grabado de la época

... of Cumberland
... Lord Bromley
... and Vipont,
... of Westmerland and
... of the most noble
... order of the
... Garter,



canal estuvieron a punto de ahogarse muchos ingleses, entre ellos el propio Cumberland, a quien estorbaba el peso de su armadura.

Percatándose Cumberland de que no le era posible forzar la entrada a la isleta por este punto, ordenó un desembarco por la ensenada del Escambrón, que logró con éxito, teniendo entonces que replegarse hacia la ciudad la guarnición del fuerte del Boquerón y del fortín del puente del Agua. En vista de que la ciudad carecía de otras defensas por la parte de tierra, pues el castillo de San Cristóbal no existía aún, el gobernador de la Isla, que era entonces don Antonio de Mosquera, se refugió con los soldados y un gran número de vecinos en el Morro, dejando a merced de los enemigos la ciudad, cuyos restantes vecinos se refugiaron en el interior de la Isla.

Cumberland ocupó la ciudad y la Fortaleza y puso sitio al castillo del Morro, atacándolo fuertemente con su artillería. Pocos días después el gobernador Mosquera rindió el castillo, y la flota inglesa entró en la bahía, tomando los ingleses posesión de la ciudad a nombre de la reina Isabel de Inglaterra. Los vecinos refugiados en el interior de la Isla permanecieron allí, dispuestos a seguir la lucha contra los invasores, y a defender a costa de sus vidas los fondos del situado recién llegado de México, que se habían llevado consigo para evitar que los ingleses lo robaran.

El capellán y cronista de la flota inglesa, el doctor Layfield, quedó impresionado con la ciudad y la describió ampliamente, así como el Convento de Santo Domingo:

«La población tiene muchas calles. Las casas fabricadas a la usanza española, de dos pisos solamente, pero muy sólidas, las habitaciones grandes y buenas, con grandes puertas en lugar de ventanas, para que entre el aire finalmente, cuya brisa es perenne... El tamaño de la población en circuito no es tan

grande como el de Oxford, pero mucho más grande que todo Portsmouth... y a la vista mucho más hermosa... La iglesia catedral es tan buena como cualquiera de las catedrales de Inglaterra y tal vez más perfecta y más hermosa: tiene columnas proporcionadas formando dos naves laterales y la nave principal llega hasta el altar principal. Es más oscura que las iglesias comunes en las provincias inglesas, pues tiene pocas ventanas, muy estrechas y sin vidrieras, como están las ventanas en la población. Tiene un hermoso órgano...»

...«Existe también un monasterio hermoso situado al norte del poblado, un poco distante del caserío. Está fabricado de ladrillos de un espacio cuadrado. Tiene iglesia y salón y todas las celdas para el prior y la comunidad de frailes. Parece que no está terminado aún, pues tiene un claustro sin techar... La situación de este edificio es espléndida, deliciosa, sobre una colina donde se divisa el mar por tres partes... Tiene librería, con brillantes cubiertas los libros, pero allí se apolillan y pierden...»



El propósito de Inglaterra de convertir Puerto Rico en una colonia inglesa, desde la cual poder atacar las demás posesiones españolas se malogró, sin embargo, en forma inesperada. Muy pronto se manifestó entre las tropas

La flota inglesa de Cumberland en San Juan (1598).
Grabado de la época



La reina Isabel
de Inglaterra.
Pintura de la época

invasoras una terrible epidemia de disentería que ocasionó la muerte de centenares de soldados. Viendo a sus tropas diezmarse de esta manera, y temiendo que, aprovechándose de la situación realizaran un ataque los vecinos del interior de la Isla —a quienes se había unido el ex gobernador Suárez Coronel, que se había escapado de los ingleses—, el Conde de Cumberland decidió abandonar la Isla, lo que realizó con parte de sus tropas el día 24 de agosto, llevándose los cañones de la ciudad, luego de saquear sus edificios, principalmente la Catedral, la cual despojaron robándose las campanas, el órgano y los vasos sagrados. A un vecino le robaron un mármol tallado que formaba parte de una ventana y que los invasores consideraron una valiosa obra de arte. La ciudad quedó bajo el mando de Sir John Berkeley, quien viendo que la epidemia progresaba y que era inminente el ataque de los vecinos del interior, abandonó la ciudad a principios del mes de sep-



Los ingleses en
San Juan.
Grabado de la época

tiembre, con el resto de las tropas inglesas. La ciudad había permanecido sólo unos meses bajo el dominio inglés.

Ofrendaron su vida en la defensa de la ciudad los hermanos puertorriqueños Juan y Simón Sanabria, y el capitán de milicias, también puertorriqueño, Bernabé de Sierralta, quien con sus milicianos defendió heroicamente el Puente del Agua o de los Soldados. Otro héroe lo fue el puertorriqueño Gaspar Troche de Guzmán, quien junto a varios vecinos defendió el Puente.

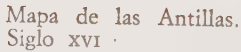


San Juan celebró con gran entusiasmo su liberación. La Isla se había salvado para España y quedaba libre de la ocupación extranjera.

Mientras tanto, al enterarse de que la ciudad de San Juan de Puerto Rico había sido tomada por los ingleses, el Rey había designado gobernador de la Isla al capitán Alonso de Mercado, valiente soldado que se había destacado en las guerras de Flandes. Mercado llegó a principios de 1599 al frente de una fuerza de tres mil hombres, para enfrentarse a los invasores ingleses, pero al desembarcar descubrió que ya éstos habían abandonado la Isla.



El Fuerte de San
Felipe del Morro



XIII

PUERTO RICO AL FINALIZAR EL SIGLO XVI

Al finalizar el siglo xvi es una realidad la existencia en Puerto Rico de una comunidad española a la que se han incorporado elementos étnicos y culturales de las poblaciones indígenas y africana. Al contrario de otras naciones europeas que establecieron colonias en el Nuevo Mundo, España no limitó su actividad colonizadora a la fundación de factorías mercantiles destinadas únicamente a la explotación económica de las nuevas tierras y de sus aborígenes. Los colonizadores españoles por lo general venían a América a establecerse permanentemente. Por el hecho de ser considerada América como patrimonio de la corona de Castilla, la mayor parte de los españoles que durante los primeros años de la colonización vinieron a poblar la Isla procedieron de las regiones de Castilla, León, Extremadura y Andalucía, todas bajo la corona de Castilla. Desde el principio, con el apoyo y estímulo de la Corona y de la Iglesia, los españoles se mezclaron racialmente, uniéndose maritalmente con las indias, en los primeros años, y con las esclavas africanas más tarde, creando así una población criolla mestiza, que recibió su lengua, sus instituciones sociales y religiosas, sus costumbres y su modo de ser de la cultura hispánica. Para fines del siglo se manifiesta una diferenciación notable entre el elemento criollo, nacido en la Isla, y el de los inmigrantes españoles.

Las tres razas que se unieron en Puerto Rico: la amarilla o mongoloide, representada por los indios; la blanca o caucásica, representada por los españoles y la negra, representada por los esclavos africanos



Para esta época existe ya una aristocracia criolla, formada por elementos de la clase noble e hidalga, en la que ocupa el puesto más destacado la familia de los descendientes del conquistador Juan Ponce de León. Esta familia ha mantenido su elevada posición social uniéndose matrimonialmente con gobernantes, parientes de obispos, oficiales reales y otros funcionarios de la colonia. A dar realce y lustre a la sociedad isleña han contribuido el Emperador Carlos V y su hijo Felipe II, concediendo escudos de armas a varios colonizadores que se han distinguido en la conquista de la isla.

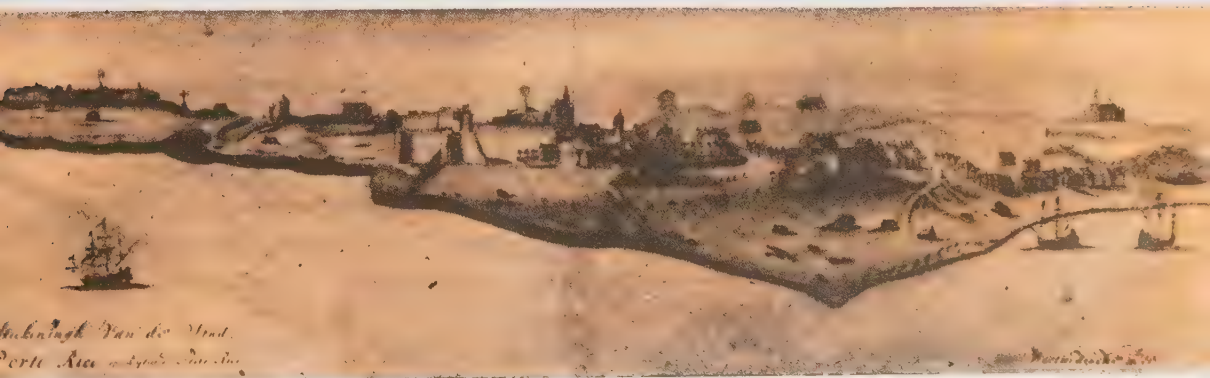
La estratégica situación de Puerto Rico, considerada por muchos como la «llave de las Indias», y las guerras que España libraba contra otras naciones de Europa hacían de la Isla víctima de frecuentes ataques de corsarios franceses e ingleses. Esta situación obligó a la corona a transformar a Puerto Rico en una fortaleza o presidio militar, y de poner al frente de su gobierno a un funcionario que además de gobernar ocupara los cargos de capitán general y alcaide del Castillo del Morro. Se unió así en una sola persona la suprema responsabilidad civil y militar de la Isla.

Regularmente los gobernadores eran nombrados por el rey por un período de cinco años, al cabo de los cuales se les sometía a un juicio llamado «de residencia», en el cual tenía que rendir cuentas de todos sus actos a la Corona, y responder de los cargos que contra él levantarán las personas a quienes hubiera perjudicado injustamente durante su gobernación. Además del Gobernador había otros oficiales reales, como el contador, el tesorero y el alguacil mayor. Los alcaldes eran electos por votación.

Desde mucho antes de terminar el siglo xvi ya se usa el nombre de la ciudad (Puerto Rico) para designar la isla y el de la isla (San Juan) para designar la ciudad.

Al finalizar el siglo la capital cuenta con poco más de 170 vecinos o jefes de familia, que viven en casas de piedra y mampostería techadas de tejas, aunque ya hay algunas con azoteas de ladrillos. Se llama mampostería a la mezcla de barro, cal, piedra y trozos de ladrillo con la cual se construían las paredes de las casas. Algunas casas ostentaban en su fachada el escudo de armas de la familia. Había además en la ciudad numerosas casas de madera y bohíos de paja. Muchos de los habitantes de la capital tenían sus haciendas en el interior, y aunque con frecuencia residían en ellas, siempre mantenían una casa en la ciudad. Desde 1529 la plaza mayor se había trasladado del lugar que ocupaba frente a la Catedral (actual plaza de las Monjas) hasta el que hoy ocupa, frente al Ayuntamiento.

San Juan de Puerto Rico
hacia fines del siglo xvi



Los edificios más importantes eran la catedral, comenzada por el obispo Manso en 1522, de la que sólo estaban terminadas sus salas góticas y su torre de piedra; el convento de los frailes dominicos y la adjunta iglesia de Santo Tomás, con su imponente bóveda de crucería gótica, en cuya capilla mayor se habían enterrado los restos de Juan Ponce de León. Otro edificio muy importante era la primera Fortaleza, que habiendo perdido su valor como tal, servía ahora de tesorería y de residencia de los gobernadores. El castillo del Morro era la más importante edificación militar y contaba con una guarnición de 400 soldados.

A las afueras de la ciudad, en el sitio conocido como el Boquerón, en la laguna del Condado, ya existía para fines del siglo xvi un pequeño fortín destinado a defender la isleta de San Juan de un desembarco de fuerzas enemigas por ese punto. Otro pequeño fuerte se había construido a la entrada del puente del Agua, también llamado «de los soldados», que comunicaba la isleta con la isla mayor.

La ciudad de San Juan carecía de manantiales. Su abasto de agua dependía de la lluvia, recogida en profundos aljibes, y de la que se obtenía en la fuente de Aguilar, situada en Miramar.

En la ciudad funcionaban dos hospitales. El principal era el de la Concepción, que tenía su propia ermita, junto a la antigua fortaleza.

Aparte de San Juan, el principal centro de población era para entonces la villa de San Germán, ubicada desde 1572 en las lomas de Santa Marta y gobernada por un teniente de gobernador y un alcalde. En ella había un pequeño convento de frailes dominicos, construido de madera y paja.



A San Germán seguía en importancia el pueblo de San Blas de Illescas de Coamo, pequeño núcleo de alrededor de veinte familias dedicadas a la crianza de ganado. Otros grupos de población se habían formado en Arecibo, Aguada y Loíza, así como en las riberas de los ríos Bayamón y Toa. Algunas de estas aldehuelas habían surgido en la vecindad de un ingenio de azúcar, junto al cual vivían los vecinos con sus esclavos. Varias de ellas contaban con una pequeña ermita dedicada al culto religioso.

La isla de Vieques permanecía deshabitada. Abundaban en ella las ovejas que a veces iban a cazar los vecinos de Puerto Rico, aunque siempre temerosos de encontrarse con indios caribes de las Antillas Menores o con piratas europeos, que la utilizaban como base de operaciones para sus ataques a Puerto Rico.

La economía de Puerto Rico, que desde el comienzo de la colonización de la Isla había estado basada en la extracción de oro, fue suplantada desde 1535 por un régimen agrícola centrado en el cultivo de la caña de azúcar. Hacia 1570 habían once ingenios de azúcar en la Isla. En las últimas décadas del siglo XVI decae la producción de azúcar, debido a que la transportación entre la Isla y España era tan irregular que a veces pasaban años enteros sin que llegaran «barcos de registro», que eran los únicos autorizados al tráfico comercial entre el puerto de Sevilla, en España, y las posesiones españolas de América. Por esta razón decayó la industria del azúcar y en su lugar tomó auge el cultivo del jengibre, vendido de contrabando a los traficantes ingleses y de otras nacionalidades, cuyos buques recalaban en parajes desiertos de nuestro litoral para realizar su intercambio de mercancías. Los cueros constituían otro elemento importante de este comercio.

La vida apacible de la ciudad de San Juan y de la villa de San Germán experimentaba un notable cambio en ocasión de las grandes festividades, especialmente en las fiestas religiosas de Corpus, Santiago Apóstol, patrón de España, y San Juan Bautista, patrón de Puerto Rico. Eran días señalados por grandes celebraciones cuya nota descolante la daban las animadas carreras de caballos en que participaban personas de todas las clases sociales. Los principales vecinos concurrían, vistiendo finas ropas, sobre cabalgaduras adornadas con arreos de terciopelo, guarniciones de oro y plata y ricas telas. El gobernador y los oficiales reales, acompañados de los principales vecinos, presidían la cabalgata. En estas fiestas se paseaba el pendón real por las calles, y además de las carreras de caballos se celebraban torneos, juegos de caña y otros entretenimientos populares.

Vecinos de San Juan celebran un día de fiesta



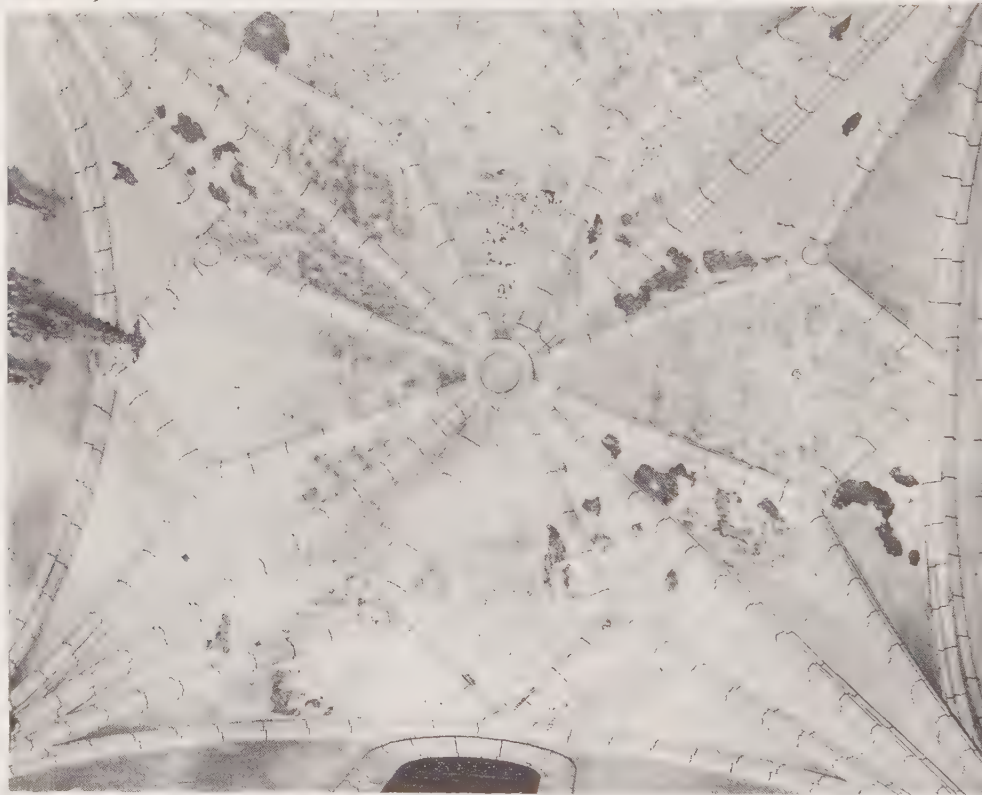


Durante el siglo se habían establecido en San Juan dos escuelas para la enseñanza de los niños. Otra escuela funcionaba adscrita al convento de los frailes dominicos. Este convento, que hasta el saqueo de la ciudad por los ingleses

Pintura de la Virgen de Belén que se conserva desde el siglo XVI en la iglesia de los dominicos (San José)

en 1598 contó con una rica biblioteca, constituía para entonces el principal centro de cultura de Puerto Rico.

Las bellas artes se manifestaron en la capital de Puerto Rico desde las primeras décadas de la colonización. De esta época datan las bellas bóvedas góticas de la catedral



El crucero
de la iglesia
de los dominicos
(hoy San José)
construido en estilo
gótico durante
el siglo xvi

y el crucero de la iglesia de Santo Tomás. Los oficiales reales y los obispos traían consigo valiosas pinturas y ricos muebles que iban quedando en la Isla. El propio obispo Bastidas trajo un retablo flamenco para la catedral. También son de esta época la pintura flamenca de la Virgen de Belén y el llamado «Cristo de los Ponce», que aún hoy se conservan en la mencionada iglesia de Santo Tomás, ahora denominada de San José. Las manifestaciones musicales

174 se centralizaban en la Catedral que contaba con un maestro

de música y un excelente órgano que fue robado en 1598 por los ingleses.

Los cimientos de la sociedad puertorriqueña estaban bien establecidos al finalizar el siglo xvi.



La escultura del siglo xvi
conocida como el Cristo
de los Ponce de León.
Iglesia de San José

BIBLIOGRAFIA MINIMA

- ABBAD Y LASIERRA, FRAY IÑIGO — *Historia Geografica, civil y política de la isla de San Juan.*
Estudio preliminar por Isabel Gutiérrez del Arvo. Universidad de Puerto Rico, 1959.
- ALEGRÍA, RICARDO E. — *Historia de nuestros indios.* (Versión elemental).
Depto. de Instrucción Pública, San Juan, 1952.
- *El Fuerte de San Jerónimo del Boquerón.*
Instituto de Cultura Puertorriqueña, San Juan, 1968.
- ALVAREZ CHANCA, DIEGO — "Carta al Cabildo de Sevilla, dándole cuenta del segundo viaje de Colón..."
Boletín Histórico de Puerto Rico, Vol. IV, p. 97.
- ANGLERÍA, PEDRO MÁRTIR DE — *Décadas del Nuevo Mundo.*
Editorial Bajel, Buenos Aires, 1944.
- BALLESTEROS GABROIS, MANUEL — *La idea colonial de Ponce de León.*
Instituto de Cultura Puertorriqueña, San Juan, 1960.
- BLANCO, ENRIQUE T. — *Los tres ataques británicos a la ciudad de San Juan Bautista de Puerto Rico.*
San Juan, 1947.
- BRAU, SALVADOR — *La Colonización de Puerto Rico.*
Tercera edición anotada por Isabel Gutiérrez del Arroyo. Instituto de Cultura Puertorriqueña, San Juan, 1966.
- *Historia de Puerto Rico.*
D. Appleton y Cía., Nueva York, 1904.

- CASAS, FRAY BARTOLOMÉ DE LAS — *Apologética Historia Sumaria*.
2 vols. Universidad Nacional Autónoma de México, 1967.
- *Historia de las Indias*.
México, 1951.
- CASTELLANOS, JUAN DE — «Elegía a la muerte de Juan Ponce de León...»
Boletín Histórico de Puerto Rico, Vol. II, p. 303-375.
- COLÓN, FERNANDO — *Vida del Almirante don Cristóbal Colón*.
México, 1951.
- COLL Y TOSTE, CAYETANO (Editor) — *Boletín Histórico de Puerto Rico*.
14 volúmenes, 1914-1926, San Juan, Puerto Rico.
- DÍAZ SOLER, LUIS M. — *Historia de la Esclavitud Negra en Puerto Rico*.
Editorial Universidad de Puerto Rico, 1953.
- FERNÁNDEZ DE OVIEDO, GONZALO — *Historia General y natural de las Indias, islas y tierra firme del mar océano*.
4 vols., Madrid, 1851-55.
- HERRERA Y TORDESILLAS, ANTONIO DE — *Historia General de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano*. XI vols.
Madrid, 1934.
- HOSTOS, ADOLFO DE — *Investigaciones históricas. Las excavaciones de Caparra*.
San Juan, 1938.
- *Historia de San Juan, ciudad murada*.
Instituto de Cultura Puertorriqueña, San Juan de Puerto Rico, 1966.
- MELGAREJO, JUAN — «Memoria y descripción de la Isla de Puerto Rico, mandada hacer por S. M. el rey D. Felipe II, en el año 1582.»
(Redactado por Juan Ponce de León y Troche y el Bachiller Antonio de Santa Clara).
Boletín Histórico de Puerto Rico. Vol. I, p. 75-91.

MURGA SANZ, VICENTE

- *Juan Ponce de León*.
Ediciones de la Universidad de
Puerto Rico, San Juan, 1959.
- *Puerto Rico en los manuscritos de
D. Juan Bautista Muñoz*.
Ediciones de la Universidad de
Puerto Rico, Río Piedras, 1960.
- *Historia documental de Puerto Ri-
co. — Vol. I. — El Consejo o Cabil-
do de la Ciudad de San Juan de
Puerto Rico, 1527-1550.*
- *Historia Documental de Puerto Ri-
co. — Vol. II. — El juicio de resi-
dencia, moderador democrático. —
Juicio de residencia del Lic. Sancho
Veldázquez, 1519-1520.*
Santander, 1957.
- *Historia Documental de Puerto Ri-
co. — Vol. III. — Cedulaire Puerto-
rriqueño, 1505-1517.*
Universidad de Puerto Rico, 1961.

PEREA, JUAN A. Y SALVADOR

- *Historia del Adelantado Juan Ponce
de León*.
Caracas, 1929.

TAPIA ALEJANDRO (Editor)

- *Biblioteca Histórica de Puerto Rico*.
San Juan, 1945.

TIÓ, AURELIO

- *Nuevas Fuentes para la Historia de
Puerto Rico*.
Universidad Interamericana de San
Germán, Puerto Rico, 1961.

TORRES VARGAS, DIEGO DE

- «Descripción de la Isla y ciudad
de Puerto Rico y de su vecindad,
presidio, gobernadores y obispos.»
(1647).
*En Biblioteca Histórica de Puerto
Rico*.
San Juan, 1945.

Este libro se terminó de imprimir
el día 15 de junio de 1974, en los
Talleres Gráficos de Manuel Pareja
Montaña, 16 - Barcelona - España



ESTRECHO

Entrada del puerto

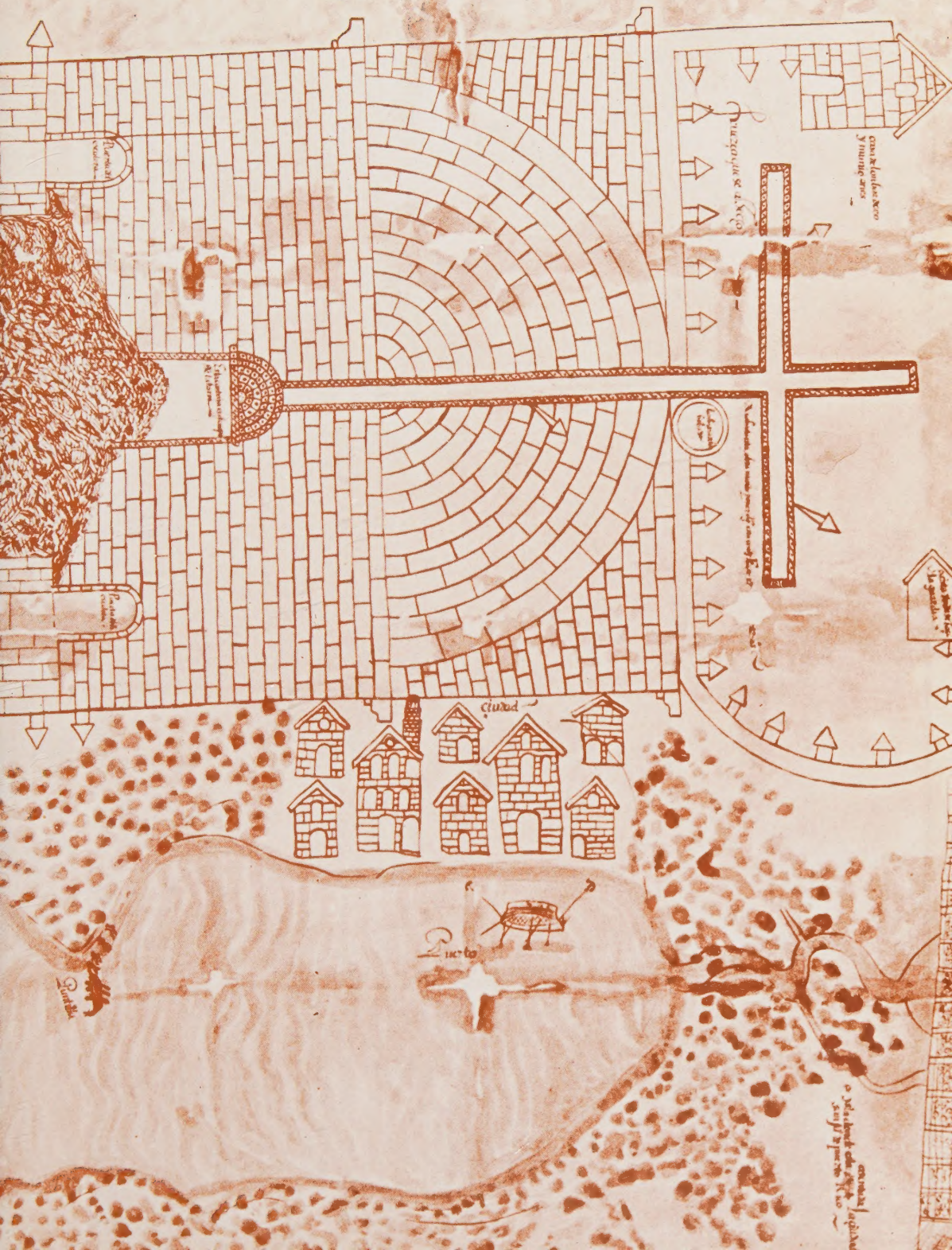
El castillo de San Juan

El castillo de San Juan

Entrada del puerto

El castillo

El castillo





C. Marichka, 19

T2-BOA-429